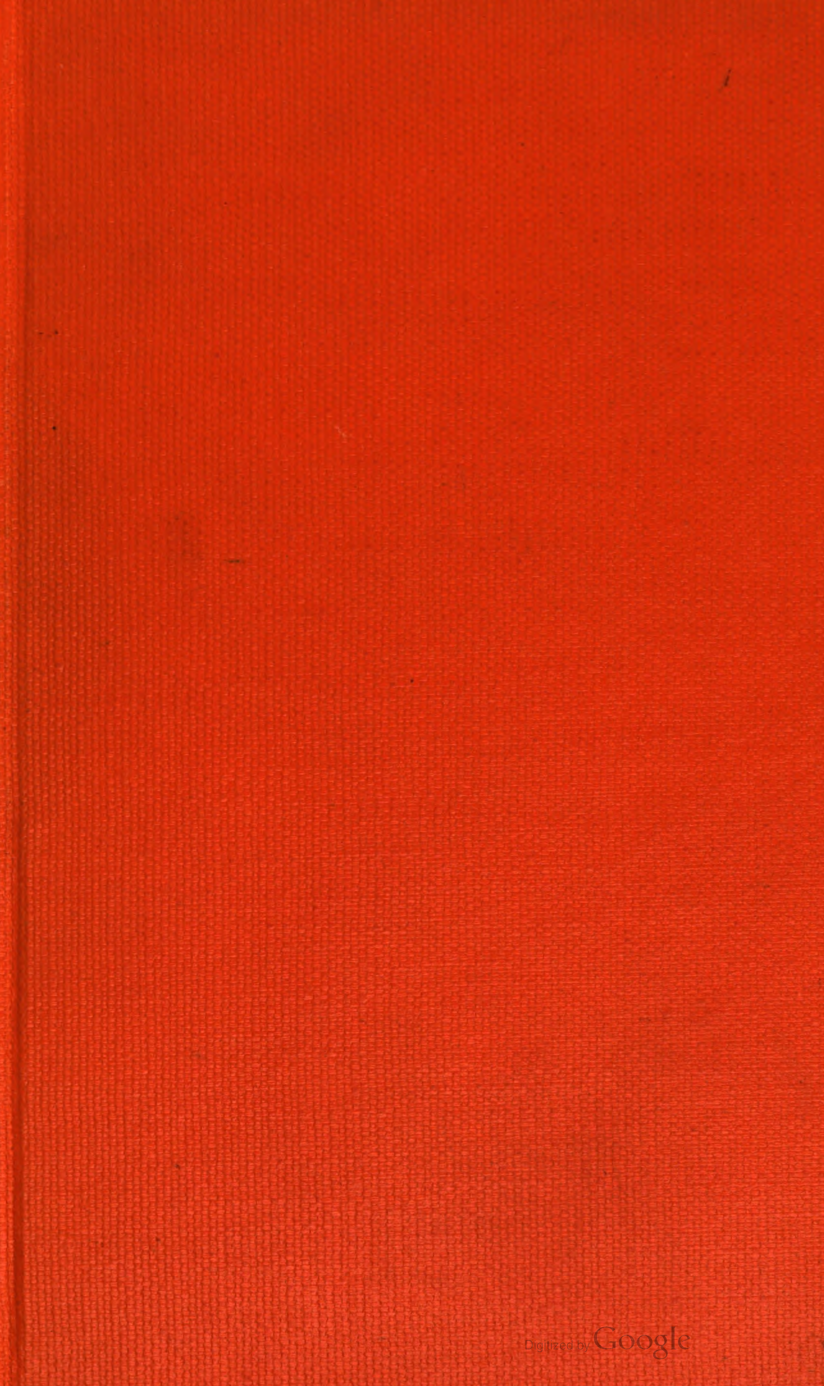
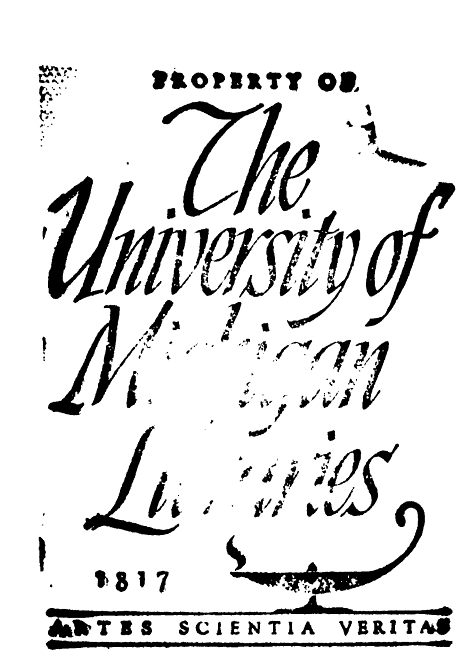
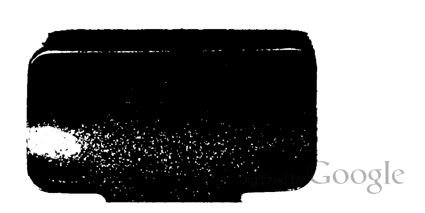



PROPERTY OF
The University of Michigan Libraries
1817
ARTES SCIENTIA VERITAS


Digitized by Google

GNOMOS Y MUJERES

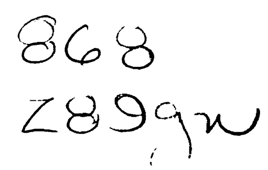
JOSÉ ZORRILLA y Moral

GNOMOS Y MUJERES



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera San Jerónimo, 2

1886



MADRID, 1886.—EST. TIP. DE RICARDO FÉ, CEDACEROS, 11.



Si yo no viviera de hace ya tiempo convencido de que el mío ha pasado, si quedara en mí un átomo de vanidad por ser autor de mis versos, el éxito de los de *Granada mía*, me habría hecho colgar la pluma, que ya no puede producir treinta y cinco duros con que adquirir una choza para los huérfanos de Granada. Pero yo soy un cristiano humilde y un castellano tenaz, que no se rinde miéntras le quede un soplo de aliento que le mantenga de pié, para morir probando su gratitud á quien le favorece y le ampara, aunque no sea más que con un recuerdo cariñoso.

La Alhambra, periódico de Granada, abogaba en uno de sus números por mí, proponiendo que el municipio Granadino me acordase no se qué merced, que segun aquel periódico me era debida. No, Granada no debe nada al que no ha sabido ni podido llevar á cabo su poema: pero la redaccion de *La Alhambra*, me recordaba lo que yo á Gra-

nada debo, y me he creído en el deber de probar por última vez, si en las cuerdas de mi lira, ya convertida en viejo rabel, quedan aún algunas últimas notas, que lleven el último canto del moribundo Fénix á las ruinas del nido en que nacieron plumas á las álas del génio de su poesía juvenil. Desde allí intentó y debió elevar y cerner su vuelo por la brillante atmósfera de la gloria pátria, y llevar su nombre con el de Granada por doquier que en la tierra se hablara ó se leyera la lengua de Castilla; pero sus álas eran de cera como las de Ycaro, y al querer remontarse á la caliente region donde sólo vuelan los génios, sus álas se derritieron; y hoy espera su última hora en un rincon de la vieja córte de Don Pedro Ansurez y de doña María de Molina, sin derecho ya ni esperanza de decir á Granada:

dame á tu vez, ¡oh flor de mis amores!
sepultura al morir entre tus flores.

Este mi *Poema de los Gnomos de la Alhambra* tiene poco más ó menos el mismo escaso valor que *Granada mía*, y supongo que alcanzará sobre poco más ó ménos el mismo éxito; pero con mi autógrafo que pienso ofrecer al Municipio de Granada, probaré que mi memoria es tan larga como mi vida,

y tal vez puedo asegurar que mi gratitud tendrá pruebas hasta despues de mi muerte.

De lo que hoy en este librejo digo no hará caso nadie probablemente; porque así se dicen todas las verdades en nuestra tierra, para que nadie las tome en cuenta más que para criticarlas, tergiversarlas é inutilizarlas: si un ingénio, tan hábil como mal intencionado, no se encarga de interpretarlas de modo que se conviertan en befa ó calumnia de quien las dijo.

Es cuestion de carácter y de clima: los pueblos meridionales hablamos, pero no escuchamos: soñamos, pero no meditamos: no hacemos nada, pero criticamos á los que hacen algo y pasamos la vida haciendo tiempo para morirnos; ocupándonos de impedir que vivan tranquilos los que trabajan para vivir de su incesante trabajo, procurando con él mejorar y perfeccionar la vida de los que huelgan, ocupándola sólo en hablar de los demás.

Así vivimos, así somos y así seremos: los locos y los chiflados ideando cosas más ó ménos grandes, más ó ménos útiles, más ó ménos bellas y divertidas; cuya realizacion impiden y desvirtúan los tontos; que viven para eso y que acaso por eso se engrandecen y se enriquecen á costa de lo que idean los locos y los chiflados: á los cuales con ra-

zon critican, desprecian y calumnian los tontos, á quienes suelen servir los ideales y elucubraciones de los locos y los chiflados, quienes tal vez por perderse en los altos espacios de la inteligencia, están tanto más cerca del Criador, cuanto más se alejan de las criaturas.

Los Gnomos de la Alhambra debían ser el apéndice de mi mal empezado y no concluído *Poema de Granada*, cuya incompleta obra es la prueba palpable de la deficiencia de mi ingénio en mi juventud y de su impotencia en mi vejez; son el último eslabon de una cadena, cuyos anillos centrales no he podido forjar: son la mitad del broche de oro de un collar que debió ser de perlas: son los piés correspondientes á la cabeza de una estátua que no tiene cuerpo: son el delirio de una realidad no realizada y ya acaso irrealizable. ¿Quién sabe? Dios que prolonga tan largo tiempo mi vitalidad como si me hubiera hecho encontrar la fórmula del elixir de la vida: y Dios que conserva mi vejez en el espiritual idealismo inconsciente de mi fogosa inspiracion juvenil...

¡Quién sabe!

Entre tanto, y por si mis anhelos no logran pasar de intentos estériles, en este librejo, Granada mía, te envío los últimos suspiros de mi corazon, que

aún late por tus amores; y su volúmen va completo con el recuerdo de todas las mujeres que le han dado aliento y esperanza, hasta que mis sesenta y ocho años me obligan á despedirme de tí y de ellas; que habéis sido los dos manantiales en que mi poesía ha refrescado su sed y ha bañado sus álas, miéntras ha sentido en ellas aseguradas sus plumas.

José Zorrilla.

PRIMERA PARTE

LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA

(POEMA FANTÁSTICO)

AL EXCMO.

AYUNTAMIENTO Y DIPUTACION PROVINCIAL

DE

la muy noble, muy leal, heróica y celebérrima ciudad

DE GRANADA

dedica esta ofrenda de gratitud

EL POETA ENTUSIASTA ENAMORADO DE ELLA

JOSÉ ZORRILLA

JULIO DE 1886.



CANTO PRIMERO

I

En el nombre de Dios Omnipotente
y Misericordioso: ésta es la historia
del alcázar sin par, entre la gente
Moslemí de tristísima memoria,
y recuerdo ya casi indiferente
para el Rumí, aunque cifra de su gloria:
su pasado valor la había rendido,
y su ignorancia posterior la ha hundido.

II

Gloria á Dios que es de todo el Soberano,
que todo lo germina, lo sostiene,
lo equilibra ó lo deja de su mano,
á su infalible ley segun conviene:
mas, ¿por qué ciego derribó el cristiano
la Alhambra, de la cual lo que hoy se tiene
da testimonio tal de su fé y gloria,
pero con tal borron mancha su historia?

III

Lo feroz del derecho de conquista
y del brutal guerrero la fiereza,
á quien la vanidad quita la vista
del ojo y la razon de la cabeza,
por probar que nada hay que les resista
quitan á sus victorias su grandeza;
y cuando en ellas Dios les da un tesoro,
gozan polvo en hacer las parvas de oro.

IV

¡Oh humanidad desatentada y loca
que tu divino origen envileces,
el discurrir creyendo que te apoca
y que feroz luchando te engrandeces:
que piensas que es la tierra una bicoca
siendo mina que ciegan tus sandeces,
tejiéndote de errores los más burdos
un estúpido código de absurdos!

V

¡Germen de la verdad amarga y dura,
espíritu gentil de la mentira,
antorcha de la historia viva y pura,
luz del génio del bardo que delira,
alumbrad mi poética locura
vuestro fuego juntando en una pira,
y de acíbar y miel colmadme un vaso
que dé á España á beber mi ingenio escaso.

VI

Un buen día de Arjona en el camino
un príncipe de estirpe Nazarita
encontró el pueblo moro granadino;
llevóle á orar á Dios en la mezquita
y puso allí en sus manos su destino.
Aceptó el piadoso moslemita,
empuñó el cetro, se sentó en el trono,
y ahogó de los partidos el encono.

VII

Amigo de la paz, cortó las guerras
y treguas asentó con el cristiano,
mirando por sus pueblos y sus tierras
sin oro aquéllas ya y éstas sin grano:
tornó el moro á labrar llanos y sierras,
tornó el oro á correr de mano en mano,
y tornó á ser feliz y respetada
bajo el dominio de Alhamar Granada.

VIII

Del saber al impulso y la prudencia
de rey tan perspicaz y expeditivo,
se tornó la escasez en opulencia
y el espíritu muerto en genio vivo.
Cobró el pueblo muslim nueva existencia
de accion vital y de comercio activo,
y para el moro comenzó una era
de paz estable por la vez primera.

IX

Tranquilo en su interior, lleno su erario
y de agresión externa bien seguro,
pensó el rey Alhamar en lo precario
del favor popular; y lo futuro
preveyendo en un pueblo tan voltario,
pensó entre el Rey y el pueblo alzar un muro,
é imaginó de espléndida grandeza
levantar un palacio-fortaleza.

X

Entre Torres-Bermejas y un recodo
que hacía el lecho aurífero del Darro,
había un cerro de montaña á modo
tupido en zarzas y encinar chaparro:
las vasijas que usaba el pueblo todo
estaban hechas de su rojo barro;
y á aquellas torres por estar anejo
y por su tinte se llamó bermejo.

XI

Por el alto lugar en que campaba
que el paso á la ciudad por allí cierra,
por frontero á la kádima alcazaba
que en caso de civil ó extraña guerra
podría resistir á la más brava,
dominador del aire y de la tierra,
por cálculo sagaz, nó por antojo,
se enseñoreó Alhamar del monte-rojo.

XII

Adelantó la torre de la Vela
y la asentó detrás la de Comares;
una como almenara y centinela
de la vega y de todos sus lugares;
otra como robusta ciudadela
cimentada en peñascos seculares:
y del monte á los piés tendió por vallas
un cinturon de torres y murallas.

XIII

Asegurada ya su fortaleza,
abrió en el monte resguardados silos,
y cuevas en sus rocas de una pieza,
y almacenes, depósitos y asilos;
y derramó con pródiga largueza
por una red de innumerables hilos,
las aguas de la sierra en un aljive
que á través de mil fuentes las recibe.

XIV

Entonces comenzó la maravilla
de la Alhambra á crëar, que de la tierra
fué brotando cual lirio sin mancilla
del virginal capullo que le encierra:
surgió entre los verjeles de la orilla
del Darro y los pinares de la sierra,
como sesteando entre la yerba asoma
su cabeza gentil una paloma.

XV

Su plan, obra del genio, cuya norma
tal vez por algun ángel le fué dada,
sin correccion, reparo, ni reforma,
fué concluída como fué empezada.
Rica en su construccion, bella en su forma,
salió como en un molde modelada;
salió como una novia bien prendida
á entregarse á su amor y á nueva vida.

XVI

Era un noble y artístico edificio,
fortaleza y alcázar, fabricado
todo desde el cimiento al frontispicio
bajo un plan á propósito trazado;
por el lado del río un precipicio
le guarda, á pico su peñón tajado;
y por los otros tres, foseado el cerro,
le guarda un cinto de agua, piedra y hierro.

XVII

Arriba, al Mediodía, y de Comares
centro haciendo á la torre, en los confines
y al borde de las peñas seculares,
labró el Rey Alhamar los camarines
y salas á los usos familiares
del haren y á los íntimos festines
de la vida de invierno destinadas,
para tal estacion aparejadas.

XVIII

Los alarifes árabes que hicieron
aquella estancia por los planos reales,
para su noble fábrica eligieron
tal plan y tan selectos materiales,
tal atencion en su labor pusieron,
trabazon y armonía tan cabales,
que quedó al parecer hecha con blondas,
más bién en firme y sobre bases hondas.

XIX

Ante la misma torre de Comares
Alhamar y ante aquellos camarines,
una mezquita alzó con alminares:
y ensolado con losas y adoquines
abrió un patio central, cuyos pilares
y arcos que entoldan mirtos y jazmines,
formaban fresca, verde y doble cerca
á las dormidas aguas de una alberca.

XX

Dios cortó de Alhamar el Nazarita
la vida aquí: mas al partir del mundo
su alma, Dios amparó su obra bendita.
Tomóla á pechos Muhammad segundo,
y Abúl-Agiah, tras él, con exquisita
atencion á aquel plano tan fecundo
en prodigios, y abrieron los salones
del patio y surtidor de los leones.

XXI

Y resultó la Alhambra de Granada
un alcázar de nácar, cedro y oro,
mansion cual para Emires destinada,
muestra incopiable del saber del moro:
mansión que, para reyes fabricada
por reyes, costó cara al real tesoro;
pero el alcázar fué más soberano
que habitó nunca rey, moro ó cristiano.

XXII

Cuando brotó la Alhambra, concluída
toda su labor kúfica que cuaja
de oro y nácar su fábrica, y bruñida
á buril y á cincel como una alhaja
de valor impagable, contenida
de marfil ó de sándalo en su caja,
por un giron del aire hecho en el velo
para mirarla Dios se asomó al cielo.

XXIII

Los ángeles tras él con los profetas
y las hurís á verla se asomaron:
y al admirar sus cámaras completas
ya de ajuar, habitarlas desearon:
pero mantuvo Dios sus alas quietas
y su anhelo á acotar se resignaron:
Dios permitió no más que las huríes
bajaran á estrenar sus alhamíes.

XXIV

Desde entonces la sílfide, la ondina,
la náyade, la ninfa; el silfo, el hada,
toda la población semi-divina
en los cuatro elementos encerrada,
pidió á Dios en la Alhambra Granadina
que la otorgase habitación ó entrada:
mas dijo Dios que de cuanto es dispone:
«Entraréis cuando el hombre la abandone.»

CANTO SEGUNDO

XXV

Y corrieron los días y los meses
y los años, y al fin de una centuria
bosque hicieron los álamos y almeses
del Darro y del Genil; mas la penuria
nunca en la Alhambra entró, ni los reveses
de la guerra la hollaron en su furia;
siempre ricas de frutos y de mieses
y ganados su vega y serranía,
vivió entre oro y amor y poesía.

XXVI

Su fortaleza real dominadora
dió siempre al rey impenetrable asilo
contra la audacia de la plebe mora,
pueblo haragan, versátil é intranquilo:
de Alhamar la prudencia previsora
mantuvo entero de su raza el hilo;
jamás forzó la rebelion más brava
de su Alhambra la vírgen alcazaba.

XXVII

Palacio al mismo tiempo y fortaleza,
real servidumbre y guarnicion tenía:
el fuerte avitallado con largueza;
y de oro, del que nunca hay demasía,
bien provisto el palacio: la grandeza
del castillo un ejército admitía:
y así desde Alhamar avasallada
de la Alhambra á los piés se echó Granada.

XXVIII

Fué la Alhambra un eden en miniatura,
una gloria entre flores escondida,
un manantial de amor y de ventura,
un templo de la paz jamás perdida,
un oásis de sombra y de frescura
para quien dentro de él pasó la vida;
nunca turbó los ecos de la Alhambra
más que el són del festin y de la zambra.

XXIX

Mas todo lo en que el hombre pone mano
cambia, merma, vacila ó cae un día:
alguna vez audaz el castellano
llegó á entrar por su vega en correría:
después todo un ejército cristiano
acampó con insólita osadía
sobre Elveira, y la Alhambra sus banderas
contar pudo á la luz de sus hogueras.

XXX

Más tarde en la ciudad se levantaron
contiendas, banderías y motines,
que al fin en rebeliones acabaron:
y al són del añafil y los clarines
las calles de Granada ensangrentaron
por causas malas y peores fines:
la Alhambra desde lo alto lo veía
y para un nuevo rey sólo se abría.

XXXI

Entonces nó cual vírgen no tocada
ni con noble altivez de gran señora
mantuvo su cabeza levantada;
sinó que fué servil y encubridora
del feliz vencedor, y á él entregada
sin fé ó por miedo, cuando nó traidora:
y fué en vez de un eden de poesía
alquilado salon para una orgía.

XXXII

Más tarde á un viejo rey cegó una insana
pasion tardía; y como á bestia ciega,
le embozaló el amor de una cristiana,
que á su vez de su Dios por él reniega.
La primera la kádima sultana,
cuyo valor al heroísmo llega,
de la Alhambra rëal partió el espacio,
partiendo la familia y el palacio.

XXXIII

Arrebató al rey padre el heredero
único de los dos y de ambos hijo,
y echóle salvo en el país frontero:
y cuando el padre «dámele» la dijo,
ella tranquila respondió:—«No quiero
que le cojas: se fué; pero de fijo
volverá.»—¿Dónde está?—Trás la frontera,
que volverá á pasar con su bandera».

XXXIV

El rey no se atrevió con la sultana:
y Aixa la varonil, de miedo ajena,
incapaz de ceder á fuerza humana
en derecho legal y en causa buena,
cebando todo su ódio de africana
en la mujer intrusa nazarena,
fué la primer figura, la gran dama
que á la escena salió de aquel gran drama.

XXXV

Volvió á pasar el fugitivo mozo
por Castilla amparado la frontera,
contra su viejo padre sin rebozo
ya tremolando como rey bandera.
La madre le acogió con alborozo
una noche en la Alhambra, y dejó fuera
al viejo rey, que sin tambor ni ruido
á empresa de alta prez había salido.

XXXVI

Entonces estallaron las primeras
de las últimas luchas y agonías,
red tejida de hazañas verdaderas
de ódio y amor, de fe y apostasías:
lucha vil de serpientes y panteras,
de héroes con apóstatas y espías:
lid por fuera de hercúleo trabajo,
de ódio civil por dentro y por debajo.

XXXVII

No pudo el viejo rey con la sultana;
y los hijos de Agar, como dementes,
para una infanda lid, con furia insana,
armáronse de hierro hasta los dientes;
dividiendo á la raza musulmana
en más bandos que tribus, imprudentes
quisieron de cristianos ayudarse,
y ellos les ayudaron á matarse.

CANTO TERCERO

I

Dejadme aquí un instante que reposando aliente
las brisas que refrescan la Alhambra de Alhamar:
dejad, antes que el ímpetu del huracán reviente,
que á sombra de sus árboles en mi vejez me siente,
atrás una mirada retrospectiva á echar.

II

Dejadme que suspire, que gima y me lamente,
que sueñe y que delire, ya próximo á morir;
dejadme, en fin, que espire sumiso al fatal hado,
conmigo consecuente, cantando lo pasado,
llorando lo presente, temiendo el porvenir.

III

¡Surgid en mi memoria, recuerdos esparcidos,
perdidas hojas secas, por tierra, viento y mar:
de mí exhalados átomos, volved á mí reunidos:
por mí dispersos pájaros, volved á vuestros nidos:
hijuelos míos pródigos, volved á vuestro hogar!

IV

Quitad por un momento, borrad de ante mi vista
de cuanto el alba alumbra lo que mis ojos ven:
llevadme cuatro siglos atrás... á la conquista
que el poderío alárabe rompió como una arista,
que el huracán hace átomos en su voraz vaiven.

V

Llevadme á las regiones tan vagas como bellas,
en las que Dios al génio dá espléndida mansion
en kioskos lùminosos, labrados con estrellas;
do de las tempestades no alcanzan las centellas,
do el sol no llega, y soles de Dios los ojos son.

VI

Llevadme en vuestros brazos; ¡oh brisas de la aurora!
llevadme á aquellas cumbres que dan sobre la mar:
allí donde fermenta la tempestad sonora,
donde el capullo fresco bajo la nieve mora,
donde el peñon coronan el mirto y el azahar.

VII

Llevadme do á la sombra de las silvestres parras,
y al borde de las fuentes del Darro y del Genil,
que saltan entre picos de jaspes y pizarras,
se ven las escondidas fragosas Alpujarras,
baluarte postrimero del pueblo de Boabdil.

VIII

Llevadme á las montañas donde se bebe pura
el áura que el espacio tapiza con su azul:
allí donde los cielos se abarcan en su anchura,
allí donde se alcanzan en la feraz llanura
á Málaga y Marbella por cima del Padúl.

IX

Llevadme á la más alta de sus enhiestas lomas,
donde las dos ciudades muslímicas se ven,
joyeros do incorruptos se guardan los aromas,
tazones de alabastro do abrevan las palomas,
jarrones que conservan los lirios del eden.

X

Llevadme: y al murmullo de las lejanas olas,
á los primeros rayos del matutino albor,
la frente coronada con las primeras violas,
hincado sobre el césped cubierto de amapolas,
recordaré sus fastos de gloria y de dolor.

XI

Y á par también vosotras, poéticas ficciones,
encantadoras hijas del númen oriental,
sutiles, vaporosas, risueñas creaciones
que habéis abandonado las Líbicas regiones,
trayendo á estas montañas la casa paternal;

XII

vosotras, magas bellas, que en grutas de cristales
debajo de los lagos tenéis vuestra mansion,
alcázares morando de nácar y corales,
cubiertos con alfombras más finas que los chales
que os teje cachemira, que os rinde adoracion;

XIII

vosotros, ráudos silfos, que en el peñasco umbrío,
bajo las frescas hojas del tulipan dormís,
bañándoos en las gotas del trémulo rocío,
suspensas en el césped, de cuyo centro frío
las nuevas mariposas á perseguir salís;

XIV

vosotros, gratos ecos, que en la caverna oscura
las voces descarriadas gozáis en remedar
del pájaro salvaje que silba en la espesura,
del agua que en las grietas del peñascal murmura,
del aire que susurra las ramas al cruzar;

XV

vosotras, creaciones del génio de Mahoma,
hurís encantadoras del musulman eden,
más bellas y agradables que el cisne y la paloma,
más gratas y ligeras que el humo del aroma,
más puras que las aguas del pozo de Zemzem;

XVI

vosotras, cuyo aliento el aire aromaría,
cuya saliva hiciera dulcísima la mar,
cuya mirada ardiente la noche alumbraría;
cuya sonrisa amante vertiera la alegría
en la morada triste del eternal pesar;

XVII

el terrenal encanto que en vuestro sér respira,
la poesía humana que atesoráis en él
prestadme; nó enojadas abandonéis mi lira
cuando á la Cruz ensalza, porque á la par suspira
por las vencidas tribus del pueblo de Ismäel.

XVIII

Venid en torno mío á oir de vuestras penas
la deleitable historia si triste relación:
que os guarden en su cáliz los lirios y azucenas,
que lecho os den las lomas de madreselva llenas
y alivie vuestra cuita de mi cantar el són.

XIX

Y si es que por desdicha mi voz os entristece
ó el resplandor os ciega de la triunfante Cruz,
cerrad los pabellones del cáliz que os guarece,
llorad en él á solas mientras en él os mece
la brisa que levanta la matutina luz:

XX

mas no turbéis mi canto y ahogad vuestros gemidos;
no hagáis que de estas sierras os lance descortés
quien canta los tesoros por vuestro mal perdidos,
mas quien en la victoria respeta á los vencidos,
porque la causa noble de los vencidos es.

XXI

Callad, y oid en calma por más que sea en duelo.
¡Silencio!—ya la aurora comienza á clarëar:
la tierra se colora, se tornasola el cielo,
y en vasto panorama su pintoresco suelo
Granada tiende fértil desde la sierra al mar.

XXII

Granada, cuyo cielo sostiene el paraíso
sobre arcos de zafiros y bóvedas de luz:
Damasco de la Europa, de cuyo fértil piso
un nuevo eden terreno naturaleza quiso
hacer, enamorada del ámbito andaluz.

XXIII

Preciosa perla orlada de rica pedrería,
de ceñidor la sirven sus poblaciones mil,
tesoros de riqueza, de amor y de alegría,
la saludable Alhama, la cómoda Almería,
y Córdoba la sabia y Vélez la gentil:

XXIV

Y sobre todas Málaga, verjel de la hermosura,
sultana de las aguas, alcázar del amor,
estrella suspendida sobre la mar oscura,
que alumbra en las tormentas y salvacion augura
al naúfrago que lucha del mar con el furor.

XXV

¡Granada!... Aláh te ha hecho la reina de las flores:
tu sierra es blanca tienda que pabellon te da:
un lecho tu recinto do duermen los amores,
tu vega un chal morisco bordado de colores,
tus torres son palmeras en que prendido está.

XXVI

Trasunto de los ricos y fértiles paisajes
do gozarán los justos interminable abril,
tus claros horizontes de límpidos celajes,
tus árabes palacios labrados con encajes
tus cármenes regados por fuentes de marfil.

XXVII

Mas ¿cuyas son las tiendas que alfombran tu llanura?
¿quién alza de tí enfrente su osado pabellon?
¿quién tala de tu vega la pródiga verdura?
¿qué signos son aquellos que brillan en la altura?
¡Las Cruces!—¡Dios bendito, los castellanos son!

XVIII

¡Son ellos!... han plantado su campo en un momento
del cerro de la estéril Isíberis al pie!
Son ellos!... y en el centro de su ancho campamento,
se elevan dos pendones á la merced del viento...
¡Dios sea con los reyes que lidian por la fé!

XXIX

¡Dios sea con Castilla!—De su guerrera trompa
los ecos estremecen á la árabe Babel:
sus huestes, impacientes porque la lid se rompa,
ante sus reyes vienen con altanera pompa...
¡salud, grave Fernando! ¡Salud, noble Isabel!

XXX

¡Salud, jefes ilustres, leales caballeros,
cuyos arneses brillan con misteriosa luz,
porque debajo de ellos, creyentes verdaderos,
alientan corazones que exhalarán enteros
el último suspiro lidiando por la Cruz.

XXXI

¡Dios sea con vosotros los que, en la fé constantes,
para asediar el templo del ídolo gentil,
cruzando las montañas cuajadas de turbantes,
cubriendo sus senderos de hermanos espirantes
llegáis á la ancha vega del límpido Genil!

XXXII

Llegáis... pero llegando ¿qué dejan á su espalda
vuestros bizarros tercios del Arabe en poder?
¿Quién guarda las mil torres que asientan en la falda
de las quebradas sierras, que alfombra de esmeralda
el césped que entre nieves aprende á florecer?

XXXIII

Los rojos estandartes de vuestro rey ahora
coronan las murallas de Ronda y Setenil,
los blancos alminares de Málaga y Alora,
los ojos de Granada, que son Moclín é Illora,
las peñas encarpadas de Loja y de Cambil.

XXXIV

Las playas de Marbella donde se acuesta el día,
los cerros de Bentómiz, los valles de Lecrín,
las fértiles campiñas de Baza y Almería,
las joyas más preciadas que el moro poseía,
están de los cristianos en el poder al fin.

XXXV

¡Ay de vosotros, hijos del Africa abrasada,
los que seguís el sino fatal de Abú-Abdil!
¡Ay de vosotras, hijas de la gentil Granada,
las que os bañáis alegres en la agua aljofarada
que á vuestras puertas vierte morisco cabuchil!

XXXVI

¡ Ay de vosotros todos los que miráis su vega
cubierta con las tiendas del castellano rey,
y véis que vuestras mieses para sus tropas siega,
y sus caballos pacen lo que vuestra agua riega,
é incendia los lugares que habita vuestra grey!

XXXVII

¿Qué hacéis á las almenas del muro granadino
inmobles y apiñados en popular tropel?
Yo veo el grupo blanco que forma el remolino
de gente, cuyo rostro corona el ancho lino
con que su frente toca la raza de Ismäel.

XXXVIII

Os veo en el silencio del miedo que os espanta
tras las almenas pálidos los rostros asomar,
y el corazon helado, sin voz en la garganta,
estúpidos mirando la Cruz que se levanta
encima de las tiendas del castellano adoar.

XXXIX

¡ Aláh-u-akbar, cobardes! Lanzad del noble pecho
el miedo que abre al hombre sepulcro sin honor:
sacad á vuestros Xeques del perfumado lecho;
y pues tenéis y bueno también vuestro derecho,
salid á defenderle, y Aláh con el mejor!

XL

¡Aláh-u-akbar, cobardes! Montad vuestros corceles:
bajad al campo ó gloria ó túmulo á buscar;
y prueben vuestros botes, impávidos Gomeles,
Zenetes vengativos y Ben-Humeyas fieles
que corre en vuestras venas la sangre de Aly-Athar.

XLI

¿Creéis que vuestros padres la mar atravesaron,
ganaron palmo á palmo la tierra en que vivís,
y en medio de pensiles vuestra ciudad fundaron,
la hincharon de tesoros, de torres la cercaron
para llorar su infame cautividad?—¡Mentís!

XLII

A precio de su sangre sus tahas se adquirieron:
con sus tesoros se hizo tan delicioso eden:
y pues su vida y oro por dárosle perdieron,
honrad cual buenos hijos á los que el sér os dieron,
y pelead como ellos ó sucumbid tambien.

XLIII

¡Así! ¡Que Aláh os asista! Las trompas y añafiles
atruenan ya el recinto de la ciudad verjel;
ya acuden tus guerreros á defenderte á miles,
Granada: tú no has sido la cuna de hijos viles,
y los que dió tu suelo se enterrarán en él.

XLIV

¡Aláh-u-akbar! ¡Muslimes! He ahí los castellanos:
no os queda más baluarte que vuestra corte ya.
¡Al arma, granadinos, al arma! ¡Los cristianos!
¡Lidiad si no sóis perros, cobardes y villanos!
¡Aláh-u-akbar! ya en armas la poblacion está.

XLV

Ya ciñen sus murallas ferrados capacetes;
ya ondea en la alcazaba su sacro pabellon,
ya asoman por Bib-rambla los árabes jinetes,
ya baja de la Alhambra Boabdil con sus zenetes.
¡Dios salva á los que mueren bajo su real pendon!

CANTO CUARTO

I

¡Inútil lid! La estirpe Nazarita
engendrada y nutrida en prez y en gloria,
sin duda estaba por Aláh maldita,
votada á ser escándalo en la historia
y á ser ejemplo de nacion precita
y en España á dejar mala memoria:
porque ninguna en las historias llega
á tan mal fin con idiotez tan ciega.

II

Para uno solo en territorio estrecho,
levantaron tres reyes sus pendones:
Muley, henchido de rencor el pecho,
el Zagal con guerrillas por legiones,
Abu-Abdil de entrambos en acecho
con Aixa de la Alhambra á los balcones;
afanados los tres en darse traza
de acabar lo más pronto con su raza.

III

Cada empresa fué un yerro ó un delito
de desaciertos ó de infamias lleno:
Muley quiso matar al Rey-Chiquito
y su tío el Zagal darle un veneno;
él asaltando de ambos el distrito
les anuló cuanto intentaron bueno:
y ni fe, ni valor, ni ley, ni espada
sin sangre ó sin baldon quedó en Granada.

IV

Y de la Alhambra Dios quitó sus ojos:
y Alhamar se asomó á su sepultura
y que atajara á Aláh pidió de hinojos
del pueblo moro la fatal locura.
Calmar de Dios no pudo los enojos
y se volvió á enterrar con la amargura,
á su Alhambra al mirar, de ver en ella
lucir ya de Boabdil la aciaga estrella.

V

Lo que pasó despues ¿quién no lo sabe?
Boabdil echó por el peor camino,
y en la razon de estado tcdo cabe.
Fernando, rey muy cáuto y de gran tino,
le fué empujando á situacion tan grave,
se sirvió tan sagaz de su mal sino,
que sin prez ni de rey ni de guerrero
le hizo bajar al escalon postrero.

VI

Un día, al despuntar la matutina
luz, sin corona ya de soberano,
descendió de la Alhambra granadina
con sus doradas llaves en la mano.
Dióselas al doblar una colina
con vil resignacion al rey cristiano,
y un rincon á buscar do el sol no radie,
fué sin löor ni compasion de nadie.

VII

¡Con razon le llamaron el rey Chico
y Abú-Abdil-el-Zogoibí!—El menguado
llevó su corazon, como acerico
de alfileres, de espinas traspasado;
mas debió el manto dar por un pellico
y su cetro de rey por un cayado,
si era incapaz de abrirse sepultura
primero que aceptar tal desventura.

VIII

¡Dios es grande! Él ensalza y Él humilla.
Cumplióse en Böabdil el vaticinio
de su sino fatal; y la mancilla
de la raza de Agar y el esterminio
(segun iba á exigirles en Castilla
la unidad del católico dominio)
iban á comenzar, y nuevas leyes
en su Alhambra á dictar sus nuevos reyes.

IX

De su conquista posesion tomaron,
y en las estancias del alcázar moro
con gran ceremonial se aposentaron,
dando á su triunfo señoril decoro.
Cuando á solas su Alhambra inspeccionaron
y vieron de primores tal tesoro,
convinieron en que era tal conquista
maravilla por ellos nunca vista.

X

Isabel con su instinto femenino,
con su sagacidad *el rey su esposo*,
ella por gusto en artes peregrino,
de sus conquistas él por el reposo,
vieron que el regio alcázar granadino
como real fortaleza era un coloso,
para cuya estratégica defensa
necesitaban guarnicion inmensa.

XI

Y no pudiendo establecer en ella
de Castilla la corte, era preciso
para guardar alhaja como aquella
que Dios poner entre sus manos quiso,
que una reina no más ó una hurí bella
moraran en tan regio paraíso;
y de no ser un rey quien le habitara
fuese quien de prez regia blasonara.

XII

Y aquí por fallo del rencor divino
sin duda, y sus enojos enconando
Dios en él, comenzó á lo que imagino
sus huellas á seguir su sino infando:
sólo así en el alcázar granadino
se explica que tras él fueran hollando
su sombra fugitiva y su memoria
los que infamaron su blason é historia.

XIII

Víctima fué Boabdil de su mal sino,
mas no vil y crüel por sed de mando:
cayó arrastrado por su ruin destino
en la red de la astucia de Fernando:
él le extravió por el peor camino
y á jornadas por él le fué arrastrando;
y su sino fatal por fatal modo
implacable con él se mostró en todo.

XIV

En su primer político concierto,
gérmen para él de duelos tan prolijos,
Muley pedía á su hijo *vivo ó muerto:*
y él no hostigó á Zoraya ni á sus hijos,
y de Almuñécar les dejó en el puerto
con todo el infantazgo y feudos fijos
que su padre les dió, y en sus hermanos
ni en Zoraya jamás puso sus manos.

XV

La capitulacion establecía
que la familia toda del vencido
su patrimonio real conservaría,
en un cambio de tahas convenido:
y por familia real se comprendía
las de los dos que reyes habían sido
Muley y Abdil, conforme á sus orgánicos
códigos y á sus ritos alcoránicos.

XVI

Zoraya, pues, la que nació cristiana,
la que de Dios ó el diablo con la ayuda
fué mujer de Muley y fué sultana,
era princesa de Muley por viuda.
Lucero se llamó de la mañana,
y con astro feliz nació sin duda,
pues la reina Isabel avivó en ella
de Isabel de Solís la fáusta estrella.

XVII

Como á princesa real la dió la mano,
y á fuerza de cariño logró hacerla
volver al gremio del redil cristiano
y al sér y el nombre de Isabel volverla:
y como en un anillo soberano
una perdida y reengarzada perla,
fué en el alcázar moro de Granada
repuesta la dos veces renegada.

XVIII

En él el noble Conde de Tendilla
la dió de infanta señorial decoro
y sombra la bandera de Castilla;
y en la Alhambra rëal ganada al moro,
libre de culpa y limpia de mancilla,
sin protesta de nadie y sin desdoro,
fué, de Boabdil tal vez la perdedora,
quien entró detrás de él como señora.

XIX

Despues, cuando los síntomas primeros
de la morisca rebelion brotaron,
con sus hijos, del árabe herederos,
de Granada prudentes la alejaron.
Tras ella entró el magnánimo Cisneros;
mas con Cisneros en la Alhambra entraron
el ódio y el pavor con la amenaza
de la expulsion de la vencida raza.

XX

Carlos quinto tras él vino á Granada:
la Alhambra recorrió maravillado
de maravilla tanta aglomerada
en ella, y exclamó: «¡rey bien menguado
»fué el rey á quien tocó de tal morada
»lanzado ser! ¡Si yo me hubiera hallado
»en su lugar, primero doy la vida
»que darla!»—y él la derribó en seguida.

XXI

La mitad arruinó con su edificio
sin fin alguno y sin ningun provecho;
los muros construyó y el frontispicio,
y se marchó dejándolos sin techo,
sin explicar el plan de su artificio,
ni acordarse más de él... y á lo hecho, pecho.
Le costó mucho y le importó muy poco.
¡Calaverada real de aquel gran loco!

XXII

Más tarde, aquél que Eden fué de delicias
se tornó á convertir en fortaleza:
más tarde, en protectora de sevicias
indignas de la ibérica grandeza,
y de las mil argucias y malicias
que sin su poblacion y su riqueza
á Granada dejaron, y desnuda
del lago y del desierto en la paz muda.

XXIII

Luego... algun que otro rey, Felipe quinto
por ejemplo, en la Alhambra de visita,
la zurció y remendó con mal instinto
para hacerla *más cómoda* y *bonita:*
despues... quedó vacío su recinto,
aunque erecta en parroquia su mezquita:
y en una torre y casi sin subsidio,
quedó un gobernador con un presidio.

XXIV

Despues... abandonados sus salones,
presa del sol, de la humedad y el viento,
las aves, las arañas y ratones
los fueron á tomar por aposento:
matuteros, gitanos y ladrones
hicieron de ella al fin su campamento;
y como mónstruo en ferias hoy se exhibe,
y de limosna y de milagro vive.

XXV

Hoy el amor al arte la conserva
y el teson de un artista la sostiene,
librándola del polvo y de la hierba
por el buen ver de quien á verla viene.
La da algun día de penuria acerba
la exiguidad de la pension que tiene:
de noche... sólo ya la poesía
la puebla de recuerdos y armonía.

XXVI

Dicen los cabalistas, y se aferra
en creerlo tal vez gente muy grave,
que hay millones de seres bajo tierra
que elementales de ella son. ¡Quién sabe!
Dicen que bajo sí la Alhambra encierra
un pueblo de estos GNOMOS, que la llave
tienen de su recinto, que le cuidan
de noche y con el sol bajo él anidan.

XXVII

Yo por mí ni lo afirmo, ni lo niego,
ni sé si me lo han dicho ó lo he soñado:
mas á crëer me inclino desde luego
que un misterio en la Alhambra hay ignorado;
porque doquier que el hombre apaga el fuego
de su hogar y le deja abandonado,
otro sér, de él amigo ó enemigo,
en el lugar que deja busca abrigo.

XXVIII

En toda soledad, en toda ruina,
en todo silo, tras de todo escombro
hay algo indefinible que germina
en la imaginacion un vago asombro;
y ese algo, que jamás se determina,
no se puede coger y echarse al hombro,
mas pesa en nuestro espíritu, no cede
á reflexion, y con nosotros puede.

XXIX

En todo lugar alto suena el viento
y algo que oscila ó que tremola mueve:
en todo lugar hondo, agudo ó lento
un eco que algo allí producir debe;
en toda ruina queda un elemento
de historia ó tradicion, áunque sea leve:
las de la Alhambra grandes son ¿la clave
de ellas los GNOMOS no tendrán? ¡Quién sabe!

CANTO QUINTO

Alhambra, régio alcázar, gloria del moro,
floron el más preciado de su corona,
alminar de alabastro con rejas de oro,
de misterios de gloria y amor tesoro,
vergüenza de la gente que hoy te abandona,
mansion digna de reyes, hoy sin señores,
sultana sin esclavas ni servidores
¿por qué se alejan
de tí los hombres? ¿Sola
por qué te dejan?

Porque la préz recuerdas de los vencidos.
Tal vez porque áun fermenta la hez del encono
contra tus fundadores mal conocidos,
vienen las golondrinas á hacer sus nidos
en el techo de tu áureo salon del trono:
hoy no saben tus hondas penas secretas
más que las golondrinas y los poetas:
muda é inerte
yaces bajo la dura
ley del más fuerte.

Mas hoy que nuestra raza parece loca,
que el mundial equilibrio parece roto,
que enterrándolo todo, todo se evoca,
que la tierra á los reyes parece poca
y que se baila encima del terremoto,
no ha de faltar, Alhambra, quien por tí abogue
sin que el ruido ni el miedo su voz ahogue.
Hoy resucita
el ravví que te adora,
mansion bendita.

Si los hombres te olvidan, Alhambra santa,
si ya no te creen digna mansión del hombre
y en tus salas, que un vago misterio encanta,
el rumor de la vida no se levanta,
mil millones de génios sin faz ni nombre,
los mil millones de héroes de la leyenda,
con la fé y con la historia siempre en contienda,
de tu palacio
flotan, hierven y bullen
en el espacio.

Trás lo que pasa llega lo que atrás viene,
de lo que muere brota nueva existencia,
de verdad la mentira semilla tiene,
é inextinta la historia su luz mantiene;
la poesía de ella va en competencia,

y audaz con la leyenda funde la historia,
y el poeta á los hechos da mengua ó gloria:
hoy del poeta
la sociedad al estro
marcha sujeta.

Alhambra, régio alcázar de los vencidos
que yaces en olvido y en abandono,
á juntar va el poeta todos los ruidos,
los propósitos nunca tal vez sentidos
que verdad y mentira tráen en tu abono.
Si solitaria yaces, muda é inerte,
porque sufres la injusta ley del más fuerte,
á tí te basta
tu pasado: la historia
nunca se gasta.

Oye: siempre más pudo quien supo ménos:
nunca quien fué vencido fué bien juzgado:
siempre los vencedores fueron los buenos;
pero, cual de justicia de juicio ajenos,
la fe y prez del vencido siempre han hollado.
De tu estancia de invierno para el derribo
¿cuál fué el pretexto fútil, cuál el motivo?
Una humorada
de un gran rey; una estéril
baladronada.

Mas no fueron tus nobles conquistadores
los Católicos reyes los que te hollaron;
de Alemania vinieron tus destructores:
no eran de nuestra tierra conocedores
ni de tí los que ciegos te derribaron:
no fué la Reina Santa, ni el Rey valiente,
que la Cruz te impusieron sobre la frente:
fué quien no cupo
en España, y Rey de ella
morir no supo.

Desconocida fuistes y despreciada,
porque no presentaban fé de bautismo
las cifras con que vieron tu faz sellada;
y no sabiendo de ellas comprender nada,
lëerlas ó borrarlas les dió lo mismo.
Derribada, tuviste que someterte
por vencida á la bárbara ley del más fuerte,
y en tu recinto
real prueba de barbarie
dió Carlos quinto.

Hoy aunque abandonada por los que viven,
tan vacía de muebles y moradores
cual esclava desnuda como te exhiben
y aunque de tus derechos reales te priven,
hoy tu teson de reina ven tus señores,

pues sobre el terremoto que te respeta
erguida permaneces, segura y quieta:
con que levanta
tu cabeza, pues firme
tienes la planta.

Hora es de que te engrías y que presumas
del poder de tus leves arcos moriscos,
que aunque ser aparentan niebla y espumas
y ligeros é ingrávidos como las plumas,
aéreos, pero firmes más que obeliscos,
cinco siglos soportan, y estás derecha
para aguantar su peso porque estás hecha;
tu faz levanta,
que áun hay á quien mirándola
tu faz encanta.

Aun eres el alcázar de las huríes
que de noche á tí bajan en nubes de aves,
hechas de mil millones de colibríes
y aves del paraíso, del aire naves:
los gnomos las preparan tus alhamíes
con hojas de jacintos y de alhelíes,
las hadas las escancian néctares suaves,
y tu recinto
tornan Eden del suyo
poco distinto.

Los poéticos séres elementales,
en lugar de los hombres que te desdeñan,
celebran en tus huecas cámaras reales
sus fantásticas rondas y festivales:
por el día los hombres ¡nécios! te enseñan
á los bausanes, como resto curioso
de un fósil; como enseñan la piel de un oso,
como de un feto
el embrion, ó el engarce
de un esqueleto.

Por el día estás sola, desierta y muda
como la esclava núbil que en la mazmorra
con su amor imposible sueña desnuda:
por la noche á tí vuelve lenta y ceñuda
la aparición severa de Aixa-la-Horra
que acompaña á Moraima. —¡Tarea ruda
la de andar tras de un alma cuyo resorte
vital, cuya fe casta y amor eterno
rompió el desden que de otra la desanuda:
que perdió y que no encuentra la alma consorte
que renunció á su vírgen cariño tierno,
y vaga desprendida sin luz ni norte
entre Eden, purgatorio, gloria é infierno!
¡Pobre sombra perdida sin quien te acuda,
sin fé ya ni esperanza que te conforte!
¡Triste sombra de Reina, fantasma viuda,
á quien por tu almo y grácil y régio porte

Hadas, Silfos y Huríes te hacen sin duda
cuando á la Alhambra vienes de sombras Corte!
¡Corte invisible,
mundo para los hombres
imperceptible!

Pero mundo de encantos y poesía,
que puebla los lugares deshabitados,
que veneros de vida fueron un día;
de quienes es archivo la poesía;
que en tradiciones santas atesorados,
guardan todos los pueblos en su memoria,
y que extinguir no pueden la fé y la historia.
Dejad que os abra
mundo tal con la llave
de mi palabra.

VI

Un confuso murmullo de ruidos vagos
comienza ya á sentirse bajo la tierra:
mas nó del terremoto son los amagos,
no es un són que amenaza ruinas y estragos,
es un són que sorprende, pero no aterra.
Son los gnomos que alegres surgen del suelo
de la luna á los rayos á ver el cielo:
es que en la Alhambra
celebran los espíritus
nocturna zambra.

¡Hélos allí! ¡qué enanos... qué contrahechos!...
mas de sus buenas obras ¡cuán satisfechos!
Ya están aquí los gnomos ¡qué inmensa ronda!
á juntarse en el átrio van de la Barca;
de la alberca se apiñan á la redonda:
ya se apresta á arengarlos su patriarca:
ya le prestan á él todos atencion honda.
¡Cuántos, Dios mío!... ¡y cómo se contonean!
mas... ¡pronto, arrinconémonos: que no nos vean!
¿Quién se adelanta?
Es el rey de los gnomos
¡vaya una planta!

VII

LA RONDA DE LOS GNOMOS

EL REY

«La luz del plenilunio
»va espléndida á brillar:
»á media noche Junio
»sus días va á empezar:
»la luna va en su lleno
»su disco á redondear:
»el cielo está sereno,
»las doce van á dar.

»Dejad los silos, gnomos,
»do sin el sol moramos;
»de flores y de ramos
»ornad esta mansion:
»hoy, al tornar á la India,
»nuestra montaña rasan
»y por la Alhambra pasan
»Titania y Oberon.

»Hacedles los honores
»de reyes nuestros, gnomos:
»de noche dueños somos
»de la alcazaba real:
»los génios vagarosos
»nocturnos convoquemos,
»y en su recinto demos
»un régio festival.

»La Alhambra es nuestra: unámonos,
»cantemos y alegrémosla,
»bullamos y encantémosla
»con fiesta señoril:
»la Alhambra es nuestra, gnomos,
»probémosla esta noche
»que redivivos somos
»del rey Abú-Abdil.

»La Alhambra es nuestra: encanten
»sus régios camarines,
»sus patios y jardines
»los ecos del placer:
»que de placer se llene
»aunque soñado sea,
»y que á su gloria crea
»que torna á renacer.

»¡Sús, de la tierra vieja
»progenie elemental!
»puesto que el hombre os deja
»en libertad total
»y con desden se aleja
»de nuestra Alhambra real...
»¡gloria á la Alhambra! alcemos
»nuestra cancion coral,
»y en su desden dejemos
»al hombre desleal.

VIII

EL POETA

Aunque mi ingenio se vivifique
con estro nuevo, que rompa el dique
de un mar de ideas que centuplique
el poder mágico de lo ideal;
aunque mi espíritu se identifique
con el de un Génio, y á unir me aplique
de ambos las fuerzas y el sér vital,
y á hilvanar frases mi afan dedique
para el buen logro de empeño tal,
es imposible que yo os explique,
pinte, describa, ni clasifique,
pormenorice ni especifique
cuál de los gnomos es el sér real.

Yo los contemplo de mí delante
cual séres vivos bullir y andar,
sin (áun mirándolos) razon bastante
de su existencia poderme dar.
Yo no concibo cuál es su esencia,
materia ó gérmen elemental,
si les reviste sólo apariencia
ó positivo sér corporal.

Lo que en las obras demonológicas
y cabalísticas de ellos leí,
son conjeturas vanas é ilógicas
de ciencia estéril y baladí.
Dicen que gozan de una existencia
larga, de siglos, inmemorial...
de génios casi sin diferencia,
mejor que nuestra vida humanal:
dicen que tienen de ángeles algo,
que de hombre y ángel hechos estan,
que para un ángel lo que yo valgo
vale para ellos el padre Adan;
y (aunque garante de ello no salgo)
diz que lo dicen Biblia y Koran.

Diz que conocen cuanto la tierra
guarda en su centro no visto aún:
de cuanto oculto misterio encierra,
todo el manejo les es comun.

De sus cavernas, pozos y ruinas
los moradores y guardas son:
de sus tesoros y de sus minas
á quien protejen dan posesión.
Diz que pigmeos son y titanes
en la estatura y en el poder;
que larga vida pasan de afanes
la tierra incólume por mantener;
mas el bien que hacen es para otros,
y en pró del hombre todo su afan;
y, en fin, un alma como á nosotros
unos les niegan y otros les dan.

¿Quién sabe? Acaso se sepa un día:
ver todo acaso nos haga Dios
de esta existencia tras la agonía,
cuando nuestra alma de Él vaya en pós.

Los que yo tengo de mí delante
forman un pueblo de gente rara,
mas no antipático ni repugnante,
de tipo extraño y extraña cara,
de toda raza desemejante;
cual si enterrado siglos pasara,
y al haz del globo por importante
razon oculta Dios le evocara,
y andar de noche por él errante
de cuando en cuando Dios le dejara.

Es una gente no vista nunca,
que ser parece deforme aborto
de las tinieblas de honda espelunca,
de que les saca por plazo corto
quehacer nocturno que el alba trunca.

Es de este pueblo la muchedumbre
de tipo enano, de piel cobriza,
como embarrada de parda herrumbre
mezcla de moho, tierra y ceniza.

Es una gente llena de nudos,
de curvaturas y de corcobas;
de miembros recios, de gestos rudos,
cubierta apenas de estrechas lobas
con mangas anchas y anchas capuchas,
mal ajustadas con cintos anchos,
muy mal calzada de anchas babuchas
y armada de hachas, barras y ganchos.

Mas instrumentos no son de guerra
que minan, tumban, hunden y rajan,
sinó utensilios con que la tierra
soldan, acuñan, fijan y encajan,
cuando las fuerzas que dentro encierra
la zarandéan y la trabajan,
su costra térrea por valle y sierra
hinchan ó arrugan, hienden y tajan.

Es una gente mansa y ajena
de mal instinto, que marcha á prisa
como á precisa y útil faena,
con paso firme, con voz serena
y con benévola dulce sonrisa.

Habla una lengua que yo comprendo
pero que ignoro: y bulle y hierve
cual las abejas su miel haciendo,
cual las hormigas su troje hinchendo,
sin quien la turbe, ni quien la observe.

¿Cómo les oigo? ¿Cómo les veo
mientras bullendo vienen y van?
No sé: yo verles y oirles creo,
verles y oirles tenaz deseo;
mas ¿cómo viven y ante mí están?
Ni lo escudriño, ni lo concibo;
ni sé si viven ni si yo vivo;
mas imagino que les percibo
y con su vista placer me dan.

Sus voces cóncavas y guturales
y nunca oídos sus ritmos son;
mas son tan nuevos y originales,
tan halagüeños y musicales,
que me embelesan con ideales
goces ignotos el corazon.

Si es un deliquio do caí inerte,
¡que nunca tenga fin su ilusión!
y si es un sueño... ¡que sea más fuerte
que mis sentidos, que no despierte
hasta que me harte su fruicion!
Mas ¡chist! su muda quietud me advierte
que á dar al viento van su cancion.

IX

EL HIMNO DE LOS GNOMOS

CORO

«¡Gloria á la Alhambra
»bajo la cual
»viven los gnomos
»y morirán.

»Nosotros somos, Reina,
»los que por tí velamos;
»nosotros conservamos
»tu fábrica gentil;
»nosotros te traemos
»por bajo de la tierra,
»las aguas de la sierra
»del Darro y del Genil.
»¡Gloria á la Alhambra!

»Los gnomos se consagran
»no más á precaverte
»del tiempo y de la muerte
»con prevenciones mil;
»los gnomos centuplican
»su fuerza y sus afanes
»por tí, como titanes
»de gigantez viril.
»¡Gloria á la Alhambra!

»Los gnomos van, al punto
»que late el terremoto,
»á ver lo hendido y roto
»que deja tras de sí:
»y si á su impulso cruje
»tu firme maderámen,
»tras minucioso exámen
»no dejan daño en tí;
»¡Gloria á la Alhambra!

»y van cuando alimentan
»por vías soterradas
»tus fuentes, que labradas
»parecen de marfil,
»á ver si en sus asientos
»afecta á tus cimientos
»el desnivel más mínimo,
»la grieta más sutil.
»¡Gloria á la Alhambra!

»Los gnomos que en el centro
»de tu colina moran,
»los gnomos que te adoran
»y guardan con afan,
»de tí como los hombres
»no tornarán los ojos,
»ni de tus antros rojos
»jamas desertarán.

»¡Gloria á la Alhambra, de quien jamas
»los viejos gnomos desertarán.»

X

Tal de los gnomos haciendo ronda
cantó la móvil masa coral,
con voz de enanos rasposa y honda
y en ritmo extraño y original:
y al dar sus grupos á la redonda
vueltas al limpio tanque central,
del agua inmóvil que no hace onda
se repetían en el cristal.

Su voz y su ritmo, quebrado y vibrada,
al ir sobre un trémolo de cóncavo són,
tal vez no tenían de armónico nada;
la voz sin embargo del ritmo obligada,
con él mantenía difícil unión;
y aquél sostenido y aquélla llevada
con ruda energía y agreste expresion,
hacían de su himno la más desgarrada,
la más sorprendente y extraña balada
que oyó de la tierra ninguna nacion.

Su ritmo marcado por tiempo medido
con doble, quebrado, difícil compas,
marchaba en compases forzados metido;
y á veces ligado, y á veces partido,
dispar de lo oído por hombres jamas.
Á veces marchaba con brío y concierto
llevado con arte y union magistral,
y á veces disono, rasgado é incierto,
zumbaba cual ráudo simun del desierto
su vago, inconexo conjunto coral.

Y entonces en tromba de són convertido
cual de agua ó de viento, de son su caudal,
vertía en los aires en ondas de ruido,
de arrastres tan bruscos, de estrépito tal,
que en él se sentía rodar confundido
cuanto hay bajo tierra rumor producido

por voz, sér ó gérmen de soplo vital:
goteo de oculta recóndita fuente,
de buho enzarzado aletéo impotente,
de grillo enterrado cri-cri pertinaz:
run-run persistente, continuo, del diente
de topo ó gusano que roe tenaz:
aullido de fuina, silbar de serpiente,
chirrido de buho, quejido doliente
de huron encuevado que da de repente
con nido de escuerzos ó nútria voraz.

Mas todo esto junto, bibrante, latente,
vorágine henchida de ruido viviente,
de gratos arrullos y brega infernal,
aquel pandemonium de exótica gente,
aquel de mil gritos lelí incoherente,
aquel de ecos raros conjunto total,
jamas se perdía del todo, obediente
de oculta, invisible battuta potente,
que siempre tenía su masa pendiente
del nunca perdido compas musical:
y al himno de aquella fantástica ronda,
al giro de aquella viviente espiral
de enanos en huelga con aire de Fronda,
se cree que haya otra que abajo se esconda
sotierra, y á aquella de arriba responda
con voz cavernosa y en són sepulcral.

Conforme giraban en torno á la alberca
cual hojas que ruedan en racha otoñal,
en todo el espacio montuoso que cerca
del árabe alcázar el cinto mural,
debajo de tierra por todos los huecos
de bóveda ó silo, de aljibe ó canal,
rodar subterráneos se oían mil ecos
sin fin repitiendo la estrofa coral.
Y aquel era un ruido de origen ignoto:
tal vez de otro pueblo de gnomos igual
al pueblo de arriba, que á un antro remoto
llevaba aquel eco como un terremoto
ó el són de la trompa del juicio final.

Mas todo obedece sin duda al imperio
de algun insondable nocturno misterio,
del cual no está escrita la clave en papel;
pues toda esta ronda con todo su ruido,
todo este de gnomos flotante tropel
no prensa de miedo mi pecho encogido:
yo lo oigo y lo veo feliz y absorbido
en vago deliquio creado por él.
Yo aspiro un ambiente cargado de aromas,
mi espíritu siente vital fruicion:
parece por selvas de arbustos de gomas
del agua y las hojas meciéndome al són,
que me hace algún génio llevar por palomas,
al par de Granada los valles y lomas

teniendo al alcance de tacto y vision.
Todo esto que siento que en torno á mí pasa,
que está ante mis ojos, que bulle á mis pies,
que en mi ánimo infunde deleite sin tasa,
en sólo un misterio sin duda se basa,
y de él el efecto magnético es.

De mí nadie quiera saber por qué y cómo
lo que hoy aquí pasa pasando aquí está:
por dar con sus causas afan no me tomo:
se me abre este mundo y á verle me asomo:
razon quien me pida desrazonará.
Tal vez con él vuelo... tal vez me desplomo...
mas tras sí me lleva, y voy donde va.

¡Dios mío! ¡qué voces! ¡qué giros! ¡qué vuelos!
¿Qué vértigo insano me lleva tras sí?
Si estoy en la tierra ¿quién me alza á los cielos?
¿Todo esto lo crean mis locos anhelos?
¿Todo esto está fuera ó adentro de mí?

No sé ¿á qué ocuparme de cálculos vanos?
Aún tengo delante de gnomos enanos
la ingrávida turba, la exótica grey:
ya en torno á su jefe se agrupan ufanos:
ya alzado en sus hombros extiende sus manos
á Oriente su casi decrépito rey.

¿Qué aguarda? ¿Qué intenta? ¿Qué busca? ¿Qué [mira?
¿Pretende á los astros tal vez arengar?
¡Va á hacer un conjuro! ¿por qué audaz aspira
á tanto? ¿En qué númen y en qué fé se inspira?
¡Oid!... y veamos á quién va á evocar.

XI

EL REY DE LOS GNOMOS

—«¡Las doce!—Séres todos
»del mundo elemental,
»los que por varios modos
»vivís en mundo tal:
»oid, génios y espíritus
»á quienes da estentóreos
»acentos é incorpóreos
»contornos el pavor;
»cuántos engendros híbridos
»creó la idolatría
»en la region vacía
»del aire sin color;
»abortos contrahechos,
»bastardos y mestizos
»de cábalas y hechizos

»de fé y supersticion;
»espúreos y sacrílegos
»hijastros pegadizos
»á toda fé, y postizos
»de toda religion,
»obedecedme rápidos
»ya es la hora cabalística;
»ya estan cerca de Ilíberis
»Titania y Oberon.

»Dejad, Silfos livianos,
»el cáliz de la flor,
»sacad con vuestras manos
»del nido al ruiseñor:
»que deje en la floresta
»la prenda de su amor,
»y venga á nuestra fiesta
»á ser nuestro cantor.

»Huríes, de los ángeles
»quiméricas hermanas,
»divinas cortesanas
»de amores manantial,
»entrad en nuestra ronda
»la faz sin almaizales,
»sin velos y sin chales
»el cuerpo virginal.

»Ondinas, ninfas pérfidas,
»de muerte y mal Casandras,
»candentes salamandras
»más rojas que el coral;
»Sirenas de las Sirthes,
»Egipcias Profetisas,
»posesas Pithonisas
»de Delfos y de Endor;
»escandinavos Elfos,
»Brucólacos de Grecia,
»Druidesas de Lutecia,
»y estregas de Labor;
»Vampiros, Lámias, Lémuras,
»Esfinges y Vestiglos,
»engendros de diez siglos
»de fé y supersticion,
»oid, trasgos inquietos,
»traviesos Martinillos,
»espíritus foletos,
»caseros duendecillos,
»endriagos y esqueletos,
»de cuevas y castillos
»imaginarios huéspedes,
»¡oid mi evocacion
»y á mí acudid! Salgamos
»á recibir ufanos
»á nuestros soberanos
»Titania y Oberon.

»¡Hélos ya allí! Traidos
»por la impalpable niebla
»ya llegan: ya se puebla
»nuestra oriental mansion
»de espíritus que vienen
»con ellos á millones
»de allá... de las regiones
»de la imaginacion.»

«¡Gloria á la Alhambra!»—dijo con voz tonante
aquel rey de los gnomos: y en tal instante,
del cielo que hace bóveda sobre el palacio
y el ambiente aromado de que le cerca
su saludable atmósfera, nubló el espacio
dando á la luna un tibio tinte topacio,
una niebla que móvil crece y se acerca.
Es un velo tan ténue de vapor leve,
que la vista no aprecia lo que ser debe:
es la calima
que alza el turbion de espíritus
que se aproxima.

Su evocacion oyeron y le obedecen:
ya de la niebla surgen y se aparecen.
¡Ahí están! Las Huríes vienen mecidas
en las nubes de pájaros que las sostienen,
de chales transparentes no más ceñidas:
He allí á las salamandras enrojecidas
al fuego: las Ondinas con ellas vienen

destilando áun el agua del lago frío,
y los silfos aun húmedos con el rocío:
he allí á las Hadas
sobre sus grifos blancos
encabalgadas.

Miles de alados séres, que quienes sean
ignoran ellos mismos, revolotéan
en torno suyo dándolas con sus alillas
aire, rumor y fresco cuando aletéan:
con ellas los agüeros, las pesadillas,
trasgos, duendes, estregas y damas blancas,
Martinillos con gorros y campanillas
y Titöes Molucos con lamparillas,
de sus alados grifos vienen en ancas.
Mariposas nocturnas de ojos salientes,
luciérnagas y moscos fosforescentes
ráudos caminan
en su redor y el paso
las iluminan.

XII

Lo que pasó no puedo
reproducirlo yo:
recuerdo que sin miedo
mi sér lo percibió:
á mi memoria acude
cuanto mi sér sintió:
sentirlo entonces pude,
mas repetirlo nó.

Titania con toda su corte de Hadas,
los súbditos todos del rey Oberon,
de Huríes flotantes en nubes aladas
y Génios volantes brillantes miriadas
al par invadieron la Alhambra en monton.

Aquella ondulosa neblina confusa
de alígeros séres viviente aluvion,
en quienes la mente crée ciega ó ilusa,
y á quienes el juicio tenaz se rehusa
de ser á otorgarles poder ni razon,

llenando crujías, estancias, salones,
los patios abiertos, los hondos rincones,
de todo el alcázar entero el confin,
en él comenzaron en círculo enorme,
en masa compacta, revuelta é informe,
su rápida ronda de giros sin fin.

De són y alegría la Alhambra está llena;
un *¡gloria á la Alhambra!* doquiera resuena;
murmullo de fiesta se siente doquier;
y en la áura, impregnada de olor de verbena,
de juncia y retama, jazmin y azucena,
se aspira la vida, se bebe el placer.

Y en su ámbito régio la Alhambra crujía
de música y brindis con ruido vital,
y aquel són inmenso brotar parecía
de alguna invisible fantástica orgía
y el ritmo brillante de un himno triunfal:
y activa, pujante, perenne se oía
del Rey de los gnomos la voz, que decía
llevando su ronda con giro infernal:

«Verted en vuestras copas
»el néctar y ambrosía,
»tirad velos y ropas
»y completad la orgía;

»el hombre imbécil duerme
»cual fiera en su cubil:
»yacer dejadle inerme
»en su ignorancia vil.

»Unámonos y amémonos,
»bebamos y embriaguémonos
»en expansion sin límites
»de gozo juvenil:
»que á dar torne á la Alhambra
»nuestra nocturna zambra
»resurreccion galvánica,
»vitalidad febril.»
Y del alcázar árabe
por el mural confín
—«*¡gloria á la Alhambra!*»—oíase
sin tregua repetir.

XIII

Y andaba la noche, la luna caía
llevando á occidente su móvil fanal,
y en su ámbito hueco la Alhambra seguía
crujiendo al impulso del ruido vital
de aquella invisible, fantástica orgía
y el ritmo brillante de su himno triunfal:
y el rey de los gnomos sin tregua decía
tenaz impulsando vorágine tal:

«¡Gozad! no vendrá nadie
»á interrumpir la fiesta
»hasta que ya traspuesta
»la luna luz no dé:
»mientras el sol no radie
»frisando en el oriente,
»gozad tranquilamente,
»que el hombre no nos siente
»ni que existimos crée.»

Y en torno á la Alhambra la ronda seguía
de aquella invisible fantástica orgía
de seres á quienes rechaza la fé:
y á quienes franquéa la audaz fantasía
un mundo de loca gentil poesía,
dó nunca irá el hombre con ala ni pié.

XIV

La noche extendia detrás de la luna
de opacas tinieblas su espeso cendal
y en sombra envolvia la Alhambra moruna,
cuando hizo á la ronda la voz oportuna
del rey de los gnomos romper su espiral.

EL REY DE LOS GNOMOS

«¡La luna va en su ocaso
»á hundir su faz redonda:
»echad la última ronda
»y la cancion final!»

—

Y cual su cáuda lleva un cometa
por el espacio suelta tras él,
tras de Titánia su corte inquieta
formarla cáuda quiso en tropel:
y un breve instante las mil miriadas
de sus espíritus remolinadas,
ser amagaron otra Babel:
mas luego al punto reorganizadas
en huestes prestas á la partida
tras de los jefes de cada grey,
con la postrera de sus baladas
pudieron ráudos su despedida
silfos, huríes, ondinas y hadas
dar á la Alhambra tras de su rey.

XV

Recuerdo lo que al vuelo
de aquella ronda oí,
cuando entre tierra y cielo
girar veloz la ví.
Recuerdo estrofas sueltas,
que á cada cual cogí
en las postreras vueltas
que dieron ante mí.

DESPEDIDA Á LA ALHAMBRA

LAS HURÍES

«Nosotras cuyo aliento
»el aire aromaría,
»cuya saliva haría
»dulcísima la mar,
»haremos que en tu seco
»cedríneo maderámen
»se fundan y derramen
»las mirras del Cedar.»

LOS SILFOS

«Nosotros que en el cáliz
»del tulipan dormimos,
»los jugos más opimos
»libando del verjel,
»al musgo los traeremos
»de tus murallas viejas,
»y en pós á las abejas
»rumor á darte y miel.»

LAS SALAMANDRAS

«Nosotras del invierno
»cuando en las noches frías
»tus salas y crujías
»amague el aire helar,
»de fuego como nube
»volando de tí en torno,
»le haremos en bochorno
»su frialdad cambiar.»

LAS ONDINAS

«Nosotras que en los mares
»tenemos por solares
»mëandros de madréporas
»y selvas de coral,
»traerémoste en estío
»de su elemento frío
»el agua hecha rocío
»y brisa el vendaval.»

TITÁNIA

«Y así serás ¡oh Alhambra!
»mi camarin de asilo,
»como eres peristilo
»de la Edenial mansion.
»¡Adios! y aunque habitemos
»del globo en los extremos,
»cada año á tí vendremos
»Titánia y Oberon.»

XVI

EL REY DE LOS GNOMOS

«¡La luz! ¡La luz!—Huríes,
»coged el chal y el velo,
»volved de vuestro cielo
»á la ideal region:
»volvéos, ráudos silfos,
»al cáliz de las flores,
»volved los ruiseñores
»al nido de plumon.
»Volved, ondinas pérfidas,
»á vuestras verdes ondas;
»á vuestras grutas hondas
»¡oh Sílfides! volved:
»volvéos, Salamandras,
»á la region del fuego:
»¡alzaos todos luego...
»huid, despareced!
»Ya de átomos lumíneos
»la atmósfera se puebla...
»¡huid sobre la niebla,
»Titánia y Oberon!
»¡Huid! La luz despunta:
»¡huid con vuestras huestes
»del orbe á la otra punta
»y á la Indica region!»

XVII

Titánia con sus súbditos
aéreos, y de espíritus
la multitud quimérica
partieron en tropel:
allá en el horizonte
por sobre el pardo monte
pasó su turba ingrávida
y se perdió tras él.

EL REY DE LOS GNOMOS

«¡La aurora!... Ya van lejos:
»no les dará ya alcance
»por más veloz que avance
»del alba el arrebol.
»¡Adios, Alhambra régia!
»¡Sus! ¡bajo tierra, gnomos!
»¡El sol!—Nosotros somos
»antípodas del sol!»

XVIII

EL POETA

Los gnomos se sumieron:
la Alhambra quedó sola:
de purpurina aureola
el cielo se tiñó:
reverberó un instante
como un volcan el monte,
y el sol del horizonte
espléndido saltó.
¿Pasó
ó no?
¿Soñé
ó ví
y oí
lo que
creí?
¡No sé
ya allí
ni
lo
que
fué
de
mí!

XIX

Delirios de mi vieja poesía!
Ya se fueron.—Volvamos á la tierra.
La Alhambra en este siglo de las luces
no puede continuar en las tinieblas.
Ya la electricidad, hija del rayo
á los rincones más oscuros lleva
con la vívida luz de sus fanales
la luz de la divina inteligencia:
hoy la electricidad, que con el rayo
tierra y mar en segundos atraviesa
y habla con los antípodas, suprime
las distancias, el tiempo y las fronteras.
Hoy el vapor del hombre más raquítico
pone en las manos del titan la fuerza,
y horada el monte, y los abismos salva,
y atras los rios, si le estorban, echa.
Granada, reino moro, mantenia
su innumerable grey con la riqueza
de su suelo y la industria de su gente,
cuya comarca es hoy pobre y desierta.

La Alhambra muda, solitaria y fria
y á la vulgar curiosidad expuesta
como una mómia egipcia en un museo,
prensada en sus cruzadas bandeletas
y á modo de sombrío campanario
de una vieja necrópolis, se eleva
sobre aquel erïal que en otro tiempo
era un eden y se llamó la Vega.
¿Por qué ya no la cruzan sobre el lomo
de esa doble serpiente de madera
y hierro que perfora las montañas,
que en tajos y vorágines se cuelga
sobre puentes sin fin y viaductos,
que cual las patas de la araña tiemblan,
los estruendosos trenes que derraman
por do van el progreso y la riqueza?
¿Por qué no está ya unida al mar tirreno
por Málaga hasta Murcia y Cartagena,
y en el comercio universal no impone
el caudal de su industria y sus cosechas?
¿Por qué está despoblada, por qué es pobre,
por qué hoy mendiga la que ayer fué reina?
Qué, ¿los pueblos que cáen no se levantan?
¿No hace el trabajo á la fortuna fuerza?
¿Cómo... ¡oh vulgaridad en nuestros días
sólo creida por la raza nuestra!
¿Cómo se alzan los pueblos que han caido?
¿Cómo de hundirse en vez se regeneran?

¡Dios mío!... ¿que se ocurran estas cosas
en el siglo que corre á los poetas?
No descorazonándose, no haciendo
oficio ni virtud de la indigencia.
Los pobres son hijos de Dios, sin duda,
pero no es pobre quien á pobre se echa,
haciendo profesion la de mendigo
para holgar y vagar á sombra de ella.
La caridad es la virtud cristiana
más civilizadora: es la primera
de las sociales: con millones gira
hoy: y hoy la caridad es opulenta
y puede dar millones á los pueblos,
mas al pueblo haragan no le aprovechan.
No se vive hoy como en el tiempo viejo,
confiando á la fé y la Providencia
la prez y el porvenir de las naciones
ó al valor personal en lid de fieras:
la vida de hoy se basa en el trabajo,
la muerte de los pueblos es la inercia;
se ruega á Dios, mas con el mazo dando,
que hoy no es blason del bueno la indigencia;
hoy no acusa saber, sinó ignorancia
y vagabundería la pobreza,
y quien no sabe leer no aprende nada
é ir al nivel merece de la bestia.
Todo está ya de todos al alcance,
hoy ya todo al que quiere se le enseña,

todos podemos aspirar á todo
si nadie más de lo que vale anhela:
las razas de hoy trabajan y producen,
se mantienen por sí, no pordiosean.
Pero ¿cómo se puebla un despoblado?
¿Cómo en eden un páramo se trueca?
¿Cómo se vivifican las regiones
que aniquilaron siglos de miserias?
Sacrificando un año y dos y veinte,
de ellos, si es menester, una centena
á restaurar y utilizar sus ruinas,
reedificar sus poblaciones viejas,
convirtiendo las villas en ciudades
y á villas elevando las aldeas,
los rios y las aguas llovedizas
encauzando en canales y en acêquias,
rompiendo el erial con el arado,
de plantíos y huertos las riberas
de los rios orlando, y por entre ellos
caminos asentando y carreteras.
Nó derrochando los caudales públicos
en sostener aparatosas fiestas,
lujo de pueblos ricos, no importándolo
todo de más allá de las fronteras;
sinó á fuerza de ahorro y de trabajo
creando lo que no hay en nuestra tierra,
labrándola nosotros y elevándola
á la cultura de las que hoy campean.

XX

Yo he soñado una vez que había muerto
y pasado cien años en la huesa,
enterrado en el suelo de la Alhambra
y de una de sus torres á la puerta.
La voz de Dios volviéndome á la vida
volvióme á echar de mi sepulcro fuera,
y á ver volví á Granada... De mi sueño
supongamos verdades las quimeras.

XXI

Mis ojos abro á mi segunda vida,
y á comprender que vivo acierto apénas
en mi sueño al mirar lo que es Granada
un siglo más allá de nuestra era.
Mi nuevo sér de gozo se estremece,
mi inspiracion renace, y se renueva
el gérmen de mi vieja poesia
ante lo que á mis ojos se presenta.

¡Oh asombro! las cien trompas de la fama,
juntas á las mil plumas de la prensa,
oigo que anuncian á la Europa absorta
cómo aquella region se regenera,
cómo el páramo erial es ya campiña,
cómo es ya coto la bravía selva,
cómo el terruño al labrador mantiene,
cómo la gente con afan la puebla,
cómo Granada, en fin, es un modelo
de civilizacion, cómo progresa
gloria de España, de su prez baluarte,
de lo que puede ser gallarda muestra.
Ya allí por vias fáciles acuden
en busca de más fácil subsistencia
las clases proletarias, y el bracero
y el industrial de aspiracion modesta:
y pasa el labrador á propietario,
y á fabricante el industrial se eleva,
y del desierto solitario y mudo
són perenne y vital el aire llena.
Y el día no se acaba, porque alumbra
de noche por doquier la luz eléctrica,
y por doquier en su feliz comarca
silba ráudo el vapor, el tren humea,
é incansables telégrafo y teléfono
desde el centro á la costa hablan y ordenan,
y el gobierno da leyes, y los pueblos
gobernar acatándolas se dejan.

Ya allí poco que hacer tienen los jueces:
porque allí son las cárceles escuelas,
y quien delinque allí por ser ignaro,
sólo para enseñarle le encarcelan.
Sólo se oyen guitarras los domingos :
la navaja es un chisme que se lleva
para partir el pan, y que no sirve
ya por su dimension para pelea.
De Málaga hasta Murcia hay ensenadas
y fondeaderos cien: son ya Almuñécar
y Almeria dos puertos donde flotan
de todas las naciones las banderas.
Soldados hay no más los que guarnecen
las ya bien artilladas fortalezas
y puestos militares: el servicio
obligatorio al chico se le enseña
al par que la doctrina y la gramática,
y van todos los hombres á la guerra
cuando la hay, y el servicio de la patria
de todos es la obligacion primera.
Une el Mediterráneo al Occëano
ancho y hondo canal, obra maestra
de fé y perseverancia, de amor patrio,
de ingenio, diplomacia y estrategia,
que en medio de tres aguas, de la Europa
al Gibraltar inglés áisla y segrega;
y enfrente de él de su soberbia mofa
se rien del Peñon, Melilla y Céuta.

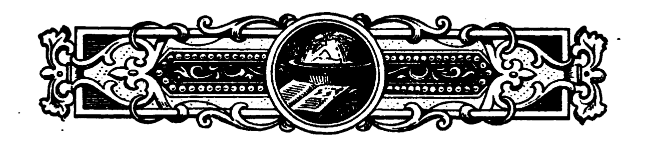
Los reyes hacen de la Alhambra mora
de placer su morada predilecta;
los nobles y los ricos á su ejemplo
edifican y fincan en su vega;
y en lugar de ir ya á Biarritz, á Spá y Mónaco
á perder tiempo, honor, salud y hacienda,
hacen un sitio real de temporada
del reino granadino: dó prosperan
desde el pastor de la alta serranía,
hasta el noble Baron de estirpe régia:
desde el mísero moro fugitivo,
al banquero que allí su giro asienta.
Abrense los veneros de sus minas,
los manantiales de sus aguas frescas,
los rincones oscuros de su historia
y el rico manantial de su leyenda:
los ricos y los sábios extranjeros
vienen por tierra y mar á sus florestas,
á los silos de su áspera Alpujarra,
á las sanas quebradas de sus sierras,
á las bóvedas rotas de sus ruinas
hizadas de sus riscos en las crestas,
á sus moras mezquitas hechas templos,
aras de Cristo y de Mahoma á medias,
á buscar la salud y la alegría,
y los tesoros de la mora ciencia,
y los recuerdos de su edad de gloria,
y los goces del cielo aquí en la tierra,

en su luz y sus áuras salutíferas,
en sus alegres populares fiestas,
en sus costumbres de abandono franco,
en el arrullo de su dulce lengua,
en el amor de sus graciosas hijas
y... ¡ay de tí, loco soñador, despierta!
el suelo cruje, se encapota el cielo...
¡huye!... bajo tus piés se abre la tierra:
en la Granada mísera que cantas,
surgen el terremoto y la epidemia,
y en lugar de la gloria y la fortuna,
caen en Granada el luto y la miseria.
¡Despierta, loco, y por Granada llora!
¡Vuélvete á Dios, prostérnate, poeta!



¡GRANADA MIA!

LAMENTO MUZÁRABE, RECUERDO DEL TIEMPO VIEJO



TRENO I

—

GRANADA

Hija del sol, Granada, fanal del paraiso,
de las hurís espejo, de sus cinturas chal,
que un dia Aláh en el cielo con dos luceros quiso
prender, porque sombreara sus puertas de coral;
joyero de ámbar y oro del kiosko nazarita,
de perlas criadero, de esencias manantial;
como la Meka santa, como Salem bendita,
katifa de la gloria tendida ante el umbral:
Sultana, que oro pisas
en polvo entre tus flores,
ante quien van las brisas
abanicando olores,
y á quien de amor sonrisas
envia en sus albores
el ángel que trae trémula
la luz matutinal...

¿Qué ha pasado en mi ausencia para que llores?
Tienes los ojos mustios y sin destellos,
flotan tus vestiduras sin ceñidores,
y sueltos por tus hombros caen tus cabellos.
Sultana mía
¿quién dejó tus mejillas tan sin colores?
¿quién ahogó los cantares de tu alegría?
¿por qué pálida tiemblas con los temblores
de una agonía?
¿Por qué cuando á tí vuelvo, redil de amores,
no hay en tus miradores sin celosía
jáulas con pajarillos, tiestos con flores
y muchachas de alegre fisonomía?
¿Qué ha pasado en mi ausencia? dí y no me azores
escondiendo tus ojos del sol del día;
dime, ¿qué te ha pasado para que llores,
Granada mía?

TRENO II

—

¡AY DE MI ALHAMA!

Me asombra el abandono de la ciudad desierta,
me aterra su siniestro silencio funeral;
ningun viviente asoma por ajimez ni puerta,
no hay una que encajada se tenga en su quicial.
Con pasos vacilantes y direccion incierta,
descolorido y torvo, con lentitud glacial,
un hombre mal las calles á atravesar acierta,
como un espectro huido del nicho sepulcral.
Va sin saber á dónde
con esquivez furtiva;
mas ni de mí se esconde
ni el paso ante mí aviva:
le llamo y no responde,
le abordo y no me esquiva:
le miro... ¡Oh Dios! es víctima
de alienacion mental.

—«Yo ando solo, me dijo: vete y no explores,
»no caves... no los busques... todos se hundieron
»allá.» «¿Dónde?» «En Alhama: la tierra abrieron
»los de abajo y... ¡ni casas, ni moradores!
«¡Alhama mía!»
«¡Ay de mi Alhama!»—Dijo, de sus clamores
comenzando aquel hombre la letanía:
y—«¡ay de mi Alhama!»—clama con estertores
de honda agonía.
¿Qué pasa en tu recinto y alrededores
que vaga la locura suelta y baldía,
repitiendo los ayes aterradores
que á Boabdil auguraron que te perdía?
¿Dónde están de tus casas los moradores?
¿Por qué no halla en tí un eco mi poesía?
¿Qué ha pasado en mi ausencia para que llores,
Granada mía?

TRENO III

—

EL REY

De ruinas por tus calles doquier se ven montones:
desierta está Bib-rambla, desierto el zacatin,
desiertos de la Alhambra los patios y salones,
de Lindaraja y Aixa desierto el camarin.
¿Qué pasa? Alhambra, déjame mirar por tus balcones
y registrar los ámbitos de tu region-jardin.
¿Qué tiendas son aquellas y toscos barracones?
¿Qué gente la que en ellos acampa en tu confin?
¡Aláh clemente y sumo!
Allí hay un rey cristiano
que, entre la nieve y humo
del campamento insano,
regula su consumo
y al noble y al villano
da desde el pan al zumo
que al morbo pone fin.

El rey es de Castilla: sin batidores,
sin estruendo de cajas, ni artillería,
ni alardes soberanos deslumbradores;
casi sin las insignias y los honores
de jerarquía.
Es el Rey: con él vienen, de la hidalguía
y caridad Ibéricas, embajadores,
del duelo de Granada consoladores
en su agonía,
escritores modestos, distributores
con él de lo que España con él la envía;
y ante ellos hembras y hombres, viejos y niños,
del Rey vacían arcas, sacos y escriños.
Mas con tales servicios y servidores
¿quién trae al Rey cual ángel de Andalucía,
y qué duelo es el que hace que ante el Rey llores,
Granada mía?

TRENO IV

—

EL TERREMOTO

—«Espera, Rawí ó Bardo, Almogrebí ó Cristiano;
»y cuando algunas horas en donde estás estés,
»en tu cantar muzárabe, si escapas de mí sano,
»de lo que pasa es fuerza que explicacion te dés.
»Espera ahí, aunque el ritmo de tu cantar sea roto:
»¡espera!... ¡sientes!... ¡tiemblas! ¿Concibes ya lo que es?
»Soy yo quien pasa. ¡Paso! Yo soy el terremoto,
»que te alza con la tierra sobre que están tus piés.
»Yo soy: poeta, canta
»sobre mi espalda ahora:
»yo soy: tu voz levanta
»sobre mi rastro y llora;
»y la clemencia santa
»de Dios cantando implora,
»tu fin si no te espanta
»cantar tan de través.»

EL POETA

—«Yo espero en Dios; tu muerte con sus dolores
»no me espanta: me sobra lo que he vivido:
»lo que me espanta ¡oh gérmen de sus temblores!
»es mi Eden de Granada ver convertido
»por tí en páramo agreste sin moradores.»
¡Granada mía!
Yo incrustar en la tuya soñé mi historia,
yo cifré en tí mi gloria, mi idolatría:
y mi vida cantando pasê tu gloria
día por día:
mas sabes que agua y fuego van á porfía,
por regular del globo la trayectoria
rajándole y soldándole miéntras se enfría;
y ante esos dos titanes trastornadores,
temblar y llorar puede ¡Granada mía!
nada más cuando tiembles y cuando llores
mi poesía.

TRENO V

—

Del Leviatan terráqueo contra el poder ignoto
que tiende las ciudades y montes de través,
sobre los tumbos de ébrio del ciego terremoto
los Génios sólo pueden asegurar los piés.
Granada, si tu suelo por él ha de ser roto;
si hundirte por sus grietas te sientes y te ves,
por ley á quien no hay otro que Dios que ponga coto,
y ley que de la tierra desaparezcas es...
Encanto de los ojos,
nidal de la alegría,
luciérnaga entre abrojos,
cocuyo en un cipres,
hurí plantel de antojos,
Eden de Andalucía,
si Dios en sus enojos
de su haz te borra un día...
¿quién en tus montes rojos
te cantará despues?

Yo habré ya muerto: mudos, ya mis cantares
á despertar perdidos no irán los ecos
de tus Torres Bermejas ni de Comares,
que ya ciegos con tierra tendrán sus huecos.

¡Granada mía!
Dios afirme tus montes hasta los mares:
tus murallas y torres en sus cimientos
y tus arcos y kioskos en sus pilares,
del globo equilibrando los movimientos:
y ojalá un día
vuelva en que vuelvan todos tus moradores
á salir á las puertas de sus solares,
y vuelvan á ajimeces y miradores
á asomar su risueña fisonomía
las muchachas alegres de tus lugares,
á oir de estos cantares la algarabía
que trae su ritmo, orígen y melodía,
de cristianos, muzárabes y mudejares:
y ojalá que conjuro de tus pesares
sea, gentil Granada, mi poesía,
y que por ella
brille fija en el cielo tu buena estrella.

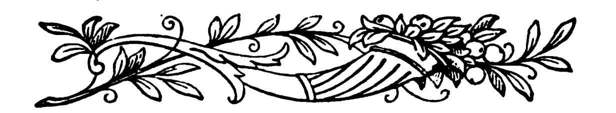
DESPEDIDA

¡Adios, ciudad sagrada, ciudad bendita:
Adios cariño y vida de mis entrañas:
adios, porque las fuerzas y voz me quita
la vejez, que más útil serte en tu cuita
no me deja en tus barrios y en tus montañas!
¡Adios! pasó mi tiempo y á nada aspiro:
ya, sin voz, cuando quiero cantar, me quejo
y al hablar del pasado, yerro y deliro.
¡Adios!... entre los brazos de Dios te dejo:
ya más no puedo enviarte que este suspiro,
rezagado recuerdo del tiempo viejo.

NOTAS

Á

LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA



NOTAS Á LOS GNOMOS DE LA ALHAMBRA

Las Hadas.—Séres elementales que habitan en las sombrías cavernas, en la intrincada maleza de los bosques, en el fondo de los pozos y en los lugares desiertos é inaccesibles, ejerciendo la influencia benéfica ó maléfica de su poder sobre los hombres, de cuya raza son generalmente amigas.

Titánia.—Su reina, mujer de Oberon, rey de los silfos, las convoca una vez todos los años, para juzgarlas por el uso que de su poder han hecho durante el trascurso de cada uno de ellos. En estas asambleas la dan cuenta de la protección que han otorgado á los reciennacidos, á quienes se han encargado de proteger por haber asistido á su nacimiento y presidido su bautizo: de las almas de los muertos apenas nacidos, que deben disputar al diablo y conducir al empíreo: y de los beneficios y castigos que han dispensado ó impuesto á los hombres segun sus obras.—Titánia las congrega á la luz de un plenilunio de Junio: y concluida la asamblea, en que reciben sus órdenes para el año venidero, las permite entregarse á una fantástica ronda, que se extiende por diversas comarcas; pudiendo trasportarse las Hadas instantáneamente por su poder mágico á las más opuestas regiones.

Sobre esta creencia tradicional está basada la ronda de mis Gnomos de la Alhambra.

Por un capricho de su fantástico destino, las Hadas son ciegas en su guarida y linces en la casa y negocios ajenos. Los paises en que las Hadas se hospedan ó se congregan, especialmente en Frisa, Noruega y muchas comarcas del Norte de Europa, están protegidos por su benéfica influencia y en ellos impiden los crimenes y los desórdenes, haciendo de sus habitantes los séres más pacíficos y bien hallados sobre la tierra: y hubo un tiempo en que las islas de Zefalonia, de Naxos y de Zulíquio estaban pobladas de Hadas, que vivian en amistosa familiaridad con las mujeres del país.

Las mujeres-blancas (ó damas-blancas) de Alemania no son más que Hadas; Hadas eran las Stregas de quienes habla Ansonio, y las brujas de Macbeth eran tres Hadas. Muchas grutas existen todavia en Alemania, Francia é Italia, que se llaman grutas de las Hadas; todas tienen en su fondo una fuente, un lago ó un arroyo subterráneo, y en algunas se ven todavía petrificadas la rueca ó la devanadera del Hada que la habitaba, y de ella hace ya siglos desaparecida.

La supersticiosa Bretaña y la legendaria Escocia están aún llenas de tales vestigios: de lagunas cuyas aguas de fondo petrifican ó convierten en oro ó en perlas la mano del atrevido nadador, que buza para sorprender al Hada que en el cristalino fondo se alberga: de grutas donde contesta á los que la consulten la voz de la invisible habitadora de su insondable cavidad: de rellanos y claras de selvas y montañas, en las cuales encuentran siempre los pastores y cazadores, sentada á la luna, el Hada que aquellos sitios proteje, y que les guía ó les da buenos consejos al desaparecer repentinamente de su presencia.—Las historias de estos paises nebulosos están manchadas y salpicadas con las leyendas, satánicas ó celestiales, de estos séres de la mitología sueca y escandinaba: y algunas Hadas se han casado ó han estado amancebadas con hombres, á quienes han dejado pruebas irrecusables de su disgusto ó de su cariño, al huir sorprendidas por ellos en su misteriosa

existencia semi-divina. Y este era el escollo en que naufragaba el amor de los maridos ó los amantes favorecidos por las Hadás, el secreto de su sér, la ignorancia en que debian ellos permanecer del misterio á que ellas estaban sujetas. Algunas debian sufrir un dia al año ó al mes una trasformacion en su cuerpo: Melusina era los sábados por la noche de medio cuerpo arriba mujer y de medio abajo serpiente: su esposo la perdió para siempre, desde que una vez sorprendió su trasformacion por el ojo de la llave de la cámara en que se encerraba los sábados: el Hada con quien se casó un Baron feudal de Normandía en el siglo XIV, le habia puesto por condicion de que jamás mentaria la muerte en su presencia; y la primera vez que, furioso contra un villano, le dijo «mala muerte te dé Dios,» desapareció su mujer, dejándole estupefacto.—En tiempo anterior, D. Diego Lopez de Haro, fundador y señor de esta villa, casó con otra Hada que tenía un pié de corza; el descubrimiento de cuyo defecto la hizo abandonarla, volviéndose á internar en las montañas, seguida de una corza que la acompañaba, y que dicen que era su propia hermana.

Todos los libros de caballería están atestados de semejantes leyendas; y los célebres caballeros andantes tenían alguna Hada que les perseguia ó les amparaba. — Tales son el sér y los caractéres de las Hadas.

Los Gnomos.—Son los espíritus elementales de la tierra.

Segun los cabalistas, los cuatro elementos están habitados por séres peculiares de cada uno de ellos; séres más perfectos que el hombre, y como él sometidos á la ley de la muerte.

Las Salamandras habitan la region del fuego.

Los Silfos el aire.

Las Ondinas (Ninfas) el fondo de los lagos y de los mares, y los *Gnomos* el interior de la tierra.

Estos séres, compuestos de la parte más pura de los elementos que habitan, estuvieron sometidos á Adan, su señor natural, por más perfecto que todos ellos: pero sobre los cua-

les perdió su dominio despues del pecado, que le impurificó, y por el cual perdimos sus descendientes el conocimiento y poder para recobrar nuestro imperio sobre los demás séres vivientes que pueblan el universo.

Los Doctores en la ciencia cabalística aseguran, sin embargo, que existen medios para que el hombre se haga obedecer y servir por los séres elementales, como Salomon, Orfeo, Virgilio y otros, á quienes consideran como grandes cabalistas.

Los Gnomos son los guardianes de las minas y los tesoros de la tierra, y nada arriesga el hombre en ponerse con ellos en relacion, porque son muy sábios, muy amigos del hombre y muy temerosos de Dios.—Viven mucho tiempo sin envejecer; y son muy sábios, porque su vida de siglos les dá la experiencia de los hechos y el conocimiento de las causas: además de que pueden adquirir la inmortalidad de sus almas, cohabitando con las hijas de los hombres.

Los Gnomos son enanos y contrahechos, y hablando sin circunloquios, muy feos: aunque, sea tambien dicho de paso, la belleza es tambien relativa, segun el ideal de los que la califican.—Un chino, un malayo y un negro del Congo no encontrarán su bello ideal en la Vénus Capitolina, y admirarán, sin embargo, como supremas hermosuras á las flacas, amarillas y despantorrilladas malayas, y á las negras nalgudas y desmodeladas, que se echan los pechos enormes por sobre el hombro ó por debajo del brazo, para dar de mamar á los hijos que llevan sobre sus espaldas.

Los Gnomos son muy comedidos, corteses y serviciales con los hombres, aunque andan siempre cubiertos de polvo: lo cual ya no puede extrañar á nadie, hoy que al salir de casa nuestras mujeres parece que salen de una tahona, ó que van á hacer en un circo la pantomima de los molineros.

Los Gnomos muestran y franquean sus riquezas á los hombres á quienes protegen; lo cual podria tal vez explicar el orígen de la opulencia de ciertos millonarios estúpidos, que de

otro modo no se concibe cómo hayan podido adquirir sus millones.—Pretenden los cabalistas, refiriéndose á la opinion de grandes sabios de la Antigüedad, que los ruidos inexplicables que se oian en algunas islas deshabitadas del archipiélago griego, eran producidos por las fiestas y rondas de los Gnomos, que en ellas se reunian para celebrar sus bodas y aniversarios: cuya idea me ha sugerido la ronda de mis Gnomos de la Alhambra, motivándola en un encuentro tenido con ellos en una noche de insomnio.

De si me aconteció en sueño ó en vigilia, no me he podido todavia dar cuenta exacta. Los poetas gozamos de una doble vida en una region ideal, cuyas puertas estarán siempre cerradas para los no iniciados en los misterios de la fé, del espiritualismo y de la poesía: de cuyos gérmenes impregna las almas de esos hombres maravillosos que como Francisco de Asís, Isabel la Católica y Cristóbal Colon, llenan de resplandores de gloria los siglos en que vivieron.

Pero volvamos á mis Gnomos. A mediados del mes de Abril de 1846 vivia yo, aposentado por el Ayuntamiento de Granada, en la casa anexa á la parroquia de Santa María de la Alhambra, cerrada por entónces al culto. Todo era en aquella casa, tan destartalada como pintoresca, fantástico y misterioso. Sin dueño y sin vecinos, tocaba y tenia luz por una parte dentro de la solitaria nave del abandonado templo cristiano, y por otra sobre la ruzafa ó cementerio musulman de los antiguos reyes granadinos. Sus aposentos, de pavimento desnivelado y á cada uno de los cuales habia que penetrar subiendo ó bajando á lo ménos un escalon, tenian sus paredes limpia y recientemente encaladas, pero desprovistas de todo papel, pintura ó adorno que las decorara; ni en ninguna de sus puertas, balcones y ventanas, mal encajadas, interrumpia el paso del aire por mil rendijas el más ligero pabellon, el más deshilachado tapiz, ni la más trasparente muselina. Mi alcoba era una especie de panteon embovedado, en cuyo roseton cen-

tral se ostentaba un saliente y poderoso gancho de hierro, que así podia servir para suspender una lámpara como para colgar á un hombre. Aquel camarin, al cual se descendia por cuatro escalones, era todo de maciza piedra, tenia trazas evidentes de haber sido capilla particular de los desposeidos párrocos de aquella feligresía, y tenia en el muro del Norte y en una hornacina con ciertas pretensiones de plateresca, una imágen de piedra de la Vírgen Santísima con el Niño en brazos, y adornada por algun devoto con una corona de rosas de papel.

La noche del 27 de Abril, á poco de haber conciliado el sueño, me desperté de repente azorado con la conciencia de algo acaecido que no comprendia, pero seguro de que se habia efectuado, por el malestar que sentia en el estómago y el mareo que me desvanecia. Al mirar en torno mio, me apercibí á la luz de mi lamparilla de que la imágen de piedra, mal basamentada en su hornacina, se meneaba como jurándomelas con la cabeza, y de que mis pantalones, colgados en una percha, seguian casi imperceptiblemente los movimientos de la hornacinada escultura. Viniéronseme á la imaginación las estátuas de D. Luis Mejia y del Comendador de mi *Don Juan;* estremecióme por primera vez el carácter sepulcral de aquel dormitorio, tan próximo al cementerio moro y al templo católico, donde tambien habia cristianos enterrados en las sepulturas de su desenlosado pavimento; y me sentí asaltado por uno de esos miedos nerviosos, justificados por lo misterioso, inexplicable é incomprensible de su desconocido orígen. Encontréme muy poco á gusto en aquella embovedada alcoba, y empecé apresuradamente á vestirme para librarme de la lúgubre y medrosa impresion que en ella me dominaba. El gobernador y el conserje de la Alhambra habian puesto á mi completa disposición el palacio moro; cuyas llaves dejaban en mi poder por la noche, para que muy de madrugada pudiera yo continuar mis estudios, dibujos y apuntaciones, ó permanecer en sus salas, patios y galerías en las nocturnas ho-

ras, segun mi necesidad de aprovecharlas ó mi antojo de desperdiciarlas. Embocéme en mi capa, encendí mi linterna en la lamparilla, y cogiendo mis llaves, salíme cautelosamente de la morada parroquial, y dí conmigo en el patio de los Arrayanes á la plateada claridad de la última noche de un cuarto creciente, víspera del plenilunio.

Nada tan poderoso y fascinador como las ilusiones de los poetas; yo doy á Dios contínuamente gracias por haberme dotado de tan vigorosa imaginativa que, desprendiendo mi espíritu del mundo real, me trasporta y me hace vivir en la deleitosa region de la poesía, en amenísima sociedad con los séres fantásticos que la pueblan, hijos casi siempre de mis propios recuerdos y de los delirios de mis sueños. Yo preferí aquella noche al abrigo y al reposo de mi murado aposento los vacíos salones, los desabrigados patios y las solitarias arcadas de la habitacion de verano de los granadinos monarcas; y huyendo de los fantasmas por mis nerviosos terrores abortados, me complací en arriesgarme á tropezar con las tristes sombras de la enamorada Muraima, de la severa Aixa y del desventurado Abú-Abdil-al-Zogoibi: quien acaso vuelva alguna vez á su perdido alcázar, cruzando el Estrecho en el vacío de la estela de aire que abren las golondrinas; que ya empezaban por aquel entonces á labrar sus nidos en sus descascarilladas torres y desmantelados paredones. —¿Quién sabe? —¿No es creencia universal de todos los pueblos y de todas las religiones que las almas de los muertos vagan alguna vez por las mansiones de los vivos?

Yo hubiera conversado tranquilamente aquella noche con la nacarina aparicion de la pálida esposa desdeñada de Boabdil, si por las crujías de la Alhambra me la hubiera encontrado; y habia abandonado por miedo de mí mismo mi berroqueño dormitorio, bendecido por el hisopo y amparado por santa imágen de la divina Madre del Salvador, á quien yo acababa de consagrar medio poema.

Y recorría embebecido los silenciosos ámbitos del palacio moro, y me había asomado á escuchar el rumor del Darro desde el balcon de la Torre de Comares, y á oir y á reclamar á los ruiseñores del bosque de los avellanos desde el mirador perfumero de las sultanas, y había descendido á la planta baja y me encontraba muy satisfecho y descansando entre la estátua que guarda el tesoro y el ánfora maravillosa conservada de la conquista, cuando crei percibir un murmullo de pasos y de voces; pero tan menudos y tan vagas, que no podía darme razon de por qué séres vivientes podian ser producidos. Ahogué la luz de mi linterna bajo mi capa, sintiéndolos aproximarse; y acogiéndome al rincon más oscuro de la casi subterránea estancia, esperé la presentacion en ella de aquellos andantes y parlantes séres todavía invisibles. A poco los sentí positivamente moverse y cuchichear dentro de la habitacion; y el sonido extraño de sus escasas voces y el rumor escaso de sus movimientos, me dieron idea de la pequeñez de sus cuerpos, pero no de su naturaleza. Cesó de repente todo rumor, y suspendióse todo movimiento: y despues de escuchar atentamente por unos instantes, y creyéndome ya libre de su proximidad, desembocéme y alumbré la sala, dirigiendo á mi alrededor la faja luminosa del foco de mi linterna. ¡Cuál fué mi asombro al verme rodeado de un centenar de hombrecillos de pié y medio de estatura, contrahechos, patiestevados y cabezudos, que me contemplaban á su vez absortos, con unos ojillos redondos como los de las lechuzas, cuya órbita saliente y cuya dilatada pupila me probaban que no necesitaban mi luz para ver en la oscuridad, y que antes de que yo les apercibiera, ya de mi presencia se habían ellos apercibido! Permanecimos aún otro breve espacio observándonos; ellos á mí con una tranquilidad que nada tenia de hostil, y yo á ellos como si no fueran más que entes ilusorios, creaciones incorpóreas de mi poética imaginacion.

Al fin, uno que parecia jefe, soltando unas herramientas

que, como todos, en la mano tenia, trepó como un macaco por el embozo izquierdo de mi capa, y sentándose sin ceremonia en mi doblado brazo y asiéndose con ambas manos, por si yo le quitaba este apoyo, de los cordones de un dorman que yo usaba para montar, entabló desde allí con los suyos y conmigo, como quien desde un balcon de un primer piso pudiera hablar con los del segundo y con los de la calle, la siguiente conversacion:

(A los de abajo). —El es; y como al cabo y al fin ha de concluir por apoderarse de todos los secretos de este palacio, creo que importa poco que le confiemos el nuestro.

—Es verdad—contestaron abajo todos.

Y dirigiéndose á mí continuó el de arriba:

—¿Con que, por lo visto, has tenido miedo del temblor y te has acogido á la Alhambra?

Por cuyas palabras comprendí que acababa de verificarse un movimiento subterráneo, cuyos efectos me eran entonces desconocidos; pero viendo que yo no hice más que una inclinacion de asentimiento con la cabeza, siguió diciéndome:

—Has hecho bien: aquí es en donde más seguro estás. Vosotros los españoles, vencedores de los árabes, no les habéis nunca hecho justicia. Sobre todo, vuestros arquitectos que han tachado de débil la fábrica de este palacio, sin verlo más que con los ojos de la cara, y sin que siquiera se les ocurra que los alarifes moros lo hicieron así, porque así y no de otro modo, debían de fabricarse en este cerro sacudido continuamente por los terremotos. Nosotros, que poseemos todos los secretos y comprendemos todos los primores de su construccion, somos los que apreciamos la parcialidad y la ligereza de vuestros juicios.

—Pero, ¿quiénes sois vosotros?—exclamé yo sin poder contener mi curiosidad.

—Poeta cristiano ingerto en moro ¿nos estás viendo y no nos conoces? Nosotros somos los *Gnomos de la Alhambra;* habita-

mos bajo la tierra de sus cimientos, dentro de su montaña roja, y cuidamos de su conservacion y sosten, previniendo las averías con que los terremotos pueden perjudicarla. Si vuestros arqueólogos y vuestros gobiernos cuidaran de sus preciosos restos, como su valor merece, y como la gloria artistica de España exige, ya estaría por tierra esa monstruosa prueba de la barbarie de conquistador de Carlos I, quien, como todos los conquistadores, hizo una barbaridad derribando los pabellones de invierno del alcázar moro para hacer ese babilónico picadero, que no ha servido más que para circo de las ratas, á quienes perseguimos sin cesar nosotros para que no minen por debajo lo que aquel loco flamenco dejó en pié por casualidad arriba.

—¡Diantre!—exclamé yo casi escandalizado.—¿Así hablas del grande emperador Carlos V?

—Amigo, los moradores de bajo tierra no tenemos por qué guardar consideraciones, ni ménos adular á los de encima. Ese cuadro de piédra no es más que un padron de ignominia para tu emperador cinco veces primero, puesto que le llamais V; y la Alhambra es una estancia régia tan noble y tan especialmente construida, que ni merecía el atropello de aquel desatinado emperador, que tuvo que meterse fraile por no saber por dónde salir de los atolladeros de la política y de la administracion en que se habia metido, ni merece el desden con que la miran los arquitectos y anticuarios; quienes no conciben solidez ni belleza más que en las macizas columnas y los ángulos y líneas rectas de las reglas del clasicismo arquitectural. Ven, ven con nosotros, y verás lo que es la Alhambra. Esos muros, que parecen de tierra colorada para hacer cántaros, son de un hormigon, tan sólida y científicamente cementado y argamasado, que se petrifica casi al mismo tiempo que se seca; y estos muros petrificados como si fueran de una sola pieza, los rajan los terremotos y los proyectiles, pero no los desmoronan ni pulverizan, porque su fuerza de resistencia

tiene su apoyo en todos sus átomos: cuya adhesion, cuando cede á la hendidura, separa los dos trozos hendidos, como los dos pedazcs de una espada, que salta, pero no se hace cachos.

Ven ahora á inspeccionar la débil arquería de los aéreos templetes y galerías del patio de los leones. ¿Qué ves en esos arcos calados de ligero estuco, que no oponen resistencia al aire ni pesan ni gravitan sobre sus blancos pilares de mármol de Macael? ¿Qué ves? Que no son arcos, que no son más que marcos de cedro perfectamente ensamblados y claveteados, con clavos y tarugos cementados que se agarran y se unifican con las fibras del maderámen; de modo que aquí no hay más que las líneas y ángulos rectos de la ensambladura y clavazon de ese maderámen, que pesando poco y ensamblando perfectamente, sufre el movimiento de la tierra sin peligro; porque las maderas fibrosas se cimbran al hilo; el poco peso de las bóvedas y arquitrabes de cedro no rinden ni quiebran sus machones porque no pesan; y esos arcos fingidos que sólo están encuadrados en sus marcos, cabecean pero no se derrumban: porque todos los empujes y las resistencias de los ángulos y líneas rectas se contrarrestan y se equilibran; y así está construida la Alhambra por los moros, que sabían mejor que los cristianos qué tierra pisaban. Conque adios, que tenemos que tapar y cegar los huecos y hendiduras que los gases y el arrugamiento que en el globo produce su paulatino enfriamiento, han producido esta noche en el cerro de la Alhambra y Torres Bermejas.

Yo no sé cuándo, cómo, ni por dónde se fueron ni me dejaron aquellos cien hombrecillos, cuyo jefe me pareció el que para hablarme trepó por el embozo de mi capa. Ya hacía más de una hora que el sol estaba sobre el horizonte; ya sus rayos doraban las torres de la Vela y de Comares, y ya los pájaros llenaban de armonía la selva de los avellanos, cuando yo me desperté sin poder darme cuenta de cómo me había dormido

en una silla que el conserje me tenía siempre puesta en el camarin de Lindaraja.

Pero á mí no me sacará nadíe de la cabeza que yo anduve y conversé con aquellos mirmidones, y que este pensamiento consolador de la solidez y seguridad del palacio árabe, que yo envío en este libro á los granadinos, me lo metieron en el cerebro aquella noche los *Gnomos de la Alhambra.*

Salamandras.— Espíritus elementales compuestos de las partes más puras y sutiles del fuego, cuyas regiones habitan; y son los espíritus elementales que más longevidad alcanzan.— Cirano de Bergerac dice que las salamandras habitan en el betun en ebullicion de los montes volcánicos, como el Vesubio y el Etna; que sudan aceite hirviendo y escupen aguarrás cuando se encolerizan. La salamandra es una de las variedades del lagarto, de piel negra, sin escamas y cubierta de una materia viscosa.

Sylphos: (Silfos).— Espíritus elementales del aire, cuya region pueblan en innumerables cohortes de variedad infinita.— Son amigos del hombre á cuyo servicio se ponen á veces voluntaria é invisiblemente.— Son tan afables como inteligentes, y los hay tan bellos y tan pequeños como el colibrí y el pájaro mosca: duermen en el cáliz de las flores y se columpian en las espigas y en los juncos, y tienen alas de mariposa.— Las noches de luna vagan por bosques y florestas, y se divierten en inquietar á las luciérnagas para que salpiquen la atmósfera con su móvil fosforescencia.— Los silfos gustan de albergarse en los bosques, y sus mujeres las sílfides en los huertos y jardines que rodean los lagos: ellos son muy accesibles al amor de las mujeres y ellas al de los hombres.— Las tradiciones y las baladas de los pueblos del Norte, están llenas de historias poéticas de estos desiguales amores que tienen siempre trágico ó tristísimo fin.— Un opulento señor feudal, joven y de tan reconocida belleza que pasaba por el mejor mozo de su país, quedó inconsolable por la muerte de su esposa con

quien estuvo casado apénas medio año: de modo, que aún no había tenido tiempo de mostrarla su vanidad y poco talento, embriagados ambos con las delicias de la luna de miel.— En vano sus amigos y sus vasallos le procuraban consuelos y distracciones: el pesar profundo que le devoraba no parecía deber hallar lenitivo, y la fiebre de la tristeza que le roía las entrañas, amenazaba concluir tambien con su vida.

Una sílfide que de él se había enamorado, tomó la forma de su muerta esposa y entró una noche en su castillo, diciéndole que Dios, compadecido de su inmensa pesadumbre, la había resucitado.—La pobre sílfide se había alucinado con su amor, y se engañó como la más vulgar de las mujeres.—Instalada en su hogar doméstico entre los más extremosos transportes de cariño, vivió con el gallardo viudo los primeros meses, creyéndose la más dichosa de las criaturas; pero antes del año la desencantó su vanidoso y estúpido marido, hartándola de enojos, desaires y pesadumbres, segun costumbre de todos los tontos opulentos y soberbios.— Sufrió la enamorada sílfide desaires, infidelidades y humillaciones por mucho tiempo, como todas las víctimas de un amor obcecado; esperando con su abnegacion cambiar el carácter y volver á su amor á su veleidoso é insensato marido, quien jamás podía conocer ni apreciar el tesoro que se le había metido en su casa, para colmarle en ella de una felicidad que él no merecía. Desamorada al fin y ofendida, volvió á su semidivino sér y á su vagarosa y alada forma de sílfide la fantástica castellana, le mostró lo que perdía al perderla, y dándole un aletazo en la cara al levantar su vuelo, le cegó con el polvillo de sus grandes alas de mariposa, dejándole tan infeliz como había sido ingrato, lamentando su estupidez en perpétua oscuridad.

Ondinas.— Son las ninfas, nereidas y sirenas de la mitología pagana.— Viven en el fondo de los mares y de los lagos; y tan pérfidas como hermosas, atraen á los pescadores y marineros, que creyendo hallar en sus brazos salvacion y ventura,

encuentran su tumba bajo las aguas.—Algunas veces salen de su cristalino elemento y viven sobre la tierra con sus amantes ó maridos, víctimas ciegas de sus maravillosos atractivos y poderosas seducciones: pero al cabo atraidos por ellas, una noche de novilunio á la orilla del lago ó á la ribera del mar, donde tienen su morada, dan con ellos en fondo del agua, donde son pasto de los mónstruos glotones que le pueblan con tan pérfidas hermosuras.

Las Hurís ó Huríes.—No necesitan nota: todo el mundo sabe que son unas hermosísimas mujeres perpétuamente vírgenes, á pesar de estar destinadas por Aláh para placer de los bienaventurados en el paraíso de Mahoma.—Las hay blancas, negras, amarillas y color de rosa, para gusto de los creyentes de todos los países y de todas las razas.

Elfos: Génios escandinavos.— Están condenados á vivir durante el dia dentro de la corteza de las encinas, que cubren los montes y llanos de algunas islas del Báltico; pero por la noche toman su forma natural de guerreros armados, y recorren las islas y los canales detrás de su rey, que monta un carro de plata tirado por cuatro caballos negros, los cuales lo mismo vuelan en el aire que nadan por el mar.—En tiempos de guerra guardan por la noche las costas, y ahuyentan á los enemigos que intentaran invadirlas, con el espantoso ruido de sus clarines y del choque de sus formidables armas.—En tiempo de paz se reunen en los páramos y descampados y ejecutan danzas y rondas fantásticas: é infelices de los pasajeros ó los curiosos que por casualidad ó á propósito las presencian, porque infaliblemente mueren dentro del año.

Esta tradicion es comun en muchos pueblos del Norte: y conocida bajo el nombre de *danza de los espíritus*, *danza de los muertos*, *etc.*—Las *mujeres blancas* de Escocia, las *lavanderas blancas* de Bretaña, la *dama blanca* ó *mujer blanca* de muchos paises, tienen la misma historia en la supersticion: se reunen á la luz de la luna las unas á ejecutar sus bailes y

rondas de inconcebible rapidez; las otras á lavar en los ríos, las fuentes, los estanques ó los arroyos inmensas piezas de tela blanca de misterioso tejido, y atrayendo con sus cantares á los viajeros extraviados, á los cazadores y á los pastores; y obligándoles por fuerza, engaño ó fascinacion, á entrar en los círculos de sus rondas, les marean, les asfixian, y muertos de cansancio abandonan sus cadáveres á la vera de los caminos.

La humanidad, que se compone de unos cuantos miles de séres inteligentes y de muchísimos millones de séres estúpidos, añade siempre á las sencillas creencias de la religion estos mil absurdos delirios de la supersticion; y dando siempre más crédito á lo imposible y absurdo que á lo sensato y lógico, resulta que la raza humana es lo único que desmerece de la creacion—y por eso los cuantos miles de séres inteligentes tienen que parar en ser explotadores de los tantos millones de estúpidos.

Y no insisto más en esto, porque esta cuestion social no es de este lugar.

Druidesas.—Sacerdotisas de los Galos. Eran nueve vírgenes, que respondían en los oráculos como profetisas, penetraban los secretos del porvenir, podían transformarse de noche en varios animales, curar las enfermedades con sus ensalmos, y soltar ó detener los vientos y las tempestades. Habia además otro colegio de Druidesas que podian casarse; pero no podian cohabitar con sus maridos más que un dia al año. Existen muchas leyendas sobre estas sacerdotisas; y Chateaubriand ha intercalado en su poema de los Mártires el de Velleda; episodio bellísimo que los clásicos tachan de lunar del poema, y que yo tengo por uno de sus primores.

Pythonisas.—Sacerdotisas de Apolo Pythio en el templo de Delphos, que presas de su sacro vértigo, predecían las cosas del porvenir y evocaban los fantasmas y sombras de los muertos; como la Pythonisa de Endor evocó la de Samuel ante Säul.

La mitología griega llamó Pythio á Apolo porque mató á la serpiente Pithon, mónstruo que se formó del limo de la tierra despues del Diluvio.

Lêmuras: *Larvas*.—Segun la mitología del Paganismo Romano, eran los génios malévolos y los espíritus de los perversos insepultos, que morian de suicidio ó de muerte violenta, y que se albergaban en los techos y en los sótanos de las casas de los buenos, á quienes con asombros atormentaban.

Lámias.—Diablos hembras de la tierra, como las ondinas lo son del agua. Súccubos.

Esfinge.—Mônstruo fabuloso de los egipcios adoptado por la mitología griega, que tenía rostro y pechos de mujer y cuerpo de leon; á quien representaban echado de vientre sobre sus cuatro patas, y que adivinaba los más misteriosos enigmas.

Estregas.—Brujas, magas, viejas embaucadoras y hechiceras, á quienes la Edad Media atribuyó crímenes inauditos y poderes misteriosos. Los antiguos las confundieron con los vampiros, creyendo que comian carne humana y chupaban la sangre de los niños y las doncellas.

Martinillos.—Duendes familiares, que andan de noche por los cuartos y casas deshabitadas alumbrándose con unas linternillas, cuya luz es fugitiva é inalcanzable como la de los fuegos fátuos, muy abrigados del frio con gorros de lana blanca y provistos de campanillas, con cuyo sonido turban el sueño de los vecinos crédulos y medrosos. El Papamoscas de Búrgos, que está asomado al cuadro de la esfera del reló de la catedral, en el trascoro, y que da las horas con su mazo en su campana, tiene por ayudante un *martinillo*, que le da los cuartos, abriendo las puertecillas de una especie de capillita en que está encerrado, y sacudiendo con dos martilletes que trae en las manos, dos campanillas colocadas fuera de las portañuelas.

Como se comprende sin dificultad, el Papamoscas y Martinillo son de pura raza de Castilla la Vieja. El de Búrgos está

colocado á tal altura que, para esperar su presentacion y verle funcionar, no hay más remedio que convertirse en Papamoscas.

Trasgo : Del italiano *Strega.*—Duende invisible é incorpóreo, aún no visto ni descrito por ningun visionario cuyas obras me sean conocidas.

Endriago.—Engendro fabuloso, mónstruo quimérico, sér extremadamente fantástico, creación de los antiguos romances y libros de caballería; cuya forma más determinada era un conjunto de facciones humanas y miembros de cuadrúpedos y de fieras.

Segun la Academia, la etimología de su nombre viene de *en* y *drago*, por lo que al dragon se asimilaba.

Vestiglo.—Engendro fabuloso y mónstruo quimérico como el endriago, de quien se diferencia por su enorme, informe, indeterminada y fantástica magnitud.

Brucólacos.—Vampiro hembra entre los musulmanes.

Vampiros.—Hombres muertos y enterrados de muchos meses y áun de años, que salían de sus sepulcros en cuerpo y alma á chupar la sangre de los vivos, á quienes mordian en el cuello sobre la vena yugular; prefiriendo la sangre de sus parientes próximos y la de las muchachas vírgenes de su familia. Sus cuerpos permanecían incorruptos y flexibles en sus tumbas; y algunos eran tan ávidos de sangre y se atracaban de ella de tal manera, que les rebosaba por las narices y las orejas, y tenían alrededor de sus cadáveres empapada de ella la tierra. Para librarse de su aparicion y de sus asechanzas, no había más medio que desenterrarles y cortarles la cabeza, clavándoles al suelo con una estaca aguzada, ó quemarles y desparramar sus cenizas.

Aunque la supersticiosa creencia en el vampirismo es antiquísima, en los siglos XVI y XVII fué cuando tuvo una boga universal en Europa. Prusia, Silesia, Rusia, Polonia, Bohemia, Moravia, el Austria, todo el Norte europeo estuvo in-

festado de vampiros, es decir, de historias de vampirismo: y nadie ignora la de lord Ruthven en el siglo pasado; el más galan, elegante, práctico y aterrador, y el último de los vampiros. En España no los ha habido que yo sepa; mas á dejar correr mi pluma por esta nota, ocuparía la mitad de este librejo con sus leyendas. Un vampiro es á mi entender uno de los personajes más á propósito para el teatro: pero sólo Alejandro Dumas (padre) lo presentó en el proscenio en un drama desatinadisimo, que tiene sin embargo dos escenas de incomparable efecto y de maravillosa fascinacion.

Los griegos y los moravos llaman á sus vampiros *Brucólacos* y tienen por cierto que son vampiros todos los que mueren excomulgados; cuyos cuerpos no pueden pudrirse ni corromperse y permanecen frescos, rubicundos y flexibles en sus sepulturas. La creencia y el miedo de los *vampiros* es comun en Levante á los griegos y á los turcos; unos y otros suponen que los *Brucólacos* comen, se pasean y hacen la digestion durante la noche; y cuentan que aplicando bien el oido se oye el rumor de su masticacion dentro de las tumbas en donde yacen. La humanidad es siempre la misma en todas épocas y países: obcecada siempre y siempre empeñada en confundir la fé con la supersticion y en amalgamar lo espiritual con lo absurdo. He aquí un hecho, que relata muy formalmente un viajero que recorrió el Levante, dándose como testigo presencial de él.

Durante su permanencia en la Isla de Candia murió en ella un griego excomulgado por su obispo, á causa de un horrendo pecado cometido en la Isla de Chio, y fué enterrado fuera de la tierra bendita del cementerio, sin funerales ni oraciones de ningun rito.—A las pocas semanas, comenzaron á contarse por aquella comarca encuentros nocturnos tenidos con un espectro por varias personas, á quienes había mordido por detrás en el cuello; quienes comenzando por palidecer y debilitarse, concluian por morir en pocos días, á consecuencia del susto de aquel encuentro, ó de inoculacion mortífera por aque-

lla mordedura; pero nadie veía quién ni cómo se la producía, puesto que era acometido por detrás y de noche por el desconocido fantasma mordedor.—Al cabo de algunos meses, una de las víctimas declaró que había creido reconocer el fantasma del griego excomulgado, que se paseaba una noche á la luna en los alrededores de la poblacion, pasando junto á él un momento antes de sentirse atacado y mordido por detrás.—El clero y los jueces determinaron desenterrar al griego, cuyo cuerpo hallaron fresco, flexible y repleto de sangre: en vista de cuyas infalibles señales, habiéndole declarado *Brucólaco*, decidieron por consejo de los sábios monjes del rito griego de San Basilio, profundes conocedores de las tradicionales leyes y costumbres antiguas de aquel país, desmembrar el sacrilego cadáver y cocer sus pedazos en vino: que era lo que con los brucólacos constaba que habian hecho sus mayores desde remotos tiempos. Los parientes y amigos del excomulgado griego se opusieron á la ejecucion de la para ellos tan infamante sentencia, y enviaron una enérgica protesta y una perentoria demanda de amparo al patriarca de Constantinopla; que es el jefe supreno de la Iglesia griega, como el papa lo es de la católica romana, reclamando de aquel pontífice heterodoxo la absolucion de que sin duda necesitaba el alma del excomulgado *Brucólaco*.—Miéntras volvia el mensajero que debia de obtener y traer el perdon del patriarca, el cadáver del vampiro colocado y encerrado en su caja, fué depositado en el templo; y los monjes de San Basilio encargados de su guarda hacian por él diarios sufragios, plegarias y oraciones despues de la celebracion de los divinos oficios.—Estando al fin de ellos una mañana y el templo lleno de gente por una festividad, retumbó un extraño, repentino y temeroso ruido dentro de la caja en que se hallaba depositado el cadáver; abierta la cual, se encontró á éste seco, arrugado, tieso y sin sangre, como correspondia á un muerto de tantos meses de enterrado: con la circunstancia milagrosa de que, á la vuelta del mensajero con la patriar-

cal absolucion, se comprobó que la transformacion repentina del cuerpo sanguíneo del brucólaco en cadáver casi momificado, se verificó en el mismo punto en que el santo patriarca firmaba su absolucion en Constantinopla.

Los vampiros hembras ó *Brucólacos* femeninos de los musulmanes, á quienes llaman también *Gholos*, y de quienes cuentan historias hasta más allá de los tiempos del célebre Kalifa Arun-al-Raschild y casi de la época del Profeta, son mujeres depravadas, de costumbres, vicios y gustos estragados y contranaturales; que como las brujas en sus aquelarres, se juntan por la noche en los cementerios, desentierran los cadáveres y celebran repugnantes festines, devorando su carne corrompida y bebiendo la sangre de los vivos; á quienes pueden sorprender dormidos y morderles en la vena yugular, ó la de los niños que roban y degüellan para satisfacer la sed horrible, que en ellas excita el hediondo manjar de que se alimentan en sus nocturnos y sacrílegos conciliábulos.

Tales son las creencias de los árabes, y se tropieza á cada vuelta de hoja en los cuentos orientales con una especie de vampiro, engendro especial de sus narraciones, que no puede vivir si no devora en épocas determinadas el corazon caliente de alguna vírgen; quien se transforma como él en vampiro despues de haber sido por él muerta y descorazonada.—Lo cual prueba que las horrendas tradiciones del vampirismo son antiquísimas en Arabia.

Pero no hay aberracion ni supersticion humana, que no tenga origen ó base en algun hecho mal interpretado por el miedo ó la credulidad del vulgo, ó en algun alucinamiento de su imaginacion descarriada, y en la falta sobre todo de criterio de los pueblos ignorantes; que no reciben instruccion ni cultura de los que debían procurársela, tal vez para explotarles, manteniéndoles en su perpétua dependencia.

Aun hoy en algunas comarcas de la culta Alemania, se pone á los muertos un terron de tierra debajo de la barba, ó

una moneda de plata ó una piedrecilla redonda en la boca, para impedirles que coman tierra; y en algunos pueblos por la misma supersticiosa precaucion, se les aprieta fuertemente la garganta con un pañuelo de seda; porque creen que hay muertos que se muerden y devoran á sí mismos dentro de su ataud; y es evidente que se han hallado muchos cadáveres y esqueletos boca abajo, ó comidas las manos, y en posiciones forzadas dentro de sus cajas, por haberlos enterrado vivos por descuido ó precipitacion, especialmente durante las epidemias. Con respecto á los ruidos que en sepulturas y ataudes se sienten, el miedo y la supersticion los atribuyen sin reflexion á maravillosas y fantásticas causas; olvidando las ratas y los roedores y los reptiles que se anidan ó albergan en todos los huecos subterráneos. ¿Y quién ignora que hay terrenos que mantienen frescos é incorruptos los cadáveres por mucho tiempo, ó los enjugan y momifican, así como hay otros que los descomponen, pudren y agusanan con destructora rapidez?

No hay acaso uno de éstos que parecen prodigios, cuya causa física no puede hallar y explicar la fría razon y la observacion serena.

El autor de este miserable librejo ha pasado las tres cuartas partes de su vida en utilizar, para las estrafalarias elucubraciones de los muchos dramas y leyendas que por su mal lleva publicados para ganársela; pero tiene la fortuna de no creer en nada de lo maravilloso y fantástico, que constituye el vano fondo y la caprichosa forma de sus numerosas obras poéticas.

Una lectura estrambótica, de escasísimo valor literario pero de original efecto en su exhibicion oral, que inserta algunas páginas más adelante, y la ronda de los Gnomos que antecede á estas notas explicativas, son dos pruebas palpables del tiempo que ha perdido en dejar vagar á su espíritu por los países imaginarios, en vez de procurarse más sólidos conocimientos para

ser útil á la sociedad de su tiempo, con libros de más prácticos estudios.

Pero ya es tarde para que aprenda á hacer cosa mejor, miéntras algun amigo le prepara una jaula en un manicomio, si Dios no le tiende pronto en la fosa que le ha concedido el Ayuntamiento de Valladolid, su ciudad natal.



SEGUNDA PARTE

—

MUJERES

NOTA DEL AUTOR

Habia yo imaginado y me habia propuesto escribir un libro que se titulara PARA TODAS, en el cual todas debian hallar algo que á cada una debia yo de dedicar, y cuyo pensamiento expongo sinceramente en las octavas que sirven de introduccion á esta segunda parte de mis GNOMOS Y MUJERES.

No podia ser éste un libro escrito de un solo aliento; sinó la coleccion de las diversas impresiones, que en indeterminado tiempo habia de inspirarme un indeterminado número de mujeres, y extendí sobre el papel muchas de estas impresiones, algunas en prosa y en verso la mayor parte.

Pero no es ya tarea para un viejo la de semejante libro, que sin acreditarle de poeta galan, le desacreditaria por viejo verde: y sin ocuparme ya en recoger las composiciones perdidas, reuno en estas hojas las que encuentro á la mano; por si algun dia otro poeta más jóven que yo quiere aprovechar y llevar á cabo el pensamiento de mi PARA TODAS.



MUJERES

I

INTRODUCCION

Hay sobre la mujer mil pareceres;
allá va el mío, aunque parezca raro:
yo amé toda mi vida á las mujeres:
entendámonos bien y hablemos claro;
más que por torpe gérmen de placeres
me es el amor de las mujeres caro,
porque ellas son, por más que digan otros,
muchísimo mejores que nosotros.

Se ha hecho moda hablar de ellas con desprecio;
yo de hablar de ellas bien tengo manía;
al que habla de ellas mal tengo por nécio,
falto de corazon y cortesía:
nó objeto para mí de menosprecio
son, sinó manantial de poesía:
no obró conmigo mal jamás ninguna,
y debo más de un bien á más de una.

Voy, pues, en estas páginas con flores
un ramillete á hacer á las mujeres,
y en él de todas á juntar primores,
cumpliendo así el mejor de mis deberes.
Este libro es LA FLOR DE LOS AMORES,
tesoro universal de bienquereres;
libro galan, allanador de bodas,
para todos escrito en pró de todas.

Lectura para todas las edades,
y á todas las mujeres lisonjera,
por el valor audaz de sus verdades
dichas á nuesta edad, que degenera
viciando á la mujer con vaciedades,
que á su espíritu sacan de su esfera
y envilecen su alma, que se abisma
en la ciega ignorancia de sí misma.

Yo veo á la mujer como una perla
que escondida entre cieno nadie pule,
porque nadie en el cieno á conocerla
llega, ni allí su precio hay quien calcule.
Yo quiero á la luz sacarla, y exponerla;
yo quiero que su precio bien regule
y que la estime el hombre en lo que vale,
y que con él por su valor la iguale.

Y allá va una verdad que nadie ha dicho:
el hombre imaginó y escribió osado,
(porque el hombre fué siempre muy mal bicho)
que Eva al buen padre Adan, que era un cuitado,
engañó y condenó por un capricho.
¡Gran falsedad que el hombre ha propalado!
porque ella, que al pecar fué condenada
los hijos á parir, fué la engañada.

¡Y cuán prolijo afan, qué de pesares
no dan á la mujer hijos ingratos!
¡Cuántos el que la lleva á los altares,
y hollando juramentos y contratos,
desleal la abandona en sus hogares,
achacándole vil sus torpes tratos!
¡y ella, á guardar de entrambos condenada
la honra, es por los dos la deshonrada!

Dios á Eva dió á Adan nó por su esclava,
sinó por su mujer y compañera:
el hombre ingrato en su soberbia brava
lo ha querido olvidar en toda éra:
nunca la dió el lugar que la tocaba,
la paridad con él que Dios la diera;
y la perla está aún sin pulimento...
y allá va otra verdad como la siento.

Desde la vírgen que en los cláustros ora
hasta la vil, impúdica ramera
que enfangada en el vicio, á toda hora
á sí se infama y á su raza entera,
toda mujer que deshonrada llora,
toda la que en dolor se desespera,
de su duelo ó su infamia, no os asombre,
la ocasion ó el orígen es un hombre.

Todo hombre nace de mujer: de niño
le nutre con su leche, le guarece
al calor de su seno: pulcro aliño
debe á la mano que acaricia y mece
su débil sér: con besos de cariño
y cantares su boca le adormece,
le mima con afan, le fortifica,
toda á hacerle hombre á él se sacrifica.

Y él, ¿cómo al ser ya hombre recompensa
tánto bien, tánto afan, cariño tánto,
abnegacion tan noble y tan inmensa,
tan generoso afan, amor tan santo?
De hacerla á él inferior la hace la ofensa;
la constituye inhábil para cuanto
da poder, dignidad, honra y decoro,
y vender la hace su virtud por oro.

Hoy nuestra sociedad, degenerada,
exhausta ya de fé por su egoismo,
de la moral de Cristo emancipada
por desencantador positivismo,
despudorando á la mujer honrada
la echa en la desnudez del paganismo;
y el hombre á la mujer despoetiza
porque la sociedad descristianiza.

Inferior la declara y la abandona;
no se ocupa de su alma, no la educa:
atento á la beldad de su persona
no más, desde los piés hasta la nuca
con carnal apetito la inspecciona,
y la engaña ó la compra: y si á caduca
llega al fin, la escarnece, y que es olvida
la que á sus hijos y á él les dá la vida.

Yo adoro á la mujer bajo sus fases
todas: y madre, hermana, esposa, amiga,
querida, en fin, sin exclusion de clases,
en toda posicion en que la obliga
á colocarse el hombre, sobre bases
siempre falsas, por más que el hombre diga,
yo estoy por la mujer; y en el camino
donde la hallo la amparo y patrocino.

Noble ó vil, recogida ó extraviada,
siempre el hombre la engaña y descamina;
contra ella para mí no puede nada
pluma venal ni lengua viperina,
y por mí será siempre respetada,
Teresa de Jesús ó Mesalina;
porque no hay una sola, y no os asombre,
que su infamia ó su mal no deba á un hombre.

Si el tiempo y Dios me dejarán ignoro
á este librejo excéntrico dar cima;
yo quisiera escribirle en letras de oro
y echarle de los siglos por encima,
de la mujer por honra y por decoro
y de los hombres para escarnio y grima;
porque ellas son, por más que digan otros,
muchísimo mejores que nosotros.

Algo en él hallarán para sí todas;
desde la infanta real, que por la tierra
manda el cartel de su festin de bodas,
á la que en paz claustral viva se entierra;
desde la linajuda de armas godas,
hasta la que arrastrada vá á la guerra
por el amor de un quinto, que la explota
y el ruin caudal de su cantina agota;

toda mujer, ya rubia, ya morena,
buena moza ó raquítica, delgada
ú obesa, chica ó grande, mala ó buena,
como una palma esbelta ó jorobada
como un camello, Marta ó Magdalena,
coger podrá una flor en esta obrilla
del poeta galan

José Zorrilla.



II

VERSOS Y FLORES

A LA EXCMA. SRA. D.ª CÁRMEN ARAGON DE AZLOR

CONDESA DE GUAQUI

Sobre tu belleza quieres
que yo mi opinion te dé,
Cármen; como tú no eres
como las demás mujeres,
qué opinar de ella no sé.

Pienso que naturaleza
á cuantos séres creó,
agotada su riqueza
una gracia les quitó
para adornar tu belleza;

y cuantos séres hermosos
en la creacion se hallaron,
en tu favor generosos,
de sus dotes más preciosos
de alguno se despojaron.

Dió á tus cabellos las ondas
de sus ondulantes frondas
la cimbrosa palma-dátil;
y un vapor de orlas redondas
dió á tus formas lo tornátil.

Su nitidez dió á tu frente
la nieve de las montañas;
y un nublado de Occidente,
que entoldaba el sol poniente,
dió su sombra á tus pestañas.

Tus dos ojos al rasgar
de tu tez en la alma tela,
vinieron modelo á dar
empeñados á la par
un halcon y una gazela.

Una perla que partió
Vénus, la playa marina
al pisar cuando nació,
de tus párpados formó
la nacarada cortina.

Dió luz la de la mañana
á tu mirada serena;
y en tu cara fresca y sana
desleyeron nieve y grana
un clavel y una azucena.

Su sonrisa celestial
te dió el ángel Azäel:
y en tus lábios de coral
labró una abeja un panal
y dejó en ellos la miel.

Dió un nardo aroma á tu aliento:
dió un ruiseñor melodía
á las notas de tu acento;
y á tus palabras dió el viento
su inextinguible armonía.

Dió á tu cuello y tu cabeza
el antílope africano
su gallarda gentileza;
y el leon á tu belleza
dió su porte soberano.

Las terebínticas gomas
de la arábiga region
dieron á tu cuerpo aromas,
y Dios te dió un corazon
sin hiel, como á las palomas.

Perdona, Cármen; tú no eres
mujer como las mujeres
hijas del hombre, y no sé
de tu beldad cómo quieres
que yo mi opinion te dé.

Si no pueden producir
nada á tí par ni el Ofir,
ni Golconda, ni el Perú...
¿qué puede un hombre decir
de una mujer como tú?

III

EN LA ÚLTIMA HOJA DEL ÁLBUM DE LA MISMA

I

Cármen, amiga noble, casta y risueña,
más que de tus palacios de mi alma dueña,
¿por qué desnudas
en un papel me arrojas frases tan rudas?
Un papel blasonado, fragante y rico,
que una hurí tomar puede por su abanico...
¡y viene lleno
de palabras de acíbar... casi veneno!
¿De ingratitud me tachas por breve ausencia?
¡Nunca al volcan te asomes de mi existencia!
¡Dios te preserve
de penetrar en mi alma, cráter que hierve!

II

Oye, Cármen dichosa, buena y sencilla,
que ves el mar del mundo desde la orilla;
tú puedes tanto,
que á tu voz en mis ojos se seca el llanto.
Tu voz cual fresca lluvia cae en mi alma;
tu amistad es un bálsamo que mi afan calma;
tú puedes tanto,
que en mi duelo me dices «cántame», y canto.
De tu frase amarguísima para castigo,
generoso y humilde seré contigo;
Tú me lo ordenas,
mas vé en qué sitio pongo mis cantilenas.
¡A tu mejor amigo peor le tratas!
¡Oh la más inconsciente de las ingratas!
Mas mira al cabo
como tu amigo el puesto toma de esclavo.
En las hojas de tu álbum será el postrero,
á su umbral colocado como portero;
como el esclavo
vigía del öásis puesto en el cabo.
De este öásis tu álbum es el terreno:
cuando esté de recuerdos y flores lleno,
yo haré el resúmen
de las flores y plantas que le perfumen.

Grilo, rico en imágenes, luz y colores,
te le abrió con portada rica en labores;
yo te lo cierro
con un viejo y mohoso cancel de hierro.
Sembraré ante él de líquenes orla salvaje,
de aquellas que de América y Africa traje:
musgos y tamos
que no podrán ya darle sombra ni ramos.
Mas entre sus raíces improductivas
te pondré un semillero de siemprevivas:
Pon cuando muera
de mi tumba en el mármol una siquiera.

III

Hurí de ojos azules, brazos cenceños,
cabellera de arcángel y piés pequeños:
gazela esbelta
en el desierto estéril de mi alma suelta;
Alondra que á los cielos á cantar subes
para enviarme tus píos desde las nubes;
Cármen, hermana
del ángel que abre el cielo por la mañana;

¡ojalá de la vida por las tormentas
atravieses tranquila sin que las sientas!
¡Ojalá un día
te consuele, si sufres, mi pöesía!
Adios, Cármen dichosa, buena y sencilla,
que ves el mar del mundo desde la orilla...
¡Adios y piensa
que arrebata á tu amigo la mar intensa!

IV

EL PINAR

ESTUDIO NOCTURNO DE HISTORIA NATURAL

Á LA EXCMA. SEÑORA

DOÑA PAULINA CONTRERAS DE ALARCON

Pregúntasme, Paulina, qué hizo, dónde estuvo
mi Musa peregrina que á España abandonó;
saber curiosa quieres, por dónde errante anduvo,
qué penas, qué placeres y qué aventuras tuvo,
qué sitios y que séres por donde anduvo vió.
No sé, Paulina mía, qué responderte
yo recorrí la vía que va á la muerte:
vino en mi compañía mi Musa, ansiosa
de aspirar poesía; mas dió en la prosa:
la fé y el verso
emigran hoy, Paulina,
del universo.

Viví con los romanos... *Roma veduta*,
dicen los italianos, *fede perduta.*
Viví con los franceses... del bardo estancia
tras sus grandes reveses no es hoy la Francia.
Mi musa y yo perdimos año tras año,
y por día cogimos un desengaño.
Nuestro siglo no quiere ya poesía:
la poesía muere, Paulina mía:
su astro divino
se vuelve al firmamento
de donde vino.

Yo ante lo positivo del siglo cedo;
Él se adelanta altivo, yo retrocedo.
¡Pobre vieja que olvida que ya chochea,
mi Musa enronquecida ya balbucea:
y hoy cuando ensaya loca cantar ó cuento,
en vano ya en su boca busca el aliento!
Mi musa espira,
y al espirar la siento
romper mi lira.

Empero tú lo ordenas, Paulina, y obedezco;
yo debo cantilenas y cuentos inventar
para adormir tus penas: que pidas te agradezco
al moribundo bardo su postrimer cantar.
Oye mi historia triste, fantástica y extraña,
que acaso se resiste tu espíritu á creer,
porque el disfraz reviste de fábula y patraña
de aquellas que leiste cuando aprendiste á leer.
Escucha: no es leyenda de las que yo solía
contar bajo la tienda de Berberisco Emir,
en versos cuya métrica, labor de orfebrería
de filigrana arábiga, profusa crestería
de monasterio gótico, fué loca poesía
que en la época romántica dió tánto que decir.
No: narracion geórgica de inspiracion silvestre
con caractéres de égloga ó apólogo campestre,
como labor grosera de rústico pastor,
es un alarde bárbaro, que espero que te muestre
cuál es aún el ánimo del viejo trovador.
Escucha: de una selva donde he vivido
me manda Dios que vuelva de muerte herido.
Mi retiro entre pinos de Francia dejo,
buscando mis caminos del tiempo viejo;
pues por más que los haya la edad borrado,
yo es forzoso que vaya tras lo pasado:
que es mi destino
arrostrar los abrojos
de mi camino.

Mas como dí á mi pátria mi vida entera
y sin miedo encomiándola fuí por doquiera,
todo el afan se encierra del alma mía
en morir en la tierra donde ví el día;
y el poeta católico que tál ha hecho
á demandarla túmulo tiene derecho;
justo es que muera
en su pátria y á sombra
de su bandera.

Mas ya de los pinares de aquel retiro
no traigo por cantares más que un suspiro;
por contarte al oido mi último cuento,
te traje retenido mi último aliento;
y es, voz ya de otro mundo, Paulina buena,
estertor moribundo mi cantilena;
mi musa espira:
oye al morir qué acordes
halla en mi lira.

II

En una transparente noche de Estío
y un lugar de naciente ruin caserío:
detrás de él su corriente derrama un río,
y anchos pinares
le rodean brotando piés á millares.

Una fábrica nueva perpétuamente
entre el humo que eleva ruje estridente;
cuando humo y són se lleva, tiembla el ambiente,
y allá en sus huecos
de repetir tal ruido se hartan los ecos.

El pinar atraviesa la ferrovía
donde el trajin no cesa noche ni día;
y gran ruido, gran priesa, gran gritería
trae cada hora
al lugar una rápida locomotora.

Aquel mónstruo de fuego, de humo y bullicio
que parece que ciego va á un precipicio
y al lugar desde luego saca de quicio,
trae las noticias
de todo el mundo, y juntos duelos y albricias.

Del Este allí y del Norte y el Mediodía,
de la aldea y la corte trae noche y día
gente de todo porte, noble y baldía,
diversa en traje,
catadura, costumbres, raza y lenguaje.

Y la turba arrastrada por este ruido
no se parece á nada visto ni oido;
llega... da una mirada... sigue... ¡se ha ido!
¿Dónde?—¡quién sabe!
un tren va por la tierra como una nave
por el mar, por el viento como va un ave:
nadie su huella
sigue... nadie la alcanza...
¡si no se estrella!

III

En este sitio agreste que la segur desmonta,
dó el áspero sudeste la brisa tráe del mar,
donde á la luz celeste para surgir se apronta
una ciudad que preste su nombre á aquel pinar,
la que conmigo viene, por compañera
de mi existencia, tiene su vida entera.
Vida ajena en mi casa de sinsabores
entre pájaros pasa, libros y flores.
Floricultora activa, sencilla en gustos,
por doquiera cultiva flores y arbustos;
mi casa por doquiera de ellos cercada,
está por dentro y fuera toda enflorada:
la casa mía
rebosa amor y flores
y poesía.

Tienen todas sus piezas y alrededores
por únicas riquezas tiestos y flores;
paredes y contornos hechos jardines,
por cortinas y adornos tienen jazmines,
madreselvas, clemátidas y pasionarias,
yedras apretadoras, plantas rastreras,
todas las cien especies de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas:
mi casa en Francia
respira fé, ventura,
paz y fragancia.

De mi casa delante, y en dos planteles
que guardan del paseante férreos canceles
y que cerca un trasplante de mirabeles,
de lilas, de retamas y de rosales,
hay de tierra dos camas pares y ovales;
dó como en canastillos brotan espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geráneos, amarantos, plúmbagos, luisas,
alhelíes, acantos y minutisas:
bulvosas espigelias, nardos galanes,
renúnculos, camelias y tulipanes:
de Francia puesta
en un pinar salubre,
mi casa es ésta.

Mi mujer blanca y rubia como una inglesa,
pero risueña, franca y aragonesa,
por ornamento y gala tiene los techos
de comedor y sala pensiles hechos:
y cuelgan de sus vigas en suspensiones
plantas del fuego amigas, de otras regiones;
y en jáulas entre espesos hilos de alambre
cantan pájaros presos sin afan ni hambre:
y en el patio, en el huerto y en las cocinas,
todo á todos abierto, van las gallinas,
pavos, palomas, tórtolas, loros y patos
á comer con los ánsares, gozques y gatos;
y en tal vivienda,
que parece un invento
de esta leyenda,
es donde al doble estruendo
de sierra y tren al par,
tres años há que enciendo
la lumbre de mi hogar;
y á solas atendiendo
mis versos á hilvanar,
allí al progreso atiendo
del siglo y del lugar.

Mas cuantos más quebranta troncos la sierra,
cuanto más adelanta la ferrovía,
cuanto más se levanta sobre la tierra
su estridor... más se espanta la musa mía;
y aquí, Paulina, siento que cada día
pierde tierra y aliento mi poesía:
Paulina buena,
oye el fin de mi cuento
puesto en escena.

IV

Es una noche quieta del mes de Junio:
la luz que se completa del plenilunio
se quiebra rayo á rayo sobre cada hoja,
que regada por Mayo la tierra arroja.
Las nocturnas tinieblas avergonzadas
se esconden hechas nieblas por las cañadas;
las nubes trasponiendo los horizontes,
se atropellan huyendo tras de los montes;
el cielo de vapores su faz despeja,
y sondar sus mayores límites deja;
cuyos inmensurables, hondos espacios
tachonan incontables vivos topacios:
de Dios espejo,
la luna de su imágen
pinta el reflejo.

De este faro á la lumbre maravillosa,
desde el valle á la cumbre todo reposa;
la tierra á su luz mansa, muda ó dormida
yace, y miéntras descansa recobra vida:
cobijándose envuelta, novia velada,
entre una gasa suelta de luz plateada;
y esta luz juguetona, niña coqueta
que traviesa y burlona retoza inquieta,
con los cambiantes que hace doquier que mira,
en fingir se complace cualquier mentira;
porque, falsa como hembra, muestra en penumbra
y de ilusiones siembra cuanto columbra.
La edad pagana
la adoró triple en HECATE,
LUCINA y DIANA.

En la faz movediza de un verde lago
que imperceptible riza céfiro vago,
de los árboles pinta la sombra parda
como de estacas cinta que un campo guarda;
del monte en fajas anchas la sombra dura
extiende como manchas por la llanura;
mónstruo fosforescente, da miedo y frio
convertido en serpiente de luz el rio;
zarzas, endrinos, líquenes, viñas y parras,
áun sin hojas, de grifos semejan á garras;
de las verjas ejércitos fingen las barras,
é incendios en los vidrios y en las pizarras;
tal es la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

V

Todo á la misteriosa luz blanca de Lucina
te he dicho que reposa; mas no es verdad, Paulina;
la noche es engañosa y miente por doquier.
En esta selva hojosa que á medias ilumina,
sucede alguna cosa curiosa y peregrina;
ven, pues, si eres curiosa, lo que sucede á ver.

Paulina de ojos límpidos,
do el alma se revela
de la mujer católica,
del ángel del hogar,
conmigo al bosque acércate;
mas pisa con cautela
con tu esbeltez de antílope,
tu paso de gacela,
primor y gracia ingénitos
del andaluz andar.

Te he dicho que reposa, que calla todo
en esta selva hojosa: de ningun modo;
todo, Paulina,
calla bajo el tumulto
que lo domina.
Del vapor al empuje que el hombre guía,
la fábrica que ruje, la ferrovía
que só los trenes cruje, la gritería,
las bocinas, los silbos... todo el estruendo
del progreso que invade nuestra vivienda,
son el rumor tremendo
de esta leyenda:

porque canta la máquina dominadora
y de su triunfo víctima la lira llora;
al pasar cual relámpago, bajo su rueda
la hace añicos la impávida locomotora,
y huye espantado el númen, y el hombre queda;
y el hombre con su sierra la tierra escombra
de árboles: y la tierra, ya al sol sin sombra,
avergonzada y muda sin arboleda,
como vírgen desnuda se ve, y se asombra.
Mas es fuerza, Paulina, que tal suceda;
el progreso camina: la sed del oro
se impone, predomina, triunfa y depreda.
El corcho y la resina son un tesoro;
brea, carbon, madera
necesitan comercio, guerra y marina;
la tierra entera,
suprime las distancias, y se avecina
por un rail ó por una nave ligera
Francia ó España á América y Albion á China:
con que manera
de salvar los pinares no hay ya, Paulina.
El vapor y la sierra los desarráigan,
paso haciendo al progreso, que audaz camina.
¿Quién ataja del siglo ya la carrera?
Es preciso que caigan
¡los pinos fuera!
¡hachas y sierras traigan!
¡Fuego á la hoguera!

El sonoro penacho de su ramaje,
de la altura en que ondea fuerza es que baje:
lo que ayer era
pabellon de verdura fresco y umbrío,
gigante que en la altura suelta y ligera
daba al viento de ramas su cabellera,
será vacío
espacio á la intemperie del cielo abierto,
será páramo escueto, seco y baldío,
el arenal estéril de un gran desierto:
porque al perder sus árboles, Paulina mía,
pierden montes y selvas su poesía

VI

La que amparó á su sombra la bóveda enramada
del bosque, cuyo domo flotante y secular
desde que Dios estrajo la tierra de la nada
se apoya en una fábrica por Dios apilarada
por los cien mil pilares de troncos del pinar,
con ellos al tenderlos la máquina y la sierra
la ahuyentan y va ante ellas cejando sin cesar;
avanzan ellas dando con el pinar en tierra,
y cuanto poesía en el pinar encierra,
delante de ellas ceja... y cejará hasta el mar.

El estruendo creciente que se difunde,
en todo sér viviente pavura infunde;
cuanto en la selva vive, la selva deja
y á emigrar se apercibe y huye y se aleja.
Cuanto sér animado constituía
del pinar perfumado la poesía,
cuantos de estos pinares habitadores,
del pinar familiares, de él se guarecen
y al rumor se estremecen de estos clamores,
para vivir, lugares buscan mejores;
y segun crecen
los silbos de las máquinas,
desaparecen.

VII

Contémplalos, Paulina, huir despavoridos,
ó absortos escuchándolos é inmobles de pavor,
oir los mil baladros, ahúllos y rugidos,
bostezos candescentes y humeantes resoplidos
de la estridente fábrica y el carro del vapor.
En la punta de un árbol una marica
curiosa oye el estrépito que no se explica:
un conejo empinado sobre las patas
mira el humo asombrado tras de unas matas,
y un mirlo con el ruido y el humo ronco,
va amparándose huido de tronco en tronco.

Vaciando apresuradas sus almacenes,
y en cordon y cargadas como los trenes,
sintiendo que peligran hueva y granero,
las hormigas emigran de su hormiguero.
La liebre huye agachada bajo la yerba:
el barranco espantada salva la cierva;
ciegas, casi volando, ganan camino
las ardillas saltando de pino en pino:
sus panales vacios deja el enjambre,
su capullo el gusano deja en estambre;
los anfibios y ranas, que en torno bullen
del lago, en él se arrojan y se zambullen.
Las aves desanidan y se desbandan;
los brutos no se cuidan de por dónde andan:
banda revuelta de ánades que el aire cruza,
atropella en sus círculos á una lechuza:
temiendo á una vulpeja que toma el jopo,
con una comadreja se topa un topo:
al cruzar la maleza, bajo un tomillo
un lagarto tropieza con un cuclillo;
y un garduño, que pasa con miedo á un sapo
bajo un espino, rasa con un gazapo.
Reptiles y alimañas, mansas ó fieras,
desconocen urañas sus madrigueras;
y las bestias de carga, redil y establo
parece que á la larga sienten al diablo.
Muerden en los pesebres traba y ronzales
cobardes como liebres los animales;

y lo mismo los sueltos que los trabados,
se amontonan revueltos y amedrentados:
y excitándose ardientes unos á otros,
relinchan impacientes yeguas y potros;
la vaca á quien se aleja de su ternero,
muge por él; la oveja por su cordero
bala; y la cabra trémula, casi con grito
de voz humana, clama por su cabrito.
De mulas, de lebreles y de becerros
se oyen los cascabales y los cencerros;
la encerrada y doméstica volatería
añade á tal estrépito su gritería;
fieles á su consigna ladran los perros,
y el eco, apoderándose de tal tumulto,
le repite, redobla y extiende á bulto
por barrancos, quebradas, simas y cerros...
fin de la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

VIII

¿Te ha gustado mi cuento? Sí ó no, Paulina:
¿Sí? pues oye un momento, que aún no termina;
que añada deja
algo que sustituya la *moraleja*.

Siguieron avanzando la máquina y la sierra:
y yo, que allí vivía no más por el pinar
y por la poesía que en el pinar se encierra,
mirando que á dar iban con el pinar en tierra,
creí que aquella tierra debía abandonar.
Torné á los patrios lares: quisiste oir mi historia,
te prometí cantares: mas ronco y viejo ya,
mis cuentos familiares trayendo á la memoria,
te hablé de unos pinares... y te aburrí quizá.
Perdona mi torpeza; mi decadencia excusa:
ya no hay en mí firmeza, desbarra ya mi musa,
delira mi cabeza, mi inspiración se va;
mi poesía pasa, Paulina mía:
¡adios! vé cómo muere mi poesía.

V

Á UNA JOROBADA

Dicen que derramas llanto
cuando al espejo en tu alcoba
ves á solas con espanto
tu busto... ¡no es para tanto!
no llores por tu joroba.

Dios, jorobadita mía,
nada hace en la creacion
sin razon ni poesía:
Dios no te jorobaría
sin una buena razon.

Óyeme, pues, jorobada,
á quien su joroba inquieta,
y verás cómo no hay nada
que no sea obra acabada,
si es de Dios, para el poeta:

y que aunque con mofa tal
hable de nosotros dos
nuestra sociedad banal,
nunca habla el poeta mal
de la mujer ni de Dios.

Oye, pues, porque deseo
que mi fé en Dios te convenza,
que te veas cual te veo,
que en Dios creas cual yo creo,
sin tener de tí vergüenza.

Porque tenerla de tí
es tener vergüenza de él;
y cuando Dios te hizo así,
no pudo á tí darte aquí
por capricho un mal papel.

Porque Dios, que es la armonía,
la gracia y la perfeccion,
que nada imperfecto cría...
al dártela, se daría
de tu joroba razon;

y escucha, que aunque jamás
pueda yo á Dios comprender,
pues por Dios hecha así estás,
por qué así te quiso hacer
adivino yo quizás.

Oye: si tal curvatura
dió á tu espalda y esternon,
fué porque halló en tu estructura
tu pecho falto de anchura
para tu gran corazon:

y debiendo equilibrar
las dos partes de tu sér,
tu alma y tu cuerpo al juntar,
prefirió desmodelar
el cuerpo de la mujer.

Ni equilibrio ni armonía
le faltó en tí: Dios fué justo,
pues que en la alma te ponía
la esbeltez y gallardía
que te quitaba del busto.

No temas el menosprecio
del mundo: y piensa con calma,
si alguno te hace desprecio
por tu joroba, que al nécio
da Dios jorobada el alma.

Con que no viertas ya llanto
ante el espejo en tu alcoba
mirándote con espanto:
que, no siendo tu joroba
del alma, no es para tanto.

Con tal pesar ya no lidies,
con ese afan no batalles;
de vivir no te fastidies,
ni á las esbeltas envidies
cuando en los saraos las halles.

No llores ya, jorobada:
la más linda y más derecha
no vale junto á tí nada,
si en su esbeltez encerrada
lleva un alma contrahecha.

II

¿Pero otra vez ¡alma mía!
brota el llanto de tus ojos?
Jorobada... ¡hay tal porfía!
¡Me has oido y todavía
tu joroba te da enojos!

¿Crées que por ser jorobada
nadie ha de hallar perfecciones
en tí? estás equivocada:
y al creerte mal dotada
en la razon no te pones.

Escúchame, niña triste,
cuya alma á entrar se resiste
en la escena de la vida
bajo la forma torcida
del corvo cuerpo que viste:

escucha y comprenderás
que tu defecto es un dón;
pues Dios no nos dá jamás
falta en que no haya de más
ventaja y compensación.

¿No es verdad que, aunque no sueltas
tu idea en frases, te dices
á tí que son las esbeltas
mucho más que tú felices?
Demos á tu idea vueltas.

Tú no has bailado jamás,
ni han echado á tus piés flores,
ni llevas de tí detrás
cuando á los salones vas
un tropel de admiradores;

nadie á tu oido dispara
esas frases hechiceras,
que la esbelta escucha avara,
en que un galan la compara
con garzas y con palmeras;

jamás te han salido al paso
ni seguido largo trecho
galanes, ni han hecho acaso
de tí los poetas caso,
ni cantilenas te han hecho:

nunca al pié de tus balcones
te han ido á dar serenatas,
ni á porfía en los salones
á hacerte declaraciones
todos los hombres que tratas;

nunca reina te han nombrado
los casinos y liceos,
ni nunca te han coronado,
ni te han en triunfo llevado
por teatros y paseos;

tus retratos no han vendido
los fotógrafos á miles;
ni celebridad has sido
recibida por do has ido
con cohetes y tamboriles:

mas puedes por ello dar
sinceras gracias á Dios;
porque te ha librado al par
la estupidez de llevar
de tu gentileza en pós.

Jamás has sido aclamada
en ovaciones triunfales;
pero en cambio, jorobada,
jamás te has visto acosada
por los mosquitos sociales.

No te han dado malos ratos,
enviándote en letra china
autógrafos garrapatos,
nuestros bufos literatos
y Tenorios de cocina.

Ni en cuanto contigo traban
relaciones, en dos días
un álbum nuevo te acaban,
y á volapié en él te clavan
pares de fotografías.

Ni la envidia en tí se ceba,
ni la calumnia te infama;
ni un pollo de cria nueva
darte osa por su manceba
osando á tu prez de dama;

pues nuestra pollada actual
cree hoy odaliska de haren
la dama más principal:
y hoy se galantea mal,
porque ya no se ama bien.

No llores, pues, jorobada
por no tener cien galanes;
porque pierdes poco ó nada:
hoy la juventud dorada
tipos busca en los rufianes.

En tiempos de mi *Don Juan*,
creía un galan de coro
ir derramando galan
de su amor ante el iman
poesía, flores y oro:

hoy se dan toscos retratos
por prendas de pasion fina:
y dándose tan baratos,
hoy da nada entre dos platos
nuestra largueza mezquina.

Hoy hasta el brazo nos pesa
de la ligera española;
y va, á la moda francesa,
sueltos los brazos y sola,
hecha un pingo, una duquesa.

Bendice, pues, jorobada,
el arca de tu joroba,
pues en él llevas guardada
esa dignidad pasada
que el siglo á las damas roba.

No envidies, si cuerda eres,
los mil goces de la esbelta,
ni esos bailes y placeres
en que pueden las mujeres
perder su honra en una vuelta.

Si de bailar no has tenido
el embriagador placer,
sintiendo á un hombre querido
arrullando ir por tu oido
tu corazon de mujer,

tampoco has dado en el fango
de bailar con tu galan
esa danza hoy puesta en rango,
hija impúdica del tango
y hermana vil del can-can.

III

Escucha, en fin, jorobada,
que á las esbeltas envidias:
á mí no me importa nada
que estés ó no modelada
por las estátuas de Fidias.

Para quien crece ó apoca
el valor de rica esencia
el vidrio ó cristal de roca
del pomo en que le coloca
la avaricia ó la opulencia;

para el que no sabe ver
en el vaso quebradizo
del cuerpo de la mujer
el alma que la da el sér,
Dios las mujeres no hizo.

Dios de esos brutos carnales
te escudó con tu joroba:
para esos hombres brutales
hizo Dios hembras iguales,
como dió al lobo la loba.

¿Comprendes, pues, jorobada,
que á las esbeltas envidias,
por qué no me importa nada
que estés ó no modelada
por las estátuas de Fidias?

Yo ambiciono tu cariño,
busco tu conversacion
y tus caricias de niño:
porque en tí no hay falso aliño
y todo en tí es corazon.

Novia, querida ó mujer,
yo quiero á tus piés vivir;
yo te amo y siento en mi sér
la voluntad y el poder
para amarte hasta morir.

Mi amor te ha de rodear
de cuidados tan prolijos,
que mi hogar será tu altar,
como mi ángel tutelar
y la madre de mis hijos.

Libres de esa multitud
que el tiempo á la dicha roba,
de mi amor y tu virtud
la doble solicitud
ocultarán tu joroba.

Tú serás quien por mí invoque
á Dios: cerrarás mis ojos:
serás la última que toque
y en el ataud coloque
mis terrenales despojos;

y cuando en la eternidad
nos reunamos los dos
con alma inmortalidad,
será tu deformidad
nuestro mérito ante Dios.

VI

Á LÉILA

SERENATA MORISCA

Yo te quiero—te dice mi guzla mora:
Yo te adoro—repite mi harpa sonora:
Doble reclamo
al que mi alma responde: ¡ Léila, yo te amo! —

Ambiente que el desierto de mi alma llena,
fuentecilla que mana bajo la arena,
tu presencia es la vida que me sostiene,
tu vista el alimento que me mantiene.
Tortolilla que arrullas sola en tu nido,
yo soy la compañera que habías perdido:
flor que mece mi aliento con suave arrullo,
yo soy la mariposa de tu capullo.
Abre, pues, tus balcones á mis cantares
y á mi alma de tus ojos los luminares.
Sal, mi lucero,
para que yo te diga cuánto te quiero.

Te quiero, Léila mía, con tal exceso
que te diera mi vida por solo un beso.
Te quiero más que á mi alma; me es de tal modo
la vida, sin tí, nada; contigo todo.
Te quiero como al áura quieren las flores,
como á la luz del alba los ruiseñores;
te quiero cual los pájaros quieren al viento,
cual los peces las ondas de su elemento:
como la madre al niño, como la hiedra
del muro á que se ciñe quiere á la piedra.
Sal, que te llamo,
para decirte á solas cuánto te amo.

Te amo más que á mi vida; para mí tienes
todas las perfecciones, todos los bienes;
tienes de la gacela los ojos francos,
y en tu cuello de garza cambiantes blancos;
del antílope tienes la ligereza,
la oropéndola envidia tu gentileza.
¡Hurí del paraiso! tu boca sana
tiene el olor de gruta donde agua mana;
los silfos, de tus gracias antojadizos,
meciéndose se duermen entre tus rizos,
y la luz, mientras duermes, de tus pupilas
entoldan sus azules álas tranquilas.
Sal, mi tesoro,
para que yo te diga cuánto te adoro.

Perfumero de eterno, vital perfume,
faro que en mi alma nunca su luz consume,
tus ojos son espejos en que me miro
y tu aliento es el aire con que respiro:
tu voz es á mi oido mũsica grata
cual de arpa que en el viento su són dilata:
tus palabras del cielo son armonía,
los besos de tu boca miel y ambrosía;
son tus recuerdos dulces ¡oh dulce dueño!
pabellon cuya sombra me guarda el sueño.
Rompe el tuyo un instante si estás dormida:
sal á dar con tus ojos luz á mi vida:
á tu balcon un punto sal, mi embeleso,
y en el áura nocturna mándame un beso.
Sal, dueño mío,
sentirás que yo en otro mi alma te envío.

DESPEDIDA

Pero no, ya no salgas, estrella mía,
porque ya en el oriente despunta el día;
no salgas, porque el doble sol de tus ojos
á la luz de el del cielo va á dar enojos.
¡Adios! porque del alba los resplandores
de los enamorados son delatores.
¡Adios, búcaro lleno de agua de rosas!
¡Adios, lirio que mecen las mariposas!
¡Adios, sol de mis flores, rosa sultana,
rosal de mis amores... hasta mañana!

VII

Á UNA PÁLIDA

«Eres pálida y pequeña:
Señas de alto precio son;
Rica esencia, en pomo chico
la más clara, la mejor».

I

Descrita no puede ser
tu palidez: hay que verla:
tan sólo puede caber
en la faz de la mujer
hecha por Dios de una perla.

Sólo una carne amasada
de una materia perlina
puede estar así encerrada
en esa tez delicada
de palidez nacarina.

Sólo una perlina esencia
puede á tu semblante dar
esa tez, cuya apariencia
á veces de tu existencia
hace á los ojos dudar.

De rosa blanca, en tu piel
jamás la sangre acumula
rojas tintas de clavel:
tu rostro es tal, que tras él
parece que no circula.

Pero como en sí no implica
gérmen alguno enfermizo,
tu palidez no se explica:
solamente significa
que Dios pálida te hizo.

Descrita no puede ser
tu palidez: hay que verla.
tú sola puedes saber
si eres perla hecha mujer,
ó mujer hecha de perla.

II

Oye, pálida atractiva,
que en cuerpo tan sin color
pareces sin vida activa,
mas que pruebas que estás viva
con el iman de tu amor:

tu cutis sin trasparencia,
do no hay de tinte vital
graduacion ni diferencia,
pensar hace en la existencia
del vampirismo oriental.

La impertinencia perdona
de este aserto antojadizo:
pero mi sospecha abona
de tu pálida persona
el inexplicable hechizo.

Tu aire, tu paso, tu accion,
tu voz, tu conversacion...
todo en tí es vago, poético,
de un atractivo magnético
que cautiva el corazon.

Luz tiene tan singular
el foco de tus pupilas,
que la quiebran sin cesar
como las ondas tranquilas
del agua verde del mar.

Una sola vez te ví,
y una sola vez te hablé:
y fascinado por tí,
¡ay! no sé lo que sentí,
ni lo que te dije sé.

Me hablaste sólo un momento,
pero me hiciste aspirar
no sé qué hechizo en tu aliento;
porque ya mi pensamiento
sólo en tí puede pensar.

Tu imágen desde aquel punto
doquiera me está presente;
doquier te siento á mí junto,
y de tu faz el trasunto
impreso llevo en mi mente.

Y sueños de ella no son
ni de mis ojos antojos:
de tu vista á la impresion,
con tu luz mi corazon
te fotografió en mis ojos;

y sin cesar me acompañas,
y nunca de mí te alueñas:
asido está en mis entrañas
tu amor, como está á sus peñas
el musgo de las montañas.

Pues sólo una vez te ví,
¿qué atmósfera te rodea,
qué hechizo llevas, que así
me obligas á que no vea
ya en el mundo más que á tí?

III

¡Pálida, de cuyo sér
razon no me puedo dar;
perla, que dejó caer
en la concha que al nacer
devolvió Venus al mar:

criatura peregrina,
cuya piel anacarada,
cuya palidez perlina
te asemejan á una ondina
de una escocesa balada:

hurí blanca, que tuvistes
una azucena por cuna
cuando en el Eden nacistes,
y que á España descendistes
en un rayo de la luna;

Péri que tal luz destellas,
de tus ojos soberanos,
que no sirven las estrellas
ni para montar con ellas
los anillos de tus manos;

déjame perla ó mujer,
tu faz pâlida adorar,
luz en tus ojos beber,
y, el hálito hasta perder,
tus piés de nácar besar.

VIII

LA ACTRIZ

Á LUISA C.

I

Dios te dió á par con la gloria
juventud, Luisa, y belleza...
¡que la gloria á la cabeza
no te se suba jamás!
La gloria es ruido que pasa,
nutricion que debilita,
agua que la sed no quita,
sombra de humo, sol de gas.

Jamás harta, siempre anhela
algo que jamás alcanza:
no vivas tú de esperanza,
no pierdas tu juventud;
vive, Luisa; el tiempo vuela;
admirada y aplaudida,
vive y goza de la vida
en su vital plenitud.

Pues el destino te alfombra
de oro y flores tu camino,
de tu espléndido destino
acepta la esplendidez:
no equivoques los senderos,
no desperdicies tus años;
llegar á los desengaños
no dejes con la vejez.

La gloria que embriaga y ciega
es un narcótico en suma:
procura en lecho de pluma,
dormida ó muerta, caer:
la gloria es, Luisa, una palma;
pero infructífera y seca,
si en cetro de oro no trueca
su tallo ruin la mujer.

II

Mas compréndeme bien, Luisa
no supongas libertino
á un viejo que del camino
de su vida está ya al fin:
escucha de mi experiencia
la verdad sin alarmarte;
no olvides que soy del arte
el último paladín.

Hoy la escena está por tierra
y el arte prostituido:
Europa entera ha caido
en mercantilismo vil;
y España flamenca y chula,
pasa semanas enteras
berreando las peteneras
á la puerta de un toril.

Su plebe y su aristocracia,
con afan de encanallarse,
de salirse y desquiciarse
de su centro natural,
por descenso bizantino
bajan al circo taurino
á aspirar vahos de sangre
por costumbre nacional.

Con estos de carne cruda
elementos nutritivos,
escuela de cuadros vivos
es la escena teatral;
y orquesta son de esta escuela
los bufos de la zarzuela
y el patéo y los jipíos
del flamenco cantoral.

Si la alegre Andalucía,
que cantando en Dios se fía,
fiara en su gracia ménos,
y en su ingenio y tierra más,
en vez de guillabäoras
y jipiaores gitanos,
sus más grandes ciudadanos
diera á la pátria quizás.

La gracia es el resultado
del génio y dotes nativos;
más dá frutos negativos,
hecha esencia germinal:
la gracia no tiene escuela;
no es gérmen sinó atributo:
ni el jipío y la vihuela
son un lema nacional.

Hoy todo se ha confundido:
la gracia y la desvergüenza
de lo bufo se han fundido
en el mohoso crisol:
hoy por ser todos graciosos,
nada, audaces, respetamos,
y la prez menguando vamos
del carácter español.

Y es la escena, que del génio
capitolio ser debía,
gimnasio de gritería,
de la plaza sucursal:
y el descoco en el proscenio,
la desnudez en la sala,
de echar de ambos se hace gala
al arte y á la moral.

En este envilecimiento,
la actriz que á su honor atienda,
es fuerza que se defienda
de cielo y tierra á la par:
porque el arte así instalado
hoy segun se paganiza,
opone é incompatiza
el teatro y el altar.

El arte es griego y pagano,
idolatra la belleza,
no crée impudor ni torpeza
su olímpica desnudez:
y el altar es ya cristiano;
fuera de hogar, cláustro y templo,
ni génio, ni héroe, ni ejemplo
digno de gloria y de prez.

Los héroes del paganismo
la virtud materializan,
y su virtud sintetizan
belleza, fuerza y valor;
mas su fuerza es despotismo,
forma no más su hermosura,
brutalidad su bravura;
brama de bestias su amor.

Las bases del cristianismo
son, y con ellas hermana
á toda la raza humana,
fé, paz, caridad y amor:
y la humanidad y el arte
su espíritu purifican
cuando el amor santifican
la castidad y el pudor.

¡Qué se avanza y se progresa
en pos del materialismo!
¡Qué en arte, el naturalismo
absorberá lo ideal!...
Ni lo creo, ni me pesa
que, olvidado de sí mismo,
vuelva el arte al paganismo
plástico, mudo y carnal.

Porque el ideal cristiano
le llevó desnudo al cielo,
y para volver al suelo
álas, alma y fé le dió:
de Grecia al cielo, desnudo
fué con su belleza sola,
y al volver, con aurëola
y álas de arcángel volvió.

Aun puede que avergonzado
huya á la region celeste;
pero pasará la peste
material y tornará:
y la humanidad, purgada
del virus que hoy la envenena,
tornará al arte á la escena,
y el altar le amparará.

III

Hoy (¡es una injusta idea
justamente concebida!)
no pueden compartir vida
el proscenio y el hogar:
mas escuela de costumbres
jamás el teatro ha sido;
su espejo ser ha podido;
copiar puede, nó enseñar.

Nó: la moral del teatro
no entra en él con los actores:
son pueblos y espectadores
los que imponen la moral:
y los pueblos decadentes
no pueden ver en su espejo
más que el deforme reflejo
de su fealdad social.

Y hoy que sin pudor corremos
tras del oro y los placeres,
desnudas nuestras mujeres
llevando á la sociedad,
pedimos... ¡desvergonzados
é impúdicos moralistas!
al arte y á los artistas
pudor y moralidad.

¡Befa y ludibrio!—Filósofos
en mantillas, profesores
que anteayer en andadores
perorais sin saber qué,
oid y aprended primero,
é id luego á la raza humana
con fé y caridad cristiana
á inculcar moral y fé.

Lograd que en vuestras escuelas
los pueblos meridionales
sus instintos nacionales
cambien con rumbo mejor:
inculcadles que da al hombre
Dios anhelos soberanos,
y que el arte á los humanos
aproxima al Criador.

Decid á España que olvide
lo que fué en tiempos de moros;
que la guitarra y los toros
no dan nacionalidad:
y que hoy llevan á la gloria
con ímpetu de ciclones,
sobre el rayo á las naciones
vapor y electricidad.

Y cuando el arte los pula,
y los eduque el trabajo,
los de arriba y los de abajo,
que hoy á los teatros van
como á las bestias del circo,
cuando el pueblo sepa y crea,
irán como á una asamblea,
y á oir y á aprender irán.

Entónces creeré en vosotros;
me alistaré en vuestra escuela,
y del progreso en la tela
con vosotros tejeré:
hasta entónces, yo mis ojos
tornaré del arte escénico:
no le hay, ni hispano, ni helénico,
sin idealismo y fé.

El arte nació pagano,
mas la fé lo cristianiza,
lo exalta y lo diviniza,
de Dios destello hasta ser.
Dad, para que el arte alcance
sus más grandes proporciones,
fé y decoro á las naciones,
y pudor á la mujer.

SÍNTESIS

¿Crees tú, Luisa, que yo creo
que las tablas de la escena
no puede una mujer buena
pisar con honra y virtud?
¿Crees tú que yo no poseo
secretos de más de cuatro,
que mártires del teatro
son desde su juventud?

. . . .

¿Crees tú, por fin, que no creo
que aunque el encono la ciegue
y la sociedad las niegue
hasta nicho sepulcral,
que Dios revoca su fallo,
su infamia acepta, sanciona
su martirio y las abona
en su excelso tribunal?

Sí, sí; mas hoy el teatro,
que como arte no es divino
sinó pagano, á tal sino
tiene á la actriz que arrojar:

ó ninfa sobre el proscenio
entre antorchas adorada...
ó mártir pobre, olvidada
en el rincon del hogar.

DESPEDIDA

Adiós: Él te guíe, Luisa,
por el laberinto oscuro
del arte, y un aire puro
te haga siempre respirar;
yo te alzaré, mientras dure
mi vida que ya es muy corta,
ninfa ó mártir, no me importa,
en mi memoria un altar.

IX

A CLARA

—

YO TE AMO

¿Sientes el áura errante que juguetea
con tus rizos y mansa tu sien orea?
yo te la envío
al oido á decirte: «¡*te amo*, bien mío!»

¿Ves al pájaro-mosca, del soto huésped,
que á tus piés salta y pía picando el césped?
yo le reclamo
y él te dice en su pío que *yo te amo*:

¿Sientes el arroyuelo que al pié murmura
de tu balcon á su aire dando frescura?
yo le derramo
para que te murmure que *yo te amo*.

¿Sientes de átomos leves esos millares
que se amparan á sombra de tus hogares?
Los desparramo
yo allí, porque te digan que *yo te amo.*

¿Sientes el suave aroma que dan las flores
del ramo que te traigo de los alcores?
Al darte el ramo,
le digo que te acuerde que *yo te amo.*

De átomos sonorosos esos millares
que hervir á amparo sientes de tus hogares;
todos esos nocturnos vagos rumores
que te arrullan el sueño susurradores;
todos los mil perdidos ruidos vulgares
que invisibles resuenan doquier que mores,
donde quiera que vayas ó que te pares,
ya que duermas ó veles, cantes ó llores,
son los ecos amantes de mis cantares,
son las dulces palabras de mis amores;
que, á mi reclamo,
cuanto suena te dice que yo te amo;
y á este almo coro
del universo entero, callo y te adoro.

X

A TEODORA

LÁGRIMAS

¡Alma del alma mía! ¿llanto en tus ojos?
¿Qué es lo que te apesara? ¿Quién te dá enojos?
¿Qué pensamiento negro cruza tu mente
cuya sombra siniestra nubla tu frente?
Luz, esperanza y gloria de mis amores,
si tienes penas, dímelas: pero no llores.
No anubles de tus ojos el claro cielo,
no ajes de tus mejillas el terciopelo
con ese llanto:
que no hay nada en la tierra que valga tanto.
No llores: porque entoldarme
de tu vista el resplandor,
es cubrirme el firmamento
con un cendal de crespon.

Ante el foco radiante de tu pupila
se aglomera otra lágrima... crece... vacila;
tus pestañas de seda la niegan paso,
mas al fin rueda y mancha tu piel de raso.
Con el ardor del llanto ¿por qué mancillas
las frescas azucenas de tus mejillas?
Valiosísima perla de mis amores,
cuéntame tus pesares, pero no llores;
seca tu llanto,
porque no hay en la tierra quien valga tanto.
No llores: porque velarme
de tu vista el doble sol,
es cerrarme los balcones
por donde yo miro á Dios.
¡Otra vez, vida mía, de tus pestañas
las temblorosas hebras en llanto bañas!
¿Callas... y con tus manos la faz me escondes?
¿Yo te pregunto... ¿y lloras... y no respondes?
¿Me niegas de tus ojos los luminares?
¿Soy acaso la causa de tus pesares?
Si tus penas son celos por mis amores,
mátame si recelas; pero no llores:
calma tu llanto,
porque aspirar mi orgullo no puede á tanto.
No llores: porque quitarme
de tu mirada el favor,
es quitarme la esperanza
de ver en la gloria á Dios.

13

Yo nací para amarte: no puedo al cabo
evitar mi destino: yo soy tu esclavo.
El día que me digas: «ya no te quiero»
de mi vida terrena será el postrero;
abandono, desprecio, desden ó ausencia
cortarán los estambres de mi existencia.
Si te avergüenza honrarme con tus favores,
vuélveme ¡ay! á mi nada, pero no llores;
pues por tu llanto
daré el alma... aunque mi alma no valga tanto.

Como tus lágrimas, perlas
nunca produjo la mar;
llora, si quieres verterlas;
mas déjame recogerlas
y hacer de ellas un collar.
Y pues que Vénus salió
desnuda de entre sus ondas
y el mar perlas no la dió,
de tus lágrimas redondas
el collar la daré yo.

XI

Á ELISA

EL BESO

I

—¿Me amas?—Sí.—¿Te ofenderás
de que á pedirte me atreva
de tu cariño una prueba?
—Segun cuál sea.—¡Ya vas
condiciones á poner!
¿No me amas?—Sí.—Pues tu amor
pruébame con un favor.
—Pues dime tú el que ha de ser.
—Dame un beso.—¿Eso deseas
como prenda de mi amor?
—No es prenda, sinó favor.
¿Sí, ó no?—Sí.—Bendita seas!
—Ven á recibirle.—¡Espera!
—¿Qué haces?—Postrarme á tus piés.
—¿Por qué?—Porque me le dés
como debes.—¡Qué quimera!

Tómale.—Aguarda; si crees
que un beso para mi amor
no es un supremo favor...
—¡Acaba!—No me le dés.
Si tu ligereza puede
un beso á quien te ama dar
tu alma en él sin empeñar,
que el beso en tus lábios quede;
porque el beso que yo anhelo,
de tus lábios al salir,
á mi alma debe de abrir
las fruiciones del cielo.
—Pues tal como le deseas
mi beso te puedo dar.
—¡Me amas!—Sí: ven á tomar
mi alma en él.—¡Bendita seas!

II

¡Gracias, alma del alma que en mí se encierra!
un Eden este beso me abre en la tierra:
más bien de mi fortuna no solicito;
más dicha en este mundo no necesito.

De mi alma y sentidos sér y embeleso,
mi alimento y mi gloria será tal beso.
Goce eterno de mi alma, por tu amor loca,
el olor de tus lábios llevo en mi boca;
manantial que en mí vierta deleite á rios,
el sabor de tus lábios llevo en los mios.
Ya la suerte nos una, ya nos divida,
saborearé este beso toda mi vida:
y ya sin mí ó conmigo doquier te veas,
yo te diré espirando: «¡Bendita seas!

XXII

Á CÁRMEN

SUSPIROS

Si oyes un suspiro mio
á tu ventana llegar,
no le acojas con desvio;
que yo soy quien te le envio
desde el Atlántico mar.

Del navio que me lleva
á las riberas de Europa,
voy contemplando en la popa
tras mí las ondas quedar;
y á cada onda que se eleva
lanzándose hácia tu playa,
la pido yo que te vaya
mis suspiros á llevar;
y á cada ráfaga nueva
que óigo que en las járcias cruje,
la ruego que á la onda empuje
para que pueda arribar.

Y así algún suspiro mio
debe á tus rejas llegar,
pues que yo te les envio
con el ímpetu bravio
del agua y viento del mar.

Ondas que halagais mi oido
con vuestro hirviente murmullo,
brisas que con lento arrullo
me vais meciendo al bogar;
vital y perenne ruido,
grande y solemne armonía
con que habla la poesía
del grande acento del mar;
por la fé de Dios os pido
que vayais con esta trova
de mi amada hasta la alcoba
mis suspiros á llevar.

Y espero que alguno mio
logre hasta mi amor llegar,
pues que yo se los envio
con el acento bravio
de la inmensa voz del mar.

Astros que alumbrais el paso
de esta monstruosa amalgama
de humo, vapor, ruido y llama

que osó el hombre al agua echar
luna, que cual áureo vaso,
colgada en el firmamento
alumbras este elemento
que logró el hombre domar,
dadme el rayo más escaso
de vuestra luz soberana,
para enviarle la ventana
de mi amada á iluminar,
para que el suspiro mio
la pueda despierta hallar,
ahora que yo se le envio
desde el silencio sombrio
de la soledad del mar.

Cármen, si al fin mi suspiro
llegar á tu oido sientes
sobre las álas potentes
de una ráfaga del mar:
piensa en el casto retiro
de tu solitaria alcoba
que mi alma te va en mi trova
este suspiro á llevar:
y que mi cántico aspiro
á que, cual púdica ofrenda,
con flores tu amor suspenda
á mi vuelta en el altar:

porque ese suspiro mio
que envío á Dios y á tí al par,
es mi fé que á Dios confio:
porque Dios va en mi navío
con tu amor sobre la mar.

XIII

A AURORA

MIRADAS

Donde hay ojos, si tú sales,
los tuyos son los primeros;
porque tus ojos son tales,
que sólo son dos luceros
á tus dos ojos iguales.

No hay nadie que te los mire
que de ellos no se enamore
y á verse en ellos no aspire.
Deja que te los admire,
que te los cante y adore.

No hay por sus ojos nacion
famosa en el universo,
que no te haya su expresion
dado para perfeccion
de tu ojo límpido y terso.

Tus ojos son, soberanos
de los de más gracia y luces,
ardientes como africanos,
dulces como mejicanos,
risueños como andaluces.

Yo te envidio ojos tan bellos;
porque si yo los tuviera,
al fuego de sus destellos
tu alma en mi amor se encendiera
y te abrasaras en ellos.

Paloma de ojos velados
por pestañas áun más suaves
que el líquen de los collados,
las álas de los pescados
y la pluma de las aves;

gazela de ojos serenos
que rádian con tal limpieza
que la de la luz es ménos,
dáme la limpia pureza
de tus ojos de luz llenos.

Tórtola de ojos dormidos
que con tal ternura miras
que enajenas los sentidos,
dáme los dardos perdidos
de los que á las almas tiras.

Aguila de ojos tenaces
que los fijas tan tranquilos
que humillas los más audaces,
dáme esos ojos de que haces
dos espadas de dos filos.

Antílope de ojos graves,
cuyos serenos destellos
se extienden en hilos suaves,
dáme el hilo con que sabes
prender las almas en ellos.

Ojos de foco más claro
que la almenara y el faro
que en la mar y en los caminos
anuncian playa y amparo
á viajeros y á marinos;

hurí de ojos halagüeños
cuyas miradas tranquilas
hacen ver la gloria en sueños,
dáme los focos risueños
de tus risueñas pupilas.

Niña de ojos celestiales,
de cuyos ojos al par
no hizo Dios otros iguales,
dáme esos dos manantiales
de amor para hacerme amar:

pero de tí y de tí sola,
corza de sangre española
cuyos ojos por la tierra
son la bandera de guerra
que Amor, corsario, enarbola.

Pero si otro amor prefieres,
si mi amor te causa enojos,
niña, si piadosa eres,
mátame si no me quieres
con un rayo de tus ojos.

XIV

Á LEILA

CANTARES

Dios ha puesto entre los dos
tanta tierra y tanto mar,
que volvernos á juntar
tal vez puede sólo Dios.

Tierra y mar podrán crecer
los espacios hasta henchir;
yo podré sin tí morir,
nó dejarte de querer.

Mas si la fé prometida
como yo sabes guardar,
¡qué importa que nos divida
tanta tierra y tanto mar!

Yo te amo y tú me amas:
nuestro amor no ofende á Dios;
si Dios quiere y nos queremos,
¿qué imposible entre los dos?

XV

Á GABRIELA

CANTARES Y QUEJAS

CANTAR

Los balcones de tu cuarto
tienen la luz al Oriente:
para mí hasta que los abres
ni sale el sol ni amanece.

QUEJAS

Llamé á tu puerta y no abriste,
bajo tu balcon á poco
fuí á esperarte; mas tampoco
mi esperanza en él te halló.
Te envié una cancion muy triste,
porque estaba contristado;
pero tu balcon cerrado
á mi cantar no se abrió.
Si no estabas, ¿dónde fuiste?
Si estabas, luz de mis ojos,
¿por qué me mostraste enojos?
Si los tienes... ¿qué hice yo?

CANTAR

Los umbrales de tu puerta
arrodillado besé,
porque yo adoro hasta el polvo
donde pones tú los piés.

QUEJAS

¿Sabes tú lo que es la ausencia
para mi alma enamorada?
La muerte, ménos, la nada,
pues para amarte nací.
Encanto de mi existencia,
cariño de mis entrañas,
¿me desdeñas ó me engañas?
¿qué es lo que pasa por tí?
Yo, que sólo en tu presencia
vivo, y que ausente te adoro,
tu desden y ausencia lloro
sin darme razon de mí.

CANTAR

Aunque presente no estés
no pienses que no te veo:
desde que te ví, en los ojos
fotografiada te llevo.

QUEJAS

Tus desdenes no concibo:
tu ausencia me está matando.
¿Por error te falté? ¿Cuándo?
¿Te ofendí tal vez? ¿En qué?
En esta duda no vivo;
con este afan no reposo;
inquieto, febril, celoso,
qué es de mí mismo no sé.
Mas sé bien lo que te escribo
entre quejas y canciones,
y es: que aunque tú me abandones
yo jamás te olvidaré.

CANTAR

Un amor santo en mi pecho
te ha levantado un altar:
no hagas tú con un mal hecho
que el desprecio ó el despecho
le tengan que derribar.

XVI

CÁNDIDA

I

INTRODUCCION

Mayo es un niño mimoso
á quien se viste de nuevo;
pero Junio es un mancebo
ya opulento y vigoroso.

En almanaque Cristiano
mal van uno de otro en pos;
Mayo es un mes que cree en Dios,
pero Junio es áun pagano.

Mayo amante, ingénuo, tierno,
las almas al cielo eleva;
Junio, impío, se las lleva
embriagadas al infierno.

Mayo á María alza altares,
quema incienso y teje flores;
Junio en pos de oro y amores
abandona sus hogares;

y echándose atrás fé y penas,
capa al brazo y hierro al cinto,
del templo turba el recinto
con el són de sus verbenas;

y con influjo funesto
lo más santo echando á broma,
para sus orgías toma
en la religion pretexto.

Mayo, inocente y sencillo,
la tierra alfombra con hojas,
trébol y amapolas rojas
que perfuma con tomillo.

Mayo es el amor primero,
la primer sávia, el primer
césped; y con gran placer
juega en él con un cordero.

Hace á los pájaros nidos,
soléa al buitre en las peñas,
y á la torre á las cigüeñas
vuelve á traer con sus maridos.

A los árboles da copa,
y con las brisas marinas
vuelve á traer las golondrinas
á sus albergues de Europa.

Junio es el primer amor
impuro y falso; el primer
vicio, y convida al placer,
hipócrita é impostor.

Mayo da á Junio la tierra
fresca, rica, ingénua y moza;
Junio la abraza y la goza
con todo el placer que encierra.

Mayo la tierra engalana,
cree en Dios y le glorifica;
Junio impío prevarica
y sus iglesias profana.

Mayo amor, fé y paz respira;
Junio pasion, lid y afan;
Mayo es Fáusto que delira,
Junio un infame don Juan.

Mayo, que por Junio aboga
y á todo para él da jugo,
con ello da á su verdugo
el cordel con que le ahoga:

Y en cuanto por sí campea...
¡ahí va Junio á San Antonio!
primer noche en que el demonio
consigo á Junio aparea.

¡Ahí va Junio á la verbena;
y á las mozas más bizarras
lleva al són de las guitarras!
¡Dios se la depare buena!

II

SAN ANTONIO

(Síntesis).

A orillas del rio
San Antonio está,
y á su soto sombrío
todo el mundo va.

San Antonio es guía
de quien de él se fía,
y él halla algun día
lo perdido ya.

Vamos, pues, nosotros
donde van los otros:
que si nos perdemos,
él nos hallará.

III

Cándida es una morena
con dos luceros por ojos;
la llevan á la verbena
por su bien su madre buena
y por su mal sus antojos.

Nunca á las verbenas fué
mientras su padre vivió;
su padre nunca el por qué
la dijo: y claro se ve,
pues ella va, que él murió.

Su madre, que es bondadosa
y que á negar no se atreve
nada á la niña mimosa,
la lleva porque la acosa
ella para que la lleve.

Cándida es una azucena
de inconcebible candor;
curiosa, mas simple y buena;
pálida, un poco morena,
de tez casi sin color:

y segun los pareceres
de hombres doctos, estos seres
á quienes Dios en piel tal
envuelve, si son mujeres,
frágiles como el cristal,

un hálito las empaña,
una ráfaga las daña;
y á modo de espejos viven
de la accion y vida extraña
que del exterior reciben.

Cedió, pues, su madre buena
de Cándida á los antojos
y la llevó á la verbena;
y de la niña morena
se asomó el alma á los ojos;

y por el doble balcon
de sus dos ojos sin par
vió el mundo, y al corazon
llamó su alma, la impresion
de la verbena al gozar;

y asomados á sus ojos,
su corazon y su alma
creyeron que sus antojos
del mundo los trampantojos
podian mirar en calma;

y sacando la morena
de los ojos al balcon
de su candor la azucena,
se expuso así en la verbena
con su alma y su corazon.

Crée el vulgo santificar
el pecado y el placer
de esta fiesta popular,
con entrar el santo á ver
y en su capilla rezar;

y entraron, y agua bendita
un joven las ofreció,
quien al salir de la ermita
con cortesía infinita
el brazo á la madre dió.

Era un don Juan de Aguilar,
cuyos bienes supo el padre
de Cándida administrar;
y obsequio que hacer le cuadra
no hay medio de rehusar.

Amigos los padres fueron,
sus intereses juntaron,
y aunque iguales no nacieron,
como iguales se trataron
sus niños, mientras lo fueron..

Don Juan fué á tierra extranjera,
mas amigos de muy niños
Cándida y él, fácil no era
á ésta esquivar los cariños
hijos de la edad primera.

Don Juan á su hermana Juana
trajo en coche á la verbena;
y porque tuvo su hermana
de cenar en ella gana,
Don Juan tiene en ella çena.

Cándida y su madre hubieron
en el convite lugar;
y cuando todo lo vieron
y en coche por Don Juan fueron
conducidas á su hogar,

dijo la niña morena
con candidez á su madre:
«Siendo una cosa tan buena,
»¿por qué no quería padre
»dejarme ir á la verbena?»

La madre no respondió,
ó porque ingénua y sencilla
al padre no comprendió,
ó porque en la calle oyó
cantar esta seguidilla:

«A San Antonio se entra
»por Soto Verde,
»y el Santo en él encuentra
»lo que se pierde.
»Tu alma perdida
»pídele á San Antonio
»de la Florida.»

IV

SAN JUAN

Don Juan vive en el espacio
que hay de obelisco á obelisco,
en una casa-palacio
puesta entre un doble jardin;
muchas flores, mucha fruta
y una cascada en un risco
tiene en ellos, y una gruta
entoldada de jazmin.

Don Juan trajo unos millones
de una tierra americana,
donde se pierde y se gana
en cada noche un millon.
Tiene buenas posesiones,
buen porte, buena presencia,
valor, suerte, inteligencia,
todo, ménos corazon.

Don Juan con tacto exquisito,
sin demasía y sin falta,
en el salon y el garito
hizo siempre buen papel;
flexible hasta lo infinito
en amor, de baja ó alta
esfera, fascina, asalta,
vence, y abandona infiel.

Don Juan no da recepciones
de mucha gente: sus fiestas
son de familia, dispuestas
para su placer no más;
lleva á los nobles salones
á su hermana, á quien exhibe
con lujo; mas no recibe
ni da festines jamás.

Tiene poca servidumbre,
dos doncellas y dos pajes;
seis caballos, dos carruajes,
servicio para este tren
sin ociosa muchedumbre;
con conserje, camarero,
mayordomo y repostero,
vive, paga y come bien.

Por razones de intereses
casa en Setiembre á su hermana:
su novio es hombre en la Habana
de ingénio y de capital:
conque dentro de tres meses,
dándola el dote en dinero,
quedará él solo y soltero
poseedor de su caudal.

Tal es el Don Juan que á Cándida
halló en la primer verbena
de Junio, y á quien su buena
primera edad recordó;
y á quien por aquel cariño
que la tuvo cuando niño
para la verbena próxima,
la de San Juan, invitó.

Don Juan de Aguilar el rico
á su hermana doña Juana
obsequia en la Castellana
en la noche de San Juan;
Cándida, en un abanico
de nácar y malaquita,
una invitación escrita
recibió y un dón galan.

Honra hecha á los padres muertos,
prenda de amor de la infancia,
dón hecho sin arrogancia,
franca ofrenda familiar,
casa y corazon abiertos
de amistad en testimonio,
hallazgo hecho en San Antonio
de un recuerdo del hogar,

excusar era imposible
de aceptar agradecida
pruebas de amistad nacida
y basada en la niñez;
y con placer indecible
fué la cándida morena
á la segunda verbena
con la mayor candidez.

El palacio era el de una hada;
de algun benéfico númen
era el templo: era un resúmen
de un mitológico edén;
la luz en él derramada,
el perfume que le aroma,
el aire fresco que toma
del jardin por huecos cien;

el són del baile y cantares
de aire alegre y verde letra,
que á bocanadas penetra
de la cena en el salon;
los exquisitos manjares,
los dulces en compañía
de la dulce malvasía,
la dulce conversacion;

el cristal que centellea,
el champaña que chispea,
el moka ardiente que humea
y el tabaco embriagador,
que difunde en el ambiente
un veneno, al que la gente
que no fuma abre inconsciente
los pulmones sin temor;

todo lo que en un convite
no hay medio que nadie evite,
ni nadie hay en quien no excite
de los sentidos la acción,
fué poco á poco de Cándida
penetrando en el espíritu,
llevando á un mundo fantástico
su mente y su corazon.

Despues de cenar bajaron
al jardin, luego al paseo;
y en medio de aquel mareo,
de aquel ruido é inquietud,
Cándida y Don Juan vagaron
como Fausto y Margarita,
tan á solas como en cita,
por entre la multitud.

Y volvieron á la casa
y al jardin; y allí en reposo
un coloquio delicioso
entablaron sin afan:
la noche estaba serena,
la luna de luz escasa...
¡deliciosa es la verbena
de la noche de San Juan!

Y cuando todo lo vieron,
cuando todo lo gozaron,
cuando del coche bajaron
en su casa al penetrar,
preguntó su madre á Cándida:
«¿Te ha gustado la verbena?»
y la cándida morena
no supo qué contestar.

Y mientras Cándida muda
ante su madre subía,
un buen hombre, ébrio sin duda,
rompió en la calle á cantar
á voz en grito; y se oía
de sus endechas villanas
la letra por las ventanas
en la casa penetrar.

Cantar del buen hombre.

«Tiene Junio tres verbenas,
»que empiezan con San Antonio;
»y son tres noches muy buenas
»para dar gusto al demonio,
»comprar un saco de penas
»y hacer un mal matrimonio.

»Todo es blanco y todo es negro
»en la noche de San Juan;
»mas yo cobro y no reintegro,
»por nada me paso afan;
»con los alegres me alegro,
»me voy con los que se van.

»Débil caña ó fuerte cedro,
»lo que cáe no se levanta,
»mas yo por nada me arredro;
»yo soy un hombre que canta
»que á quien San Juan se la planta
»no se la quita San Pedro.»

Esto en la calle berreaba
el ébrio, abriéndose el pecho
con los berridos que daba,
mientras Cándida en su lecho
en silencio se acostaba.

IV

SAN PEDRO

Don Juan pasa en tierra extraña
del verano la estacion,
y en Spá juega y se baña,
y con gente se acompaña
de caudal y posicion.

Don Juan de Madrid se ausenta
con exactitud precisa
de Junio en el dia treinta;
ni da de su marcha cuenta
ni de su tornada avisa.

Don Juan con fortuna juega,
y por su fortuna ciega
llámanle en Madrid Fortunio;
y hay quien á llamarle llega
el don Juan del mes de Junio:

y un traductor de francés
en un fantástico cuento,
de probar que Don Juan es
la encarnacion de este mes
tuvo el fantástico intento.

De San Pedro á la verbena
Don Juan invitó otra vez
á Cándida la morena,
y á ella con su candidez
la llevó su madre buena.

Don Juan á madre y á hija
prodigó esos mil cariños
de continuidad prolija,
que está aceptado que exija
en mozos trato de niños.

La madre era natural
que á su hermana acompañara;
ni nadie echar debió á mal
que él á Cándida llevara
á tal fiesta en noche tal.

Estaba limpia y serena
la noche; la luna llena,
y henchido el Prado de gente
que gozaba alegremente
y alegraba la verbena.

Todo el Prado recorrieron,
todos los puestos miraron,
todo por doquier lo vieron,
por doquier se entretuvieron;
nada por gozar dejaron.

Cargados de chucherías
volvieron, de fruta y flores,
copiando las alegrías
infantiles de otros días,
por más ingénuos mejores:

y ya tarde y fatigada
y un poco descolorida,
con su madre descuidada
por Don Juan á su morada
fué Cándida conducida.

Durmió inquieta y pocas horas.
¿Turbáronla aterradoras
pesadillas, ó sus sueños
la ofrecieron halagüeños
imágenes seductoras?

¿Pues quién sabe?—El día treinta
de los días de aquel mes
pasó cerrando la cuenta,
y fueron con marcha lenta
de Julio pasando tres.

Y pasó día tras día
pensando inquieta en Don Juan
Cándida, y de él no sabía;
y viendo que no venía
palidecía de afan.

Y este almanaque cogiendo,
regalo de su editor
Abelardo, recorriendo
sus hojas, lloró perdiendo
la esperanza y el color,
aquí este cantar leyendo
no recuerdo de qué autor.

CANTAR

«Madres buenas, si quereis
»que vuestras hijas sean buenas,
»bueno es que no las dejeis
»ir de Junio á las verbenas.

»Junio es un mes de infortunio;
»palabras que en él se dan,
»vienen con San Juan en Junio
»y con San Pedro se van.»

XVII

Á ENRIQUETA

¡Versos me pides! si yo pudiera
tomar por pluma del sol un rayo,
de una alba limpia del mes de Mayo
plegar el cielo como un papel,
y una hurí blanca por mensajera
tener tal pliego para llevarte,
me decidiera, señora, á enviarte
con ella escritos versos en él.

Mas ya, señora, versos no escribo:
ya de recuerdos tan sólo vivo,
ya de mí mismo sombra no soy;
hoy en mi pátria soy ya extranjero,
no sé qué buscó, ni sé qué quiero,
ni de dó vengo, ni adonde voy.

Del aire errante por los espacios,
yo paso ahora por los palacios
cual golondrina que errante vá:
pero vá y viene sola y perdida;
nunca hace albergue, jamás anida,
nunca se sabe si volverá.

Pájaro indócil y vagabundo,
sobre algun techo posa un segundo
y píos vagos al aire dá;
y sobre el techo libre aletéa
y en ráudos círculos revolotéa;
mas uno de ellos rompe... y se va.

Tal vez un ángel de forma humana
le vé de codos en su ventana
cuando en un techo posado está;
tal vez su inquieto vago alborozo
mira, y sus píos oye con gozo
y le echa ménos cuando se vá.

En uno de esos, último viaje
¿en qué desierta roca salvaje
ó en qué vorágine perecerá?
¡Cuándo en abismo, peñon ó selva
muera ignorado... cuándo no vuelva!...
¿tu alma del pájaro se acordará?

XVIII

Á UNA BAILARINA

I

Pára, flotante vision,
que siempre de mí delante,
turbas mi imaginacion
y agitas mi corazon
con movimiento incesante.

Sólo en un baile te ví,
silfo de formas esbeltas,
girar en torno de mí,
cual jaspeado colibrí
que entre las flores dá vueltas,

y desde entónces estás
trazando á mi alrededor
círculos con los que vas
mareándome más y más
en un vértigo de amor.

Imágen fascinadora,
que doquier me reproduce
de la atmósfera incolora
cuanto en el ámbito mora,
cuanto en la bóveda luce,

nada hay en su azul region,
ni en toda la creacion
para la cual el sol sale...
nó que contigo se iguale,
que tenga comparacion.

No trae la llama fecunda
del sol que en Oriente frisa,
luz que gozo al orbe infunda
de fruicion tan profunda
como á mi alma tu sonrisa;

y no sirven sus celajes
de oro, azul, púrpura y gualda,
ni para que tú los ajes
prendidos á los encajes
de los vuelos de tu falda.

Y si en la region del viento
pares ni en el firmamento,
no hay con los tuyos primores
¿qué habrá en la tierra, aposento
de gusanos entre flores?

No habrá en su extension quien halle
por llano, monte, ni valle,
junco, cedro, palma ó mimbre,
que con la gracia se cimbre
con que se cimbra tu talle.

Tu cuerpo, cuya esbeltez
tu sér de ninfa revela,
todo reune á la vez
la gracia y la morbidez
de cuanto anda, nada y vuela;

del neblí la rapidez,
lo gentil de la gazela
y la ondulacion del pez;
y el resplandor de tu tez
deja en la atmósfera estela.

Por donde quiera que pasas,
lumínea, ágil, vaporosa,
de tu falda con las gasas
el haz de la tierra rasas
como una áurea mariposa.

Todo es en tí movedizo,
vagaroso, ondulador;
porque, al poder de un hechizo,
tu cuerpo sutil se hizo
de aroma, luz y vapor.

II

Abeja que vas activa
buscando flores con miel,
no pases junto á mí esquiva;
el cáliz de mi amor liba,
que yo te la guardo en él.

Colibrí, que el árbol rico
de flor buscas y le das
con tus álas abanico,
pon en mis lábios tu pico
y miel de amor hallarás.

Abrileña mariposa,
que en el temprano rosal
besas una y otra rosa,
tu beso en mis labios posa,
que ni espinan ni hablan mal.

Besa... y besa sin temor,
que el amor fiel tiene á mengua
ser vano y ser hablador,
y el mío no tendrá lengua
que publique tu favor.

Bailarina voluptuosa,
á quien dió á luz una hurí
en el boton de una rosa,
ven á ser mi mariposa,
mi abeja y mi colibrí.

Mi alma será tu rosal,
mi amor su solo boton,
y tus lábios de coral
harán en él un panal
con miel de mi corazon.

III

Mas pasa, brillante abeja;
pasa, áureo colibrí;
pasa, mariposa, y deja
versos y ramos que teja
el poeta para tí.

Miéntras tu vida te dura
de abeja, pájaro y flor,
haz gala de la hermosura,
la gentileza y frescura
de tus formas de vapor:

mas al amor de tí aleja;
porque perderás el sér
de mariposa y de abeja,
si oir sus latidos deja
tu corazon de mujer.

Vé cómo la tierra frisas
en los pasos de tus danzas,
ráuda y leve cual las brisas,
desparramando sonrisas
y prodigando esperanzas;

mas no te dejes coger
en las redes del amor;
porque, hijo de Lucifer,
el amor te hará mujer
y esclava de un mal señor.

XIX

Á UNA VALENCIANA

Dios te ha dado, Valenciana,
la beldad de las huríes;
en tu faz, cuando sonríes,
se vé el cielo y se vé á Dios;
quien al darte en carne humana
modelada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura,
y como esa no hago dos.»

Y eres única por eso:
yo creí que era mi Rosa
la primera y más hermosa
en el ámbito español;
pero á tí, prez y embeleso,
luz y gloria de Valencia,
te creó la Omnipotencia
sola y sin par como al sol.

En tus ojos nace el día,
que ajimeces son del cielo,
por los cuales manda al suelo
de Valencia Dios la luz.
Ha supuesto Andalucía
que era Vénus sevillana...
no lo creas, Valenciana,
erró vano el andaluz.

Al matar el Cristianismo
á la Vénus de Citeres,
se asió á tí Cupido, y eres
quien le lleva de sí en pos;
si hizo aquélla el paganismo
de la espuma de los mares,
de capullos de azahares
y de luz te hizo á tí Dios.

Tú eres Vénus, Valenciana;
tu hermosura es más perfecta
que la helénica, romana,
bizantina y oriental:
tú eres la obra más correcta
de las manos de aquel númen
que es la cifra y el resúmen
de lo bello y lo ideal.

Y contigo, almo trasunto
de aquel gérmen de hermosura,
de sin par modeladura
en su inmensa creacion,
no tiene el más leve punto
de adhesion comparativa
criatura alguna viva
en belleza y perfeccion.

No creó naturaleza
ningun tipo de hermosura
que no fuera á tu belleza
algun rasgo á demandar;
te pidió el cisne blancura,
el armiño tu limpieza,
el halcon tu gentileza
y el antílope tu andar.

Tienes ojos de paloma
y hebras de sol por pestañas;
Dios te ha puesto en las entrañas
los efluvios del rosal,
y respiras los aromas
que desprende en las montañas
de sus troncos y sus gomas
el calor primaveral.

Tu cabeza toca airosa
tu abundante cabellera
como al cedro y la palmera
su ramaje secular;
de las ondas de tus rizos
la espiral es más graciosa
que los arcos movedizos
de las ondas de la mar.

Tu cintura, más esbelta
que los vástagos del mimbre,
hace el paso que se cimbre
de tu andar de garza real:
y tu leve falda suelta
flota en torno de tu talle
cual la niebla que en el valle
alza el sol matutinal.

Más sutilmente no liba
colibrí de cien colores
en el cáliz de las flores
el rocío que en él vé;
más ingrávida no estriba
la ligera mariposa
en las hojas de una rosa,
que al andar pisa tu pié.

De tus lábios la sonrisa
como un alba se desprende,
que por la atmósfera extiende
viva luz y áura vital:
y tu aliento es una brisa
que del cielo baja al suelo
por tus lábios, que del cielo
son las puertas de coral.

Son más dulces tus palabras
que la miel de las abejas;
el olor que tras tí dejas
aventaja al del clavel:
y tu amor, con el que labras
mi ventura, reasume
la dulzura y el perfume
de la flor y de la miel.

Tú eres Vénus, Valenciana:
tus dos lábios carmesíes
al abrir cuando sonríes
se abre el cielo y se ve á Dios;
quien al darte en carne humana
modėlada tu hermosura,
dijo: «ahí va esa criatura;
mas como esa no haré dos.»

ABANICOS

EN EL DE ASCENSION R.

¡Versos en tu abanico quieres de un viejo!
¿Quién te dió, vida mía, tan mal consejo?
Si es tu capricho...
yo no escribo ya versos, ¿no te lo han dicho?

Los versos y las flores su estacion tienen:
ambos en primavera con Abril vienen,
y los que nacen
entre nieve, bajo ella marchitos yacen.

¿Por qué de mí apeteces dón tan pequeño?
Ramillete mereces más abrileño;
yo te dedico
para plantel de flores este abanico.

Mi firma es un reclamo de ruiseñores;
yo haré que bajo de ella broten mil flores:
de tu abanico
nada más que para eso te robo un pico.

EN EL DE MARIANA R.

—

Un abanico quieres que te regale;
puede que á tu valía mi dón no iguale,
mas no replico:
ten: he aquí el paisaje de tu abanico.
Pónle tú el varillaje que te se antoje;
mas voy á hacerte un ruego: que no te enoje;
yo te suplico
que al teatro no vayas con tu abanico.
Como sitio en el palco tras de tí tomo,
en vano á la baranda tras tí me asomo:
de tu abanico
tras la inquietud eterna me nulifico.
A gracia en manejarle nadie te iguala;
como el tuyo abanico no hay en la sala;
mas yo soy chico
y me dejas á oscuras con tu abanico.
Que á los saraos le lleves, tendré yo á orgullo;
su rumor incesante será mi arrullo;
mas te suplico
que ver mi firma dejes en tu abanico.
Mi vanidad de viejo me tendrá ufano
dar vueltas á mi nombre viendo en tu mano:
yo no me pico
porque me hagas dar vueltas con tu abanico.

EN EL DE PEPA R.

Eres, Pepa, tan discreta,
tan grave y tan mesurada,
que al pedir algo al poeta
su apología completa
va en tu demanda encerrada.

Bendita sea, pues, tu boca
que tal petición formula,
y en mi vieja musa loca
tal confianza coloca
y tal gratitud vincula.

Ahí va tu abanico, Pepa;
cuando aire con él te dés,
deja un hueco por do quepa
del varillaje á través
un beso que nadie sepa
que con él pongo á tus piés.

EN EL DE LA SEÑORITA

DE FERNANDEZ DURO

En lugar de un pedazo del firmamento
dó escribirte quisiera mi pensamiento,
cédeme un pico
del cielo del paisaje de tu abanico.

Cuando su tela el aire quiebra y ondea,
no sé qué aroma exhala que me marea;
yo no me explico
por qué me desvaneces con tu abanico.

Cuando tu faz me escondes tras de su tela,
la tierra se me nubla y el sol se vela:
mas me despico
luz buscando en tus ojos tras tu abanico.

¡Adiós!—Cuando me falten vida y aliento,
vida de tu abanico pediré al viento;
modesto ó rico,
á mí me basta el aire de tu abanico.

EN EL DE ASCENSION

GANADO EN UNA RIFA DE BENEFICENCIA

Abanico que en rifa trae la fortuna
no necesita viento de firma alguna;
mas yo me pico
de valer más que el aire de tu abanico.

Miel me han dado en América los colibríes,
y he bebido ambrosía con las huríes:
tan alto pico,
que hechizar puedo el aire de tu abanico.

Ni la miel de las flores, ni la ambrosía
saben á lo que sabe mi poesía:
sabor más rico
dará á tu boca el aire de tu abanico.

Ábrele y abanícate, y al darte viento
fía á sus leves ondas tu pensamiento;
que yo me pico
de lëer en el aire de tu abanico.

No tienes que explicarme dónde le envías;
yo le impulsaré dándole las álas mías;
que no me pico
de interceptar el aire de tu abanico.

EN EL DE ASUNCION SILIÓ

Paloma mensajera que el vuelo tomas
en un aire cargado de luz y aromas,
tu pluma no ajes
en llevar hoy de viejos viejos mensajes.
Golondrina que buscas donde hacer nido,
no rondes los aleros de un techo hundido:
rasando pasa
el que ya mal cobija mi vieja casa.
Niña que antojadiza versos me pides,
de tener versos míos ya no te cuides:
yo te suplico
que el paisaje no manches de tu abanico.
Azucena del monte, lirio del valle,
de cuyas plantas tienes color y talle,
tan mal no escojas
tierra y aire en que espléndidas se abran tus hojas.
Mariposa que áun vagas por los alcores
del campo de la vida buscando flores,
vé á los pensiles
donde hoy las plantas jóvenes las dan á miles.

De poesía tienes huertos amenos
de versos y de flores para tí llenos,
y no me explico
que eches mis flores secas en tu abanico.
Mas si ¡pese á mi súplica y á mi consejo!
quieres mis flores secas del tiempo viejo,
por tu manía
de preferir mi vieja galantería,
para aspirar sus átomos abre tu pico
al par que las varillas de tu abanico:
yo pondré entre ellas
para tu faz de arcángel nimbo de estrellas;
y al abrir tu abanico y al darte viento,
tu faz será el trasunto del firmamento,
y tras tu huella
dejarás áureo rastro como una estrella.
Hada de piés con álas y ojos risueños
que haces ver á quien miras la gloria en sueños,
á tu palacio
lleva tras tí mi espíritu por el espacio.
De tu abanico el aire sea mi aliento,
de mi sér el impulso y el movimiento:
de vida rico,
que me dé vida el aire de tu abanico.
Asuncion, que me pides versos y flores,
pídelos á quien pueda pedirte amores;
que yo no pico
tan alto como el vuelo de tu abanico.

APÉNDICE

LA MANDRÁGORA

I

Fuí yo un poeta fantástico
de imaginativa tétrica,
que jugando con la métrica
logré gran reputacion;
divagador parafrástico,
dí á mis ideas excéntricas
miles de vueltas concéntricas
y aluciné á la razon.

De ecos y sombras con átomos
con fragmentos de patrañas
mil relaciones extrañas
forjé y urdí veces mil;
y en un papel extendiéndolas
las leí á la absorta gente,
que me creyó incautamente
poeta y lector gentil.

Esto era en el tiempo viejo
que se fué ya; y como hoy día
habeis dado en la manía
de no dejarme ir con él,
y como estoy ya en el vuestro
fuera del mío, y es fuerza
que algo se fuerce ó se tuerza
si hemos de estar á nivel,

es preciso que vosotros
retrocedais hasta el mío:
pues yo no puedo ya el brío
recobrar del tiempo aquél.
Con que si á mi tiempo viejo
quereis volver... sea en buen hora:
mas yo voy á estar ahora
ya muy mal en mi papel.

Exhibirme y obligarme
hoy á esfuerzos juveniles
cuando las fuerzas viriles
extinguiéndose en mí están,
no es presion de buen consejo;
no debo, empero, esquivarme,
y aunque son del tiempo viejo
mis viejos versos... ahí van.

Aquel es el tiempo viejo
para vosotros ahora,
mas de nuestra edad aurora
para los del mío fué:
hoy conforme de él me alejo
mejor le veo y más claro,
y de él y de mí algo raro
que áun ignorais os diré.

Nó que fué mejor que el vuestro,
ni que valimos nosotros
más ni ménos que vosotros
en vuestro tiempo valeis,
nó: en gaya ciencia maestro,
eras de distintas bases,
bajo diferentes fases
veo yo, como las veis.

Nosotros vinimos antes
de aquella alba á los albores;
fuimos los exploradores
del tiempo que enviaba Dios;
nosotros vimos radiantes
sus reflejos matutinos,
y os abrimos los caminos
por los que nos vais en pos.

Nosotros hicimos guerra
y soñamos poesía,
creyendo dar á la tierra
la luz con la libertad:
vosotros buscais ahora
luz con la filosofía,
y creéis hacer señora
de la tierra á la verdad.

Pero ¿cuál es la absoluta
única, real, positiva?
¿cuál es esa verdad viva
que vida nueva os va á dar?
¿Creéis que sea vuestra ciencia
que cambia todos los días
de rumbo y de teorías
á un fin sin poder llegar?

¿Creéis que va á ser más útil
que nuestro romanticismo
vuestro audaz positivismo
sin fé, vergüenza ni afán?
¿Creéis que va comprendida
á ser jamás en España
vuestra jerga, esa maraña
de *flamenco* y de alemán?

Yo lo dudo, pero *¡a i pòsteri*
l'àrdua sentenza! No ansío
en pró hablar del tiempo mío
ni encomiar lo que en él ví;
quiero solo el poder mágico
de su vieja poesía
mostraros, y por la mía,
lo que él fué y lo que en él fuí.

Sé que de sí mismo nadie
dijo jamás lo que os digo,
mas trae á Dios por testigo
mi excéntrica ingenuidad;
jamás mientras el sol radie
y Dios lea en las conciencias
temeré las consecuencias
de lo que os diga. Escuchad.

II

Yo era entonces un mancebo
cuyo estro patibulario
el libro y el escenario
de sangre y sombras llenó.
Era moda, era lo nuevo
desenterrar las horrendas
fantasmas de las leyendas
que la Edad media creó.

La época era innovadora,
audaz, revolucionaria,
y un vago, un prófugo, un pária
fuí de su revolucion.
La guerra desoladora
surgió, y en aquel tumulto
conmigo mismo, y á bulto,
anduve en contradiccion.

Me eché por capa un sudario,
y en la sombra y el misterio
nocturnos, fuí al cementerio
yerbas ácres á coger;
mas el ramo funerario
que, á oscuras, de ellas hacía,
en rosas me convertía
el sol al amanecer.

Henchido de fé creyente,
de juventud y esperanza,
Dios me abría en lontananza
las regiones de la luz;
mas yo envolvía inconsciente,
yendo en pós de trampantojos,
mi poesía y mis ojos
en romántico capuz.

Yo, al uso aquel, ser quería
desconsolador y excéptico,
y, horrible hasta lo epiléptico,
iba de lo horrendo en pos;
mas doquier mi poesía
inspiraba, hija del cielo,
esperanza, amor, consuelo,
caballeresca fé en Dios.

Cierto que Él dió á aquella era
duelo y desastres sin tasa;
cierto que sobre mi casa
lluvia de penas envió;
cierto que mi alma era
de tinieblas un abismo,
pero dentro de mí mismo
su alma luz llevaba yo.

De amarguras muy acerbas
mi inspiracion se nutría,
mas mi jóven poesía
de su acíbar hizo miel;
y cual si de sanas yerbas
de triaça y ambrosía
se nutriera, no tenía
ni una palabra de hiel.

De versos tejí guirnaldas,
y mi musa á manos llenas
vertió rosas y azucenas
en su metrificacion;
y provista de anchas haldas
de flores que ir derramando,
al corazon no tocando,
habló á la imaginacion.

Y al fin llamáronme un día
el poeta de las flores,
y el vulgo dió en creer, señores,
que un encantado pensil
de flores vivas tenía,
porque vida y movimiento
prestó á las flores de un cuento
mi inspiracion juvenil.

III

Diréis que de tiempos viejos
son cuentos; mas yo, picado,
á mi jardin encantado
pronto á llevaros estoy;
aunque está léjos... muy léjos,
más allá de los lugares
de las tierras y los mares
conocidos hasta hoy.

¿Queréis venir un instante
al país de las quimeras?
sus regiones hechiceras
me abre aún el Criador,
y áun para alzaros pujante
del arte hasta el firmamento,
me darán su ímpetu el viento
y sus álas el condor.

Pero no los necesito:
con un musgo... con cualquiera
planta ó flor... con la primera
que hallemos... con la más vil,
puede un relato inaudito
haceros, que os tenga absortos,
con sus delirios y abortos
mi imaginacion febril.

¿No lo creéis? Mi conjuro
va ante vosotros abiertas
á poner las áureas puertas
de mi jardin ideal.
¡Abrete, sésamo! ¡Brota
de su centro, átomo puro
de luz vivífica, gota
pura de esencia vital!

¡Geniecillo microscópico
de mi poesía gérmen,
sal, despierta á mi conjuro
á tus hermanos que duermen
dentro de mis flores, sal!

Héle allí: va, con su mano
de silfo, dejando abiertas
ante vosotros las puertas
de mi encantado verjel.
Ya lo están: el aire sano
respirad de su comarca:
cuanto vuestra mente abarca
oyéndome, es tierra de él.

Entrad en la zona santa,
en la azul region aérea
imaginaria, y etérea
del estro viejo mansion,
y á la primer flor ó planta
que del poeta encontremos
en el jardin, conjuremos
á que de sí dé razon.

Entrad, mas pisad con cuanta
precaucion posible os sea,
porque al umbral verdeguea
planta encantada y letal.
Miradla: allí se levanta
fatídica, allí campea
una mata de circea;
esa es la planta infernal
que su poder da á los magos;
ved: ni aun viles jaramagos
nutre su sombra fatal.

Esa planta es la *Mandrágora:*
esa planta ácre, ágria y fea
tiene una historia fantástica.
Brotó en Egipto; en Judea
la cultivaba en un páramo
la Pitonisa de Endor;
en Grecia, de su archipiélago
en un islote, Medea
la halló arraigada en el túmulo
de un Cainita encantador;
por la sibila Cumea
fué empleada, y hoy la emplea
el Bonzo en la India que orea
el ópio embrutecedor
sobre sus hojas; y rea
de sacrílega y atea

supersticion, con furor
demente la saborea
la China en mortal licor;
y aun la emplea (lo que sea
sin saber) malvado, estúpido,
el gitano ensalmador,
en sus conjuros fatídicos,
resto de los ritos druídicos,
con que al vulgo da pavor.

Esa planta es la *Mandrágora:*
para arrancarla es preciso,
cogiéndole de improviso,
amarrar á ella un lebrel;
y sin cesar hostigándole
hasta que la desarraiga,
obligarle á que la traiga
hasta espirar en pós de él.
Quien la coge es un gran mago,
cuyo gran poder magnético,
cuyo espíritu profético
é infernal intuicion,
pueden de un átomo vago,
de una ruín moleculilla
hacer una maravilla
como las de Salomon.

IV

¿No sabíais esta historia
de la mandrágora? Es bella
como verídica; de ella
hacen antigua mencion
cuantos relatos fantásticos
han hecho los demonólogos,
los alquimistas y místicos,
en apéndices y prólogos
y comentarios casuísticos,
al dar clara explicacion
de los libros parafrásticos,
de los sueños cabalísticos
de la ciencia sibilínica,
de la cábala rabínica...
Leedlos con atencion
y veréis que es la mandrágora
un talisman potentísimo
para hacer de los poéticos
delirios, evocacion.

Yo poseo una, yo puedo
con sólo extender mi dedo,
parar y transir de miedo
al más bravo corazon.

Volver puedo á la existencia
y traer á mi presencia
cuanta quimera se esconde
del hondo insondable báratro
en la lóbrega mansion.

Yo poseo esa mandrágora;
y cuando la nada sondo
con ella, cuanto se esconde
de su piélago en el fondo
en embrional gestacion,
á mi conjuro responde
y acude á mi evocacion;
hasta los no germinados
entes, jamás concebidos,
átomos aún increados
y áun en la sombra perdidos;
sueños más que el aire vagos,
gnomos, sílfides, endriagos,
huríes, ángeles, génios,
trasgos, duendes, ilusiones,
desvaríos y ficciones
del miedo ó la devocion:
todos los imaginarios
séres, de locos ingenios
y exaltados visionarios
obra, sueño ó invencion,
todas las supersticiones

y las alucinaciones
de todos los fanatismos
de todas las teogonías,
ritos y mitologías;
todas las obcecaciones
de todos los misticismos,
con la vida real en guerra;
todas las aberraciones
y las abominaciones
que del mundo entero encierra
la historia y la tradicion;
y si aquí evoco y reuno
mis fantasmas uno á uno,
no hay de vosotros ninguno
que arrostre su aparicion.

V

¿Lo véis? Esa vil mandrágora
que al paso nos ha salido,
absortos os ha tenido
de mi jardin al umbral.
Os prometí un laberíntico
relato con la primera
planta ó flor con que en él diera,
y fué esa planta letal.

Mas entrad, pasad sobre ella
sin temor; del geniecillo
de mi sésamo la huella
sus hojas purificó;
vedle cómo con sus manos
de aquel alhelí amarillo
va arrojando á sus hermanos
que en él dormidos halló.

¡Así, génio microscópico
de mi poesía gérmen,
despiértame á los que duermen
y que vuelvan á vivir!
Vuelvan los vivientes átomos
guarecidos en mis flores,
los cuentos encantadores
de mi tiempo á repetir.

Porque es verdad: mis ideas
en el jardin de mi mente
fueron semilla viviente
de gérmen espiritual:
mis flores tenían vida:
cada cual guardaba dentro
de sí algun sér: era centro
de algun átomo vital;

y á la luz de la memoria,
cuantos séres existieron
para hablarme se vinieron
en mis flores á albergar;
desde la larva infusoria
y el átomo microscópico,
al mónstruo enorme é hidrópico
que habita el fondo del mar.

Mil almas enamoradas
y mil hechiceras sombras,
que en mis flores encantadas
se albergaban del calor,
de sus cálices salían
á la luna, y sobre alfombras
de musgo y césped venían
á sentarse en mi redor.

Allí un silfo azul se queja
de una ingrata mariposa:
allí lamenta una rosa
los desdenes de un clavel:
allá una sonora abeja
á un jazmin acariciando,
mientras le arrulla zumbando,
le vá robando la miel.

Pondera allí una azucena
su perfume á un boton de oro;
y el botoncillo inodoro,
de su brillante color
no más pagado, desdeña
el amor que la consume:
porque una flor sin perfume
es un alma sin amor.

Acá á sombra de un lentisco
la sombra de una odalísca,
en una guzla morisca
canta un himno á un tulipan;
y un alhelí berberisco,
que al tulipan celoso ódia,
vá por lo bajo en parodia
repitiendo himno y refran.

Un ruiseñor sonoroso
que hizo su nido en el huerto,
guía de aves un concierto
con su voz rica de són:
de él un jilguero envidioso
pía hasta que se atolondra,
y le hace burla una alondra
del aire en la alta region.

Y el vago encantado ambiente
resonaba en torno mío
con un murmullo viviente
que no cabe en descripcion:
masa informe de memorias,
neblina hirviente de cuentos
que en el ámbito vacío
de la azulada region
lanzaban mil elementos
de rumor germinadores,
mil átomos productores
de este indefinible són.

Eran de antiguas historias
despedazados fragmentos,
suspiros de amor... lamentos
de almas errantes... congojas
ayes y quejas acerbas,
que en las hojas y en las yerbas
guardaba para mí escritas
mi futura inspiracion.

Eran ecos infinitos
de mil varios caracteres:
ya eran gritos de mujeres,
delatores, precursores
ó motores
de placeres exquisitos,

de dolores inauditos,
de rencores y delitos:
són de orgías—saturnales,
y de impías—bacanales,
que hastiaban y llenaban
el espíritu de horror.
Luego motes campesinos,
serenatas y cantatas
de estrambotes peregrinos:
melodías amorosas,
salmodías religiosas
de los santos cantorales:
alaridos de guerreros,
predicciones de agoreros,
y canciones de juglares,
y bramidos populares,
y estampidos de cañones
y explosiones de volcanes:
montes rotos y hundimientos
de violentos terremotos
y deshechos huracanes
al horrísono fragor.
Luego graves—voces solas
dulces, suaves,
como el canto de las aves,
como arrullo halagador
de lejanas barcarolas,
que por cima de las olas

fía al viento el pescador.
Són, en fin, indefinido
producido por un ruido
tan gigante, tan inmenso,
tan vibrante, tan intenso,
que traía de sí en pos
cuanto acento conocido,
voz, lamento, silbo, ahullido
de mar, tierra y firmamento
en el seno azul del viento
encerró la voz de Dios.

VI

Era la historia del mundo
compendiada en el rumor
universal y solemne
que en himno vital, perenne,
el universo fecundo
canta al Supremo Hacedor.

Era la voz gigantea
del poder á quien invoca,
del espíritu que evoca
la Pitonisa de Eudor;
era la hirviente marea,
la calentura que agita,
el estro voraz que excita
al poeta creador.

Allí absorta el alma mía
escuchaba entre el ramaje
el misterioso lenguaje
que oía en mi derredor:
y yo al mundo al otro día
le contaba y le escribía
los relatos que aprendía
de este idioma encantador.

Allí la voz y las sombras
contemplé y oí con miedo
de los muertos que en Toledo
evoqué de su panteon:
allí ví aquel juicio póstumo
donde iremos uno á uno,
y no habrá para ninguno
privilegio, ni exencion.

Allí oí las cien leyendas
de los çien castillos viejos,
que relatan mis librejos
olvidados casi ya:
y las cláusulas tremendas
de aquel reloj que decía:
«¡nunca! ¡nunca, vuelve el día,
ni el instante que se vá!»

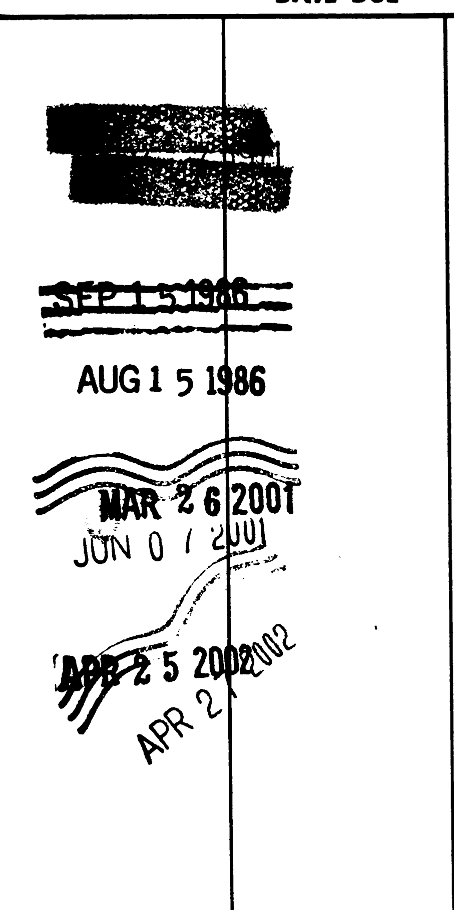
Con Don Pedro entré allí en tratos;
allí el capitan Montoya
vió como abrían su hoya,
y ante un juez Cristo juró;
allí eché al mar á Pilatos,
resucité á Don Rodrigo
y á ser de bronce testigo
Jesus de la Cruz bajó.

Allí me contó su historia
Margarita la tornera,
me habló allí una calavera
y hablé al rey Don Sebastian:
allí Satanás la gloria
cerró al alcalde Ronquillo,
y allí por un postiguillo
metí en el cielo á Don Juan.

VII

¡Delirios del tiempo viejo!
¡Vanidad de un viejo loco!
Miéntras lo pasado evoco
de lo pasado me alejo:
pasar mi presente dejo
y espirar mi inspiracion:
mas si en vez de una cancion
tiene mi fé solitaria
que enviar ya á Dios la plegaria
de mi postrera oracion...
dejadme á solas sondar
de mi alma el revuelto abismo:
dejadme conmigo mismo
mi muerte á solas cantar;
dejadme hasta terminar
conmigo mismo cumplir...
¡Dios me abrió ese porvenir!
¡Ya sé que estoy espirando!
Mas he vivido cantando
y cantando he de morir.

ÍNDICE


SEP 15 1986
AUG 15 1986
MAR 26 2001


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 01046 1740

